

-CAPITULO XVII

Rectificación de los frentes y rendición de la
fortaleza de Bellegarde

La conducta de Dugommier no satisfacía a los dirigentes de la política revolucionaria



AS dilaciones de Dugommier no satisfacían a los jerifaltes del poder Revolucionario y el ambiente comenzaba a ser desfavorable para el General en Jefe del ejército francés en los Pirineos Orientales, lo que significaba tanto como quedar expuesto a las caricias de la guillotina. Y de esta suerte, aunque el hecho de la sangrienta batalla de San Lorenzo de la Muga pudo merecer un Decreto de la Convención, declarando que, el ejército de los Pirineos Orientales era acreedor a la gratitud de la Patria, no obstante, se contentaban en él duros reproches contra aquel estado de cosas: «Y qué —exclamaba el terrible Organismo estatal—. ¡Siempre inútiles combates! ¿Cuándo pues, nos daréis plazas fuertes en lugar de agotar vuestros esfuerzos en ataques interminables en los que vencedores y vencidos quedan constantemente encadenados en un círculo de algunas millas de contorno?» El reproche no era injustificado y es preciso convenir con aquellos historiadores que declaran que el fruto de esta nueva victoria no era otro, que el estéril honor de haber, por segunda vez y sin compensación, escapado a un peligro en el cual parecía complacerse.

Se impone un cambio en la forma de llevar la guerra.—Enseñanzas ofrecidas por el combate de San Lorenzo de la Muga, que tiene que tener muy en cuenta el alto mando francés. — Defectuosidad de la línea francesa

La insinuación no podía estar más clara en su propósito, y, por ello, Dugommier debía prestarse a cambiar de conducta. El desarrollo del combate de San Lorenzo de la Muga ofrecía enseñanzas que no era posible desconocer o despreciar. Que había sido un fracaso para nuestras armas era indudable, pero, a pesar de ello, era indiscutible que, mejor concentradas y dirigidas nuestras tropas, podían haber obtenido un gran éxito; pero, como lo expone Gómez de Arteche, «la prueba del temor que infundió a los enemigos, por si se repetía en

otras condiciones, fué la de que, pocos días después, Dugommier, que había caído en la cuenta del error cometido, hizo a Augereau trasladarse a Darnius, muy próximo al centro de su posición, reuniendo, también, su izquierda, casi extraviada en los picos y puertos del Pirineo hasta el de Banyuls. El General francés sabía muy bien que la alusión a la fortaleza de Bellegarde estaba bien manifiesta, y a ello hubo de disponerse: Por lo pronto, «con la concentración antes indicada, la fortaleza quedaba más estrechamente bloqueada, haciendo inútil el consejo de Morla de que, destruyendo la artillería y preparando la voladura de las fortificaciones, la guarnición evacuase la plaza, abriéndose paso por entre los enemigos con el apoyo de una parte de nuestras tropas, que rompería el cordón de enemigos que tenía a su frente, para recibir a sus compatriotas».

Mas, si esto podía ser factible antes, en la actualidad ya era muy difícil de conseguir.

Modificaciones en el frente francés (Luis de Marçillac)

«El ataque del 13 de agosto —expone Marçillac—, aunque sin éxito feliz, hizo aperebir a los franceses que su línea estaba demasiado extendida, dando ocasión a temer que, volviendo con fuerzas más considerables, el Conde de la Unión no dejaría de forzar su centro, cortando así su línea; en consecuencia, el 22 de agosto, realizaron un movimiento hacia el centro, y abandonaron el pueblo de San Lorenzo de la Muga, el puesto de la Magdalena, así como la montaña de Terradas, que le dominaba. Concentráronse sobre la fábrica de la Muga; pero, el 26, abandonaron la Ermita de Nuestra Señora de la Salud y Boudetta (?) y la fábrica de la Muga, que hubieron de destruir, haciéndolo también con los puentes sobre el río de la Muga. Estrechando la línea que tenía demasiada extensión, aproximáronla hacia el centro, y apoyaron su derecha en Darnius. El resto de la línea siguió extendiéndose a lo largo de La Junquera, Cantallops y el Coll de Banyuls (Bañóls).

Exposición de las correcciones llevadas a cabo en la línea francesa, según Fervel

Esta relación, que tiene el valor de estar redactada por el que, como sabemos, puede considerarse como cronista oficial de la guerra por nuestra parte, no coincide, por lo que a las fechas se refiere, con la información que nos facilita Fervel. Según éste, Dugommier, por las razones anteriormente expuestas, se decidió a aproximar el ala derecha de su línea hacia su centro. A juicio de este historiador francés, operación que debió de realizarse en cuarenta y ocho horas, duró no menos

que trece días. La acusación contra el General francés no puede estar más clara.

Para preparar este movimiento de rectificación del frente, Dugommier dispuso la realización de los reconocimientos oportunos, durante los días 27, 28 y 29 de Thermidor (14, 15 y 16 de agosto). El 30 (17 del mes citado), mil quinientos Cazadores de la División de la izquierda, pasaron a la derecha para proteger el desplazamiento que iba a realizarse. En los primeros días de Fructidor (18 de agosto) la inacción fué completa, no obstante, el propio Augereau, después de la nueva prueba que acababa de sufrir, no se mantenía seguro en su puesto, «no podíamos, escribía, a su General en Jefe dejándose llevar de la impaciencia, quedar en San Lorenzo, aunque no tuviésemos más cosas que temer que la infección, a causa de los cadáveres que cubren las márgenes del Muga.»

Los Generales Boislingnard y Robert fueron, entonces, colocados, este último, con mil quinientos hombres, en la Magdalena, y el primero, con igual fuerza, en la Fundición; después, bajo la protección de estos dos puestos, destinados a formar la retaguardia, el 6 Fructidor (23 de agosto), llevóse a cabo la iniciación del retroceso de las tropas francesas, y de la evacuación, por consiguiente, de la localidad antes citada. A continuación lo fué, igualmente, la fundición, que en unos seis días y cinco noches fué totalmente destruída. Finalmente, el 9 Fructidor (26 de agosto), la vanguardia se puso en marcha, destrozó, volándolos, los puentes de la Muga, y se replegó a la aldea de Darnús, alrededor de la cual Augereau se disponía ya a instalar su División. En los días siguientes, el movimiento de concentración se propagó al centro y a la izquierda.

El Conde de la Unión da cuenta a la Corte de las modificaciones que se han expuesto

El 15 Fructidor (1.º de septiembre) este movimiento fué terminado por toda la línea, y, tan sólo, dicho centro francés fué objeto de un ataque bastante serio contra la Montaña Negra, el día 12 (29 de agosto). De todos estos movimientos, llevados a cabo por el ejército de la Revolución, el Conde de la Unión daba cuenta a la Corte en una carta fechada el 24 de agosto, participando que «el día 22, a las seis de la mañana, se habían retirado los enemigos del lugar de San Lorenzo de la Muga y montañas inmediatas a Terradas, y apoyaban la derecha en Darnús, reconcentrándose en la fábrica y Ermita de Santa Magdalena, con apariencia de evacuarlo; cuyos movimientos parecen ser dimanados de la impresión que les hizo el ataque del 13, y llevar el objeto de no sufrir mayores resultas si conservasen la extensión de terreno que han dejado. Y en otra del 28 siguiente ha noticiado que, «en la mañana del 26 abandonó el enemigo las Ermitas de la Salud, Magdalena, Boadella y fábrica de la Muga, dejándola destruída, como las ermitas, puentes

inmediatos y maltratado el de San Lorenzo ; cuyos puntos hizo ocupar el Conde de la Unión el mismo día, por su ventajosa situación, y que, desde ellos, se hallan más reunidas nuestras fuerzas, cubriendo mayor extensión de país» (G. de M., martes 9 de septiembre de 1794).

Disposición general del nuevo frente francés

Es necesario dar a conocer la disposición general del nuevo frente establecido por el ejército francés, mas, para darse perfectamente cuenta de esta disposición, se hace preciso describir la topografía especial de este sector del teatro de las operaciones.

Darníus es un pueblo edificado en la margen derecha del Ricardell, afluente del Llobregat, que lo es, a su vez del Muga, y que bordea, a la inmediación de la localidad citada, la falda meridional de una pequeña elevación llamada la Roca Malera, que lo es, también por el N., por el pequeño valle del torrente de Darníus. La margen derecha del vallecillo de que se trata, está formada por un áspero banco de roca, por donde atraviesa el camino de San Lorenzo, y que termina, un poco antes de Darníus, por un escarpamiento a pico, el que ya se ha indicado de la Roca Malera. La opuesta orilla, por el contrario, hállase dominada por un cañón lleno de bosque, fácilmente abordable y poco saliente, en principio, pero, más adelante, al final de su curso, este cañón, deprimido, se levanta bruscamente a una gran altura, para caer, de repente, formando un largo y rápido talud, por el fondo del cual corre el camino a Figueras. Esta roca enorme domina sobre toda la planicie, presentándose, desde ella, como una montaña aislada. No es de extrañar, por lo tanto, que llegara a tener importancia en las operaciones sucesivas. Este accidente montañoso, recibía, por parte de los franceses, el apelativo de Montaña Negra, y, por parte de los catalanes, el de Mont Roig (Montaña Roja). Los soldados franceses la daban el primer nombre a causa de la apariencia que ofrecían las dos vertientes, N. y E. que, en efecto, están cubiertas por un bosque espeso de un aspecto por demás sombrío ; por el contrario, la designación de Montaña Roja era debida al tinte rojizo de las desnudas rocas que desgarran su revés meridional, y que le dan, por consiguiente, un sangriento aspecto. Finalmente, advertiremos que el vallecillo de Darníus es bastante abierto, hallándose cubierto por verdes praderas y variados cultivos.

En estas condiciones, la Roca Malera hallábase defendida por un Batallón de la 3.^a media Brigada, que hubo de realizar una buena resistencia el 30 Floreal y el 26 Thermidor. La División Augereau eligió como campo para su emplazamiento el vallecillo de referencia. Dispúsose en tres líneas que convergían hacia la Montaña Negra por su flanco izquierdo. La primera estaba constituida por los Cazadores del General Bon. Cinco excelentes Batallones acampaban a lo largo de la orilla izquierda del Ricardell, desde el encuentro de este torrente con

el camino de Massanet hasta su confluencia con el arroyo de Darnús; franqueaba, a continuación, este arroyo para apoyarse en la Montaña Negra, sobre una inflexión a retaguardia, pero no haciéndolo, como era oportuno, en el pitón que termina más abajo del camino y domina toda la cresta de la montaña, sino, tan sólo, en Castellroig, es decir, en una torre alzada en otro tiempo para guardar una depresión de la pendiente occidental de esta cresta y puesto que, por consiguiente, no tenía sobre la vía de Figueras dominación alguna, ni de los fuegos, ni de la vista.

También en Castellroig venía a apoyarse la izquierda de la segunda línea, cuya derecha lo hacía en la Roca Malera; de este modo cerraba la embocadura del vallecillo de Darnús, que quedaba oculta; desde luego, por un mamelón aislado, en el cual construyeron los franceses un vasto reducto, de sobrenombre *El Invencible*. Tal obra de fortificación servía a un mismo tiempo de punto de apoyo a una de las extremidades de la tercera línea que, comenzaba a la altura de Darnús y que coronaba la margen izquierda de su valle. En fin, la reserva de Augereau, constituida por la Brigada Davin, había retrogradado hasta Coustouge, y vigilaba la frontera del Vallespir.

Formando escuadra con la División de la derecha, la del centro desplegóse paralelamente a la vía internacional, partiendo del mamelón, asiento del *Invencible*, y remontando por Buscarés a la Estrada, y, más hacia el N., hasta La Junquera. Este frente estaba cubierto por siete Batallones de Cazadores, cuatro al pie del reducto antes citado, y, los otros tres, alrededor de los dos nuevos reductos establecidos; uno, ante el castillo de Buscarés y el otro, en las alturas ante la Estrada.

La Junquera, debía establecer la relación de la División de la izquierda con el centro de la nueva línea establecida, que, al reducirse, para reforzar las otras dos en cuatro mil hombres, tenía que apoyarse en el centro, y, por lo tanto, remontar desde Cantallops a Campseret, desde donde podía vigilar a Bellegarde.

«En resumen —expone Fervel—, nuestra nueva línea, dos veces cortada en escuadra en la montaña Negra, en su punto saliente, y en La Junquera en el entrante, tenía, por consiguiente sus dos alas dominando todo el centro, es decir, la carretera de Cataluña a Francia; hallándose los dos lados de su ángulo saliente, sus partes débiles, guardadas por tres reductos y por todos los Cazadores del ejército, componiendo un efectivo de seis mil combatientes, repartidos en doce Batallones.»

«En fin, Dugommier dejando el parque general en La Junquera, retiró su cuartel general, transportándolo a Agullana, con el fin de estar más cerca de la División de Augereau.»

**Medidas tomadas por el Conde de la
Unión ante las modificaciones experimen-
tadas por el frente enemigo**

Estos movimientos del ejército francés, conocidos, según sabemos, prontamente por el Conde de la Unión, lleváronle a adoptar, por su parte, las disposiciones convenientes, y, así, en carta del 20 de agosto, daba cuenta de que: «Deseando estrechar al enemigo con posiciones y situarme en una que, si él tomaba, nos hubiera sido muy desventajosa, hice, en la noche del 17 al 18 del corriente, un movimiento de aproche con el centro del ejército de mi mando, y logré ocupar la que me propuse sobre las alturas del camino real de La Junquera, al lugar de Capmany, sin que lo apercibiese, sin duda porque las indicaciones que hice, y noticias que procuré, le llegasen, para equivocar su juicio le decidieron, como deseaba, a que creyese me dirigía contra su derecha.»

Manifestábase el Conde de la Unión altamente satisfecho de la manera como nuestras tropas habían realizado su cambio de frente: «Me ha servido —escribía— de mucha satisfacción la ejecución con que se verificó, así la ocupación del puesto como la construcción de doce baterías que aumentan a su fortísimo local las ventajas de que es susceptible. No es dudable que el enemigo notaría lo mucho que se hizo en tan poco tiempo, no obstante el gran detalle que era indispensable, y que conoció las ventajas de la posición cuando no se resolvió a contradecirla, estrechándole como le estrecha en la corta extensión que media de nuestros puestos al Pirineo, a cuya falda está». Daba cuenta, a continuación, nuestro General de aquellos que a sus órdenes se habían distinguido, deseando se diera a conocer a S. M., que tan importante movimiento se había realizado sin efusión de sangre, como era su deseo.

Pero la nueva disposición dada a su frente por el Conde, no era todo lo acertada que pudiera desearse. Marçillac, al declarar que el movimiento de los franceses determinó, igualmente, a que nuestro General en Jefe avanzase su línea ocupando las alturas que se alzan a la derecha del camino que va a La Junquera y que comienza cerca de la Aldea de Capmany y, después de indicar que, en la noche del 17 de septiembre, ordenó a su derecha realizar un cambio de frente sobre la extremidad de la izquierda, sigue exponiendo: «Este movimiento llevó a esta derecha a vanguardia; la aproximó a La Junquera y ocupó las alturas que corren desde Capmany hasta cerca de la misma. Por esta nueva posición vino a formar un ángulo derecho con el centro y la izquierda de la línea de Figueras y se encontró en disposición paralela con la que los franceses ocupaban en la montaña de Montroig. Estas alturas fueron guarnecidas con doce baterías de cañones de grueso calibre. Colocáronse puestos avanzados ante Villaortoli y, desde este punto, apoyado en las montañas de Requesens hasta la Magdalena, que que-

dó siempre en el ala izquierda, multiplicándose todavía más el número de las baterías. Masarach, Vilarnadal, Espolla quedaron entonces en segunda línea.»

Juicio crítico sobre las disposiciones tomadas por el Conde de la Unión

Pero el comentario, a todas estas disposiciones tomadas por el Conde de la Unión, no puede ser menos favorable, a juicio del escritor francés que estamos citando. «Si nos es permitido juzgar esta nueva posición —declara— la encontraríamos falsa en todos sus aspectos. Primeramente, la línea se hacía más extensa, defecto capital no teniendo gente suficiente para ocupar esta posición. En segundo lugar, formábase un ángulo reentrante en el centro, y se neutralizaban las fuerzas que formaban el vértice de este ángulo, caso de que los franceses hubiesen, igualmente, realizado el movimiento, haciendo reconcentrar el sector central que, sobrepasaba de su línea. No lo hicieron y, sin embargo, era de esperar que sus Generales hubiesen sido suficientemente hábiles para aprovecharse de las faltas de sus enemigos. La tercera falta, consistía en abandonar una línea derecha, cuyos puntos principales estaban enlazados entre sí, formando una posición casi imposible de forzar.»

Si este cambio de frente no hubiese sido más que un movimiento preparatorio, aunque de ejecución peligrosa, ante generales diestros, podía haber ofrecido probabilidades de éxito en la ejecución de un plan consistente en cortar, obrando con rapidez, la izquierda de los franceses de su centro, y, después de este primer éxito, tratar de obtener otro, no menos importante, el de avituallar a Bellegarde; mas establecerse, y fortificarse en la posición de referencia, fué una falta grave que hubo de dar resultados funestos, según lo veremos más adelante.»

Reconoce Marçillac que esta maniobra podía, sin embargo, ser favorable a los franceses al denunciarles el proyecto de atacar su centro y su derecha. Debía, por consecuencia, llevarles a desguarnecer su izquierda, que era el verdadero objetivo del Conde de la Unión, pero, de parte de los españoles, éstos abrían a su paso la entrada del Ampurdán, y si los franceses, fingiendo caer en el lazo, hubiesen, por una marcha precipitada, llevado fuerzas a la izquierda por el Coll de Banyuls, del que eran dueños, igualmente podrían penetrar en la citada región del Ampurdán, ocupando la llanura, antes que la nueva línea española hubiese podido llevar a cabo su marcha de retraso a los puestos que había abandonado. Esta maniobra resultaría peligrosa de ejecutar si, por un movimiento combinado, los franceses atacaran toda la línea al mismo tiempo, y como quiera que ellos no abandonaron la altura de Monroig, no obstante el movimiento de avance de los españoles, podrían, fácilmente, cortar el centro del ejército enemigo; a continuación, penetrando en el valle del Llobregat, toda la derecha de los españoles se vería en

la imperiosa necesidad de desfilar por su izquierda, y ganar, con la mayor rapidez posible, la línea del Fluviá, en cuya posición pudieran, todavía ser precedidos por los franceses, caso de haberse realizado el ataque con precisión e inteligencia.

«El cambio de línea de los españoles, no habiendo podido, como se viene diciendo, determinar a los franceses a abandonar la montaña de Monroig, viendo el Conde de la Unión que, por su nueva posición, el centro quedaba paralizado, resolvió rectificar su línea, y, para conseguirlo, determinó trasladar su centro a dicha montaña, que se había olvidado, o mejor dicho, descuidado de tomar después de la retirada del Boulou, siéndole de una grandísima importancia para estorbar la comunicación del sector central del ejército francés con su ala derecha. De ser así, su posición hubiera mejorado, dado que la derecha de los franceses se hubiese visto forzada a replegarse, y Darníus se convertiría en la izquierda de los españoles.»

«Los franceses, encerrados entre los Pirineos y el ejército español, teniendo a su retaguardia a la fortaleza de Bellegarde, cuyos fuegos batían el paso de los Pirineos por el camino directo, se hubieran encontrado en una posición muy desventajosa; sobre todo, si sus enemigos hubiesen asimismo, atacado vigorosamente y con fuerzas imponentes.»

Por su parte Fervel no encuentra menos razones para calificar de extraña la maniobra dispuesta por el Conde de la Unión. «Los cambios llevados a cabo en la disposición de su frente por el ejército francés, no podían por menos de influir en la afectada por nuestras posiciones; así, apenas habíamos abandonado el valle del alto Muga —expone— cuando él dispuso trasladar al mismo su extrema izquierda. Esta medida era más que natural y él la había previsto. Pero en honor a la verdad —argumenta el historiador francés— no podía esperarse que llevara a cabo la extraña maniobra que mandó ejecutar a su derecha. Este ala que corría paralelamente a los Alberes, desde Espolla a Capmany, tornando seguidamente, quedaba en ángulo recto con el frente antiguo, y bordeaba la ruta desde Capmany, hasta Vilarnadal. Luego la Unión no tuvo el buen acuerdo de hacer converger la primera parte de esta línea cortada en forma tal que, desde Vilarnadal a las proximidades de La Junquera, hubiera bien pronto podido desplegar 20.000 hombres en línea recta a lo largo de la gran ruta internacional. Su objetivo estribaba en tener en jaque a nuestro centro, en tanto que él atacara la Montaña Negra, de la que se arrepentía vivamente no haberse apoderado a su debido tiempo. ¡Pero en qué situación no dejaba a esta línea quedando su derecha entregada a la Junquera, es decir, a la masa de la División Sauret, en tanto que su izquierda lo era a la montaña citada, en la cual no necesitábamos armas mas que algunas horas para concentrar la División Augereau ! Por añadidura era éste el preciso momento en que Bellegarde capitulaba, dejando libre, de repente, a nuestra tercera división, y era, en esta noche del 17 al 18 de septiembre, el escogido por el imprudente Jefe para ejecutar su malhadada maniobra. Pero lo que debía

acabar de perderle le salvó en esta ocasión, pues si Dugommier no aprovechó su falta para aniquilarle, ello era debido a que se había dedicado por entero a recoger el precio de su larga resignación de cuatro meses, precio tan ardientemente ambicionado y al cual, el vencedor del Boulou, había sacrificado ya tantas otras probabilidades de éxito» (1).

Un descargo en favor de nuestro General en Jefe.—La capitulación de Bellegarde era ignorada por él

Pero en descargo de nuestro General en Jefe habremos de advertir que, él, no tenía conocimiento de tal capitulación al disponer la modificación de su frente de operaciones. La rendición de la plaza era ya cosa obligada, desde el momento en que habían fracasado todas las tentativas de auxilio por parte de nuestro ejército. En Capítulos anteriores hemos dado cuenta de las vicisitudes del sitio de la misma, las distintas intimaciones de Dugommier al Gobernador, Marqués de Vallesantoro, las respuestas de éste. Cuatro meses y doce días, duró el bloqueo, y, el 18 de septiembre, presa del hambre y de las enfermedades, sin esperanza de socorro, hubo, por fin, de rendirse.

Rendición de la fortaleza

Desde hacía muchos días la situación de la fortaleza no podía ser más espantosa. ¡Ni pan, ni galletas, tan sólo algunos restos de salazones por todo alimento y cuatrocientos hombres devorados por el escorbuto! El Marqués de Vallesantoro no viendo en torno suyo otra cosa que rostros cadavéricos, y, después de la batalla de San Lorenzo, no osando esperar nada, pensó que había cumplido con su deber, y dirigió a Dugommier, el 17 de septiembre (primer día complementario de los Sans Coulotides) la carta siguiente: «He respondido a las dos intimaciones que tú me has hecho, conforme a mi deber. Hoy, en que creo haber cumplido con todo cuanto él me dictaba, yo te entrego la plaza, si tu generosidad me concede una capitulación honrosa, así como a mi guarnición». Dugommier replicó inmediatamente: Yo no puedo aceptar ninguna de tus proposiciones. La guarnición se rendirá a discreción; la generosidad francesa decidirá de su suerte y de ella debe esperarlo todo (2). El Gobernador español—afirma el escritor francés—conociendo la alta humanidad del General Dugommier, le escribió al día siguiente: «A la respuesta que tú me haces te contesto estar de acuerdo con todo lo que tú propones y ofreces». Este ofrecimiento se reducía a suplicar al Gobierno la vida de los prisioneros.

La evacuación de la plaza se verificó de modo que, en tanto que

(1) *Avait sacrifié déjà tant d'autres avances de la fortune.*

(2) «Je ne puis accepter aucune de tes propositions. La garnison se rendra à discrétion; elle attendra son sort de la générosité française».

nuestros soldados salían por una de las puertas, una compañía de Granaderos Republicanos entraba por la opuesta. Confiesa la información francesa que hubimos de dejarles la fortificación y las obras enteramente reparadas y en el mejor estado posible, guardándose en ellas cuarenta mil libras de pólvora, sesenta y ocho cañones, muchos millares de fusiles, pero ninguna bandera ni pan. En los almacenes los víveres estaban reducidos a sesenta barriles y cuatrocientas arrobas de salazón, ciento treinta y seis sacos de arroz, ciento sesenta y nueve sacos de legumbres secas, dos mil setecientos quesos, noventa y seis pipas de vino y sesenta libras de aceite.

Realmente las condiciones en que se había entregado la guarnición española de Bellegarde no podían ser más difíciles y peligrosas. Dejemos a la propia información francesa el desarrollo de este tema: «Un imprudente decreto de la Convención castigaba de muerte, en efecto, todas las guarniciones de las plazas nacionales caídas en poder de la coalición, si no se rendían en el plazo prescrito, y, este plazo fatal, había expirado para Bellegarde; mas, recientemente, el Decreto de 23 Thermidor, prohibía hacer prisionero algún español en tanto que la capitulación de Collioure no fuese ejecutada, y no era cosa de devolvernos nuestros prisioneros; en fin, Dugommier se había comprometido personalmente en su segunda intimación. No obstante este noble adversario había, sin vacilación y con toda claridad, hecho saber a los bravos que acababan de entregarse a la generosidad francesa, que la República les perdonaría fácilmente al haberla ofrecido un éxito mayor que la rendición de un ejército de cincuenta mil hombres y, que por lo tanto, no tenían nada que temer por su vida.»

El heroísmo de los defensores de la fortaleza de Bellegarde despierta la compasión de los sitiadores

«Pero esta determinación del general francés necesitaba merecer la aprobación del Gobierno de París, y, así según lo expone Fervel; «fué de todos modos preciso que, Dugommier y el representante Delbrell, justificasen su determinación de dejar provisionalmente la vida a los prisioneros de Bellegarde. Delbrell, que llegó al ejército para reemplazar con su colega Vidal a los dos comisarios salientes, Michaud y Soubrany, cuya misión acababa de expirar, Delbrell, escribió a la Convención que, si no había aplicado a los prisioneros de Bellegarde el rigor de los decretos publicados, era para evitar quedasen sepultados bajo los muros de la fortaleza, y no atraer sobre nuestros desdichados soldados, presos en España, terribles e innecesarias represalias. Y temeroso de atraer a su vez con su conducta la sospecha de *moderantismo*, recordaba que él mismo, cuando Barére había anunciado a la Asamblea la rendición de Quesnol, había interpelado al orador y pedido cuenta de la ejecución del Decreto de muerte. Dugommier, por su parte, apeló, de esta manera, al Comité de Salud Pública, en defensa de su palabra: «El Decreto

de la Convención que ordena no hacer más prisioneros conviene sin duda a un campo de batalla, pero si me es permitido emitir mi opinión, yo pienso que es susceptible de ser modificado al tratarse de las plazas a las cuales puede ofrecérselas, condiciones para su entrega... Nuestro ejército estaba angustiado, setenta mil españoles amenazaban avituar a Bellegarde y nuestras divisiones no contaban para oponérseles con otra cosa que la energía del pequeño número. El enemigo, reducido a la desesperación, hubiese podido hacer saltar esos muros que tanto me había esforzado en devolver intactos a la República.»

Con orgullo puede decir el historiador francés que nos ocupa que : «La República hizo honor a la palabra del General, y concedió gracia a sus prisioneros.»

**Significación de la reconquista de la fortaleza citada para la causa francesa.
Exaltación de sus esperanzas**

Convengamos realmente en que para los franceses la recuperación de la fortaleza fronteriza constituía un verdadero triunfo : «Bellegarde era el último punto de nuestro territorio que había ocupado la coalición —expone el escritor de referencia. Esta entera liberación del suelo de la Patria causó un transporte universal. Una fiesta Nacional, la fiesta de la victoria, fué ordenada, y, a propuesta de Delbrel, el fuerte conquistado cambió su nombre por el de SUD-LIBRE para hacer juego (pendant) con el Nor-libre o de Condé, anteriormente, que acabábamos también de arrancar a los austriacos.»

«Este éxito, durante tanto tiempo esperado, desplegó el vuelo de las más bellas esperanzas. Se decía que largo tiempo encadenado al pie de una fortaleza, el valor de nuestros soldados iba a recobrar su empuje atravesando como un rayo la Cataluña entera y haciendo bien pronto temblar en su capital al tirano de Castilla (sic) y, no obstante, el ejército victorioso quedaba adosado a los Pirineos, como bloqueado, a su vez, por la inmensa cadena de reductos que los españoles acababan de tender delante de ella, en tanto que hacía perecer de hambre a Bellegarde. ¡ Y, al día siguiente, eran todavía los vencidos los que tomarían la ofensiva! »

El Conde de la Unión se dispone nuevamente a llevar a cabo un ataque para salvar su crítica situación (21 de octubre).—Intento de recuperación de la Montaña Roja

Porque, en efecto, dando cuenta de su crítica situación, el Conde de la Unión dispuso la conquista de la Montaña de Monroch (Montaña Roja en catalán o Montaña Negra, según los franceses). Las razones que le habían movido a proceder así, estaban expresadas por él mismo en carta fechada en 23 de septiembre que decía así : «Al tiro de cañón de la

nueva posición del centro que dixe a V. E., había tomado en la noche del 17 al 18 del corriente, está la montaña de Monroch, que es de suma elevación y proporcionada para apoyar a ella nuestro centro, y reunir por el lado opuesto a la izquierda del ejército, cuya situación, que graduó de inexpugnable a viva fuerza, me había propuesto fortificar con ideas las más ventajosas, así con relación al socorro del castillo de Bellegarde, como a la reunión de la derecha y otras. Estas ventajas, y la de que el enemigo no podía sostenerla sin dedicar la mayor parte de su ejército (ocupado en el asedio de aquella guarnición) me determinaron al ataque y se verificó al amanecer del 21 por 4.000 escogidos a las inmediatas órdenes del Brigadier don Francisco Taranco, sostenidos de considerable número que quedaba pronto en los puestos: de suerte que, no sólo no podían ser cortados, sino que tenían que seguir a todo evento la retirada con el abrigo del ejército y su artillería. Subió la tropa muy animosa, y venció con gallardía la posición del enemigo, apoderándose sin detención de la eminencia, donde formaba y esperaba a que los trabajadores que estaban dispuestos, abriesen camino para la artillería. En este estado de prosperidad, y en que nada había que recelar en una aspereza defendida por sí misma, se adelantaron (faltando a lo mandado) las partidas avanzadas con dirección al pequeño y arruinado castillejo de Monroch, que está en la falda opuesta, desde donde la descarga de un Batallón las consternó de manera que, sin reflexionar la ventaja de su altura, huyeron atropelladamente, y sobrecogieron, con su griterío a los de la eminencia, a término de que sin enemigos, ni el menor examen, echaron a correr abandonando algunos sus fusiles sin obediencia a Taranco, que no le quedó que hacer, ni a los Xefes y Oficiales, que procuraron contenerlos y evitar se precipitasen. En este estado, ni quedó arbitrio para más, ni dispuso otra cosa que mandar al Mariscal de Campo don Diego Godoy, que con un Batallón del Regimiento de Suizos de Swaller, sostenido de otro de Granaderos de Castilla y tropas que fuí aproximando, avanzase a sostener la retirada y contener al enemigo, que al notar esta increíble resulta, podía cargar por el flanco, como se verificó; pero aquel General fué tan pronto en obedecer y se situó con tanto acierto e inteligencia que los contuvo; y envié al propio tiempo, por el lado opuesto, a varios oficiales que recogiesen a los dispersos y los formasen; siendo de notar que, admirados los que huían de su propio aturdimiento, se insultaban mutuamente con el dictorio de *collones*. Este fué el inesperado fin de una acción que no podía dexar de ser feliz por todas sus circunstancias y que por ellas habría faltado a mi obligación si no la hubiese comprendido. El hecho acredita la posibilidad: la aspereza y elevación evidencian la facilidad de que la sostuviesen cuatro mil hombres contra muchos, mayormente apoyando su espalda el resto del ejército y prueba también la necesidad de ocupar la montaña inmediata a éste.»

Causas del fracaso español

El relato que acabamos de transcribir, nos permite reconocer que, el resultado tan desfavorable de la operación dispuesta por el Conde, no fué debido a deficiencias por parte del Alto Mando, sino a falta de buen espíritu de algunas de las tropas encargadas de realizarla. Era muy razonable que «la Unión, al tener noticia de la caída de Bellegarde, tratara de llevar su posición primitiva, es decir, en la dirección de Capmany a Espolla, la línea que había, tan temerariamente, aventurado, llevándola a las proximidades de La Junquera». Es posible además que, el ataque a la Montaña Negra, obedeciese a favorecer la situación de la línea semicircular de baterías que había establecido con tanto cuidado al pie de la misma, desde Viure hasta Capmany.

Desarrollo del ataque a la montaña de Montroch

El ataque iniciado, como hemos visto, el 21 de septiembre a las seis horas de la mañana, fué llevado a cabo por cuatrocientos hombres elegidos, mandados por el Brigadier Taranco, tomando por campo de la acción las pendientes del N. y del E.

Es de advertir que estas pendientes eran las únicas accesibles, hallándose cubiertas de un bosque espeso. La cresta que las corona, de escasa longitud, va inclinándose hacia el E. elevando su punto culminante sobre la vía o carretera internacional, y presentando, en dirección opuesta hacia el O., una escotadura vigilada por la vieja torre de Castellroig, y que, se hallaba guarnecida por quinientos Cazadores republicanos, señalando netamente la extremidad de los puestos enemigos, en tanto que en la opuesta punta oriental de la cresta ni siquiera existía esta misma vigilancia. Al despuntar el día 31 de septiembre, dió comienzo la operación, que hubo de desarrollarse en la forma indicada por nuestro General en Jefe en el documento que hemos transcrito.

No fué difícil, según hemos visto, a las tropas de Taranco coronar las alturas de la montaña de Monroch, mas, una vez en ellas, faltando espacio para proseguir en su avance, detuviéronse imposibilitadas de toda maniobra, lo que dió lugar a que las tropas que remontaban a continuación la pendiente vinieran a amontonarse sobre ellas. En esta confusión, roto el buen orden de las filas, iniciaron un movimiento de retroceso que hubo de aproximarles a la torre de Castellroig.

Asegura la crítica francesa que este falso movimiento fué la salvación de los suyos, y que la causa inicial del éxito fué la actitud de un simple destajista, el cazador Roch, que hizo fuego, quemando hasta su último cartucho antes de retirarse, y sembrando, de este modo, la alarma en la guarnición de la torre. La alarma comunicóse a los Batallones de Cazadores, que estaban acampados al pie de la montaña, y, el más próximo de ellos, el de Papín, acudió en seguida lanzándose

resueltamente sobre la derecha y la retaguardia de las fuerzas españolas, atravesando el bosque que cubría el revés septentrional de la montaña.

Los nuestros, creyendo en estas circunstancias que han sido cortados lanzando el grito que así lo declara, presos del pánico, se precipitan en la mayor confusión desde la cresta a la carretera internacional, corriendo a buscar un refugio tras las baterías allí asentadas. Según el testimonio de Marçillac, la causa inicial de nuestro fracaso fué el de habernos confiado demasiado en la superioridad del número, no tomando la precaución de establecerse militarmente en la cresta de la montaña. Este exceso de seguridad —declara— fué funesto a los españoles, si bien no tanto como la gran negligencia del Oficial que dirigía la columna, y que no había calculado que la meseta que está en lo alto de Monroch no permite el despliegue de más de cuatro compañías.

La descripción que el historiador militar que citamos hace del espectáculo presentado por nuestras tropas en huída no puede ser más lamentable. «A raíz del grito ¡Somos cortados! el terror se hizo extensivo a todas las tropas amontonadas sobre la meseta que, presas del espanto, diéronse a la fuga; siendo detenidas en su huída por las tropas que todavía subían para reunirse con ellas. Perseguidas por una tropa que un pelotón con sangre hubiese exterminado, muchos soldados arrojaron su fusil, para correr más velozmente. Jamás un terror pánico semejante, pudo darse acaso». Y Marçillac manifiesta, como según sabemos, fué el Mariscal de Campo don Diego de Godoy el enviado para contener a los franceses e impedirles que cayeran sobre los fugitivos, logrando contenerles y ordenar a estos hombres que el miedo hacía correr.

Pero si el escritor francés expone todo esto, no deja de asegurar que: la bravura del soldado español no puede recibir quebranto por esta catástrofe. Ella fué el efecto de una demasiada confianza y resultado de la impericia del Oficial que dirigió la operación, que no supo apreciar la extensión de la meseta a fin de combinar las operaciones que en ella podía hacer.»

Los franceses se aprovechan del fracaso español para atacar a su vez las alturas de Capmany

Aprovecháronse los franceses de este suceso para atacar las alturas de Capmany, creyendo obtener, con ello, una gran ventaja, pero encontraron en este punto fuerte resistencia. Lanzáronse, al propio tiempo, a los barrancos que rodean Viure, tratando de forzar a nuestra línea por el castillo de las Escaulas. Pero fueron contenidos por los Regimientos Portugueses de Olivenza, que formaba parte del ala izquierda, mandada por Courten. El Brigadier, Conde del Puerto, estableció una batería volante sobre el puente del Llobregat, y tomando al enemigo de flanco, contribuyó a impedir su avance.

Consideraciones sobre las causas determinantes del fracaso referido

Con toda razón podía asegurar nuestro General en Jefe que éste había sido el inesperado fin de una acción que no podía dejar de ser feliz por todas sus circunstancias, acreditando el hecho mismo la posibilidad de haberlo obtenido al ver con qué facilidad cuatro mil hombres contra muchos, mayormente apoyando su espalda en el resto del ejército, pudieran haberse mantenido en la altura de la montaña, cuya ocupación se hacía tan manifiesta.

No podía pasar sin sanción la grave responsabilidad en que habían recaído las tropas que tuvieron parte en la acción que se detalla, y, por ello el Conde de la Unión en su carta del 23 de septiembre participaba que: «Deseando como debo que un castigo correspondiente escarmentase iguales desórdenes, llamé a los Xefes sin detención y por más que les estimulé a que me descubriesen los culpados, sin excepción de clases, no pudieron acordarse, asegurándome que fué tan momentánea y general la dispersión que les era imposible. En este estado de difícil prueba mandé al Teniente General Marqués de las Amarillas, Comandante de los puestos del Centro (de cuyo destacamento salió la columna de ataque) que dispusiera se diezmase, para sufrir la pena de ser pasados por las armas, a todos los que abandonaron vilmente su arma: que, los restantes, paseándolos con ruelas, fuesen destinados a presidio por el tiempo de su empeño, y he promulgado para en adelante, las penas de que acompaño copia.»

El Conde de la Unión rechaza una sugerencia extranjera para volver a atacar la posición de Monroch

Declara Marçillac que, el Conde de Apchier, Mariscal de Campo, propuso al Conde de la Unión, volver a intentar la conquista de Monroch, con la Legión de la Reina únicamente. El General en Jefe no creyó debía dar una lección tan humillante a las tropas Nacionales, ofreciendo a un Cuerpo extranjero la ocasión de conquistar valientemente los laureles de la victoria. Consideraba de su obligación, el volver a enviar esas mismas tropas al ataque y mantenerlas hasta que la sangre del último de los que las constituían, hubiese lavado la afrenta, pero abandonó la idea de ocupar Monroch y pronunció una sentencia humillante contra los oficiales y soldados que habían formado parte de esta expedición, quitándoles la cocarda y toda distinción militar, exponiendo al final de la orden lo que sigue: «Por esta proclamación será impuesta la pena capital a todo individuo que pierda su formación y que no se halle reunido con su Batallón a la distancia del alcance del cañón; pena semejante será impuesta a todo el que abandone sus armas.»

Noble expiación de las tropas castigadas

Pero, a pesar de todo, no se mostró el Conde tan duro y sanguinario como parecía indicarlo por sus primeras disposiciones, y, conocedor del espíritu de sus tropas y de las características de la moral militar, ofreció a los responsables, en número de 140, el medio de reparar su deshonor. Puestos los que habían abandonado sus armas en la huida a las órdenes del bravo Echevarría, probaron durante cuarenta días que para españoles bien mandados constituye un festejo ir en busca del enemigo, sin tener en cuenta su número. Esta tropa salía todas las mañanas al despuntar el alba y no entraban en sus tiendas hasta haber hostigado al enemigo, y, frecuentemente, penetrado en su campo. Antes del término prescrito, la estimación del ejército y la justicia del General, rehabilitó a estos bravos en todos sus derechos.

El Conde de la Unión daba, como es natural, relación de los Jefes que se habían distinguido en el cumplimiento de su deber, e incluía, en su carta al Duque de Alcudía, el estado de los muertos y heridos y solicitaba del mismo se sirviese elevarlo todo a la consideración del Rey, *que no dudo extrañará en sus tropas una conducta tan opuesta a la gloriosa que celebró S. M., en la acción del 13 de agosto último.* En el estado de las bajas figuraban veintidós muertos, ciento diecinueve heridos, veintitrés contusos y cuarenta y tres extraviados, o prisioneros. Fervel fija en seiscientos el número de nuestras bajas, dejando, en poder del enemigo, un gran número de fusiles, y cuatro piezas de artillería completamente nuevas que tratábamos de estrenar.

Un rasgo compasivo del General Jefe de las tropas portuguesas apelando a la generosidad del Conde de la Unión. Noble correspondencia de este General nuestro

Y para terminar este capítulo advertiremos que, según expone Claudio de Chavy, no es de ocultar que «en medio de las impresiones desagradables, naturalmente suscitadas por la noticia de estos acontecimientos, se nos depara, como compensación, la dicha de mencionar un hecho que ennoblece al Teniente General Comandante en Jefe de las Tropas Portuguesas; hecho que, en nuestro pobre concepto, creemos tan valioso como el de más valor de los muchos que este General supo realizar en circunstancias difíciles, mandando portugueses y españoles, y dando prueba de sus merecimientos guerreros.»

«El General Forves interpuso interesados ruegos en favor de tres soldados españoles condenados a muerte, apelando, igualmente, a los humanitarios sentimientos del valiente Conde de la Unión; tres soldados fueron indultados, el Gobierno aprobó el indulto, y aquellas

existencias se reconocieron deudoras a la solicitud generosa del Comandante de la División Auxiliar Portuguesa (1).

NOTA.—Las disposiciones dictadas por el Conde de la Unión para el castigo de los combatientes que faltasen a sus deberes militares, eran las siguientes :

«Todo soldado que pierda su arma será ahorcado, sin más demora que la necesaria para su confesión, y sin otra prueba que la de no presentarse armado».

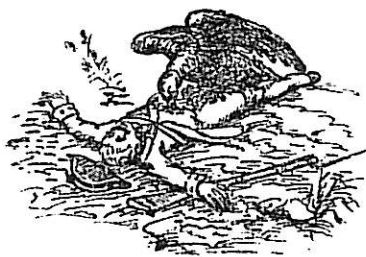
«Todo soldado que pierda su fila y no procure guardar sobre la marcha en el mismo puesto que le toque ocupar en el ataque, será ahorcado.»

«Todo soldado que siendo dispersada su Compañía no se reúna al respectivo Batallón, donde quiera que esté, será ahorcado.»

«Todas las plazas de un Batallón dispersado que no se reunieran dentro de la extensión del tiro de cañón donde tuvo lugar la desbandada, serán ahorcadas.»

Advertiremos que no parece tuviese ocasión en lo sucesivo nuestro Conde para aplicar penas tan duras. Tan sólo fueron cinco los que hubo de castigar con la pena de muerte.

(1) Archivo de la Capitanía General de Cataluña.—Guerra del Rosellón y Cataluña. Legajo núm. 3. Vieja Colección de documentos núm. 22.



CAPITULO XVIII

Nuevo período de suspensión de las hostilidades.
Iniciación de negociaciones para la paz entre España y Francia. Preparativos para posteriores acciones de guerra por ambas partes

**La responsabilidad del Conde de la Unión
ante la entrega de la fortaleza de Belle-
garde.—Período de calma**



ODOS los esfuerzos del Conde de la Unión para salvar a los defensores españoles de la fortaleza de Bellegarde habían resultado fallidos, pero sería injusto, y aún diríamos que innoble, achacar la culpa de ello, por entero, al infortunado General, no pudiéndonos causar extrañeza que, como indicamos, el 24 de septiembre, Godoy le escribiese : «*Tú has perdido una fortaleza pero no la estimación pública*». Desde luego, por lo que a Cataluña se refería, la afirmación del Duque de Alcudia no era aventurada. El Conde de la Unión seguía mereciendo la confianza del pueblo catalán.

Después del fracaso del ataque a la montaña de Monroch, sucedióse un período de calma en las operaciones que vino a durar hasta el 17 de noviembre, fecha en la que, como veremos, los franceses iniciaron una nueva ofensiva a fondo sobre nuestras líneas, con el propósito inicial y directo de apoderarse de la fortaleza de Figueras y abrir así un ancho portillo a la invasión en el corazón de la zona costera que se intentaba dominar. Durante esta tregua efectiva, aunque no acordada, los españoles se dedicaron a establecer una serie de fortificaciones y obras defensivas a lo largo de la línea de combate completando o terminando las que ya habían comenzado a levantarse cuatro meses antes.

El Conde de la Unión establece un formidable sistema defensivo con obras de fortificación de campaña

«Nunca —afirma Fervel— se había hecho un abuso tan gigantesco ni tampoco *tan ridículo* de la fortificación de campaña. El calificativo no puede ser más ofensivo, pero, en plena conciencia, no nos atrevemos a rechazarlo desde el primer momento, porque, según parece comprobado, las obras sólidas construídas alcanzaban la cifra de noventa y siete, abrazando una zona de cinco leguas de desarrollo, con una profundidad de más de una legua en algunos puntos, artillada con doscientos

tos setenta cañones distribuídos en setenta y siete baterías. De esta suerte el Conde de la Unión creía poder resistir victoriosamente el empuje enemigo y rechazarlo por completo.

**Pequeñas acciones libradas durante este
período de paralización**

«Después del ataque de Monroch (Montroig)—declara el cronista de guerra Marçillac—nada interesante hubo de pasar en ambos ejércitos contendientes. Tan sólo se llevaron a cabo, por una y otra parte, algunas pequeñas luchas entre las fuerzas de vanguardia, sobre todo en el sector central del frente de operaciones. Entre muchos incidentes de esta clase es de señalar el ocurrido el 11 de noviembre. Esta acción era descrita por el General en Jefe del Ejército de Cataluña, en los siguientes términos: «El Teniente del Batallón de Zeuta don Pedro Echevarría, Comandante de una de las partidas de descubierta del centro del ejército, compuesta de ciento cuarenta hombres, tiene tan escarmentadas las de los enemigos de cuatrocientos a ochocientos, que todos los días las obliga a retirarse precipitadamente con conocida pérdida.»

«Deseosos de vengarse amanecieron ayer emboscados en la montaña de Monroch en número de cuatro a cinco mil hombres, y cuando le consideraron en disposición de no poderse retirar le atacaron por todas partes con sumo arrojo y vivo fuego de una batería volante de seis piezas, pero, sin embargo, se sostuvo retirándose con la mayor pericia militar al abrigo de nuestra artillería, desde donde continuó batiéndose más de una hora, hasta que cargó a los enemigos gallardamente en su retirada; siendo de admirar no tuviese más desgracia que la de cuatro muertos y cinco heridos, al paso que ellos, muchos, según se refiere por los que recogieron.»

«Se hallaron en esta gallarda acción, los 51 hombres que fueron paseados con ruelas, por haber abandonado sus armas en el ataque de Monroch, el 21 de septiembre último, y les he concedido la distinción de que se pongan la escarapela de que estaban privados, haciéndoles entender que espero que, con igual conducta, me pongan en la gustosa precisión de volverlos a sus Cuerpos con el honor y estimación que desean (1).

(1) Estos por medio de memorial dijeron al Conde de la Unión, entre otras cosas, lo siguiente: «Reconocidos como buenos católicos ofrecemos nuestras vidas en defensa de la causa de Dios, de nuestro Rey y de la Patria en cualquier destino donde V. E. tenga a bien ponernos, muy cierto de que nos portaremos con bizarría, distinguiéndonos entre los buenos soldados de S. M.» Unión condescendió con su instancia para que pudiesen borrar la falta que les atormentaba; pero entretanto se hiciesen acreedores a alternar con sus antiguos compañeros y otras gracias, debían servir sin uniforme, escarapela, ni distinción alguna militar, campando separados a las órdenes del Teniente don Pedro de Echevarría (G. de M. viernes 15 de noviembre de 1794).

No eran vanos estos ofrecimientos de nuestros dignos soldados que así sabían lavar su deshonra. Su conducta, en efecto, no pudo ser, en la acción de referencia, más valerosa, pues aunque los franceses les dejaron avanzar y no les atacaron hasta que hubie-

Según lo expuesto por la Gaceta de Madrid, del viernes 5 de noviembre, «satisfecho el Rey, de la bizarría y pericia con que en la expresada acción se condujo don Pedro Echevarría, se ha servido concederle la agregación de Capitán con sueldo de *vivo* en uno de los Regimientos de aquel ejército, con calidad de que le reemplace en propiedad, en la primera vacante».

«Igualmente satisfecho S. M. del buen orden, firmeza y denuedo, de los ciento cuarenta hombres que mandó en la acción dicho Oficial, ha mandado se les manifieste así en su Real nombre, reservándose conceder el goce de escudos de ventaja a los que más se hayan distinguido.»

**Otros golpes de mano franceses contra
los puestos españoles ante Ribas**

Pero, si en la anterior acción, eran los franceses los que habían concebido y puesto en ejecución la emboscada con el resultado que se ha indicado, toca a los franceses, en las que vamos a relatar, el mismo papel de ofensores. Así, el día 17 de octubre, después de inquietar constantemente los puestos españoles ante Ribas en días anteriores, anunciaron dadas sus disposiciones de marcha, un ataque más general contra esta parte de la frontera, que hallábase al flanco izquierdo de su línea. El Coronel don José Heredia, el antiguo Teniente de Guardias Españolas durante la campaña del Rosellón, autor del epistolario que conocen nuestros lectores, y que a la sazón era Comandante del puesto de Ribas, en carta dirigida al Coronel don Ramón Marimón, el día 20 de octubre, daba cuenta de la acción que nos ocupa en los términos siguientes: «Por avisos que tuve repetidos el día 16 del corriente, de que los enemigos proyectaban un ataque para el siguiente contra esta frontera, hice, desde luego, las prevenciones convenientes a los Comandantes de los puestos de mi dependencia, quienes, correspondiendo exactamente, se hallaban el 17 a punta de día en esta colocación, el Teniente de Infantería don Jayme Civaliery, Comandante de Campellas, adelantado con la gente de su destacamento en el Coll de la Bona: el Teniente don Francisco S. Loup, Comandante de Tosas, ocupando los puntos de mejor defensa fuera de este pueblo; el Capitán don Juan Daspét, Comandante de Dorry, las alturas inmediatas a su puesto; y el Teniente de Suizos de S. Gall Rutiman, don Francisco Dempfle, Comandante de Ventolá, las de Cogulla.»

«Atentos unos de otros en esta disposición, pasaban ya las diez del día, quando una partida que había adelantado Dempfle, a cargo de don

ron pasado del lugar de la emboscada, estos mismos soldados que el 21 de septiembre habían huído en gran número delante de un puñado de gente, lejos de intimidarse por las fuerzas tan superiores con que a la sazón tenían que combatir, no hicieron otra cosa que acrecentar su coraje y cargar sobre los enemigos y abriéndose camino a través de sus filas, se retiraron en buen orden hasta acogerse bajo el fuego de sus baterías, en donde se batieron todavía durante una hora. Los franceses a su vez se retiraron, pero no sin ser inquietados por estos soldados, que hubieron de seguirles hasta sus puestos avanzados (Marçillac).

Miguel Cervera, acreditado Capitán de la Compañía de Ripoll, se vió empeñada con una columna enemiga que se presentó con banderas hacia el Coll de la Basa. Acudió Dempfle a sostenerla con más fuerza de Somatenes y algunos soldados de su Cuerpo de que tenía treinta, destacando por su derecha otros cincuenta Somatenes de Torelló a cargo de su Capitán don Ramón de Espona para contener el refuerzo de enemigos que viniera de la parte del Her. Unos y otros sostenían sobrado fuego por la superioridad de enemigos en número de cuatrocientos hombres a quinientos contra la mitad menos, quando el Capitán don Juan Daspeet con las Compañías de Vich 1.^a, 2.^a y 4.^a y gente de Dorry, subió por el Pla de Salinas y cargó con denuedo a los enemigos que, aunque resistieron por largo rato, hubieron entonces de ceder a nuestro fuego y fueron perseguidos por Daspeet hasta el bosque de Auseya, por Dempfle y Cervera hasta Valsebollera, y rechazados por Espona en la sierra de Her.»

«Nuestra pérdida ha sido de cuatro soldados de Suizos que se empeñaron demasiado y cuatro paisanos heridos; la de los enemigos ha sido de cinco muertos con crecido número de heridos; y, por fin, tengo la satisfacción de poder recomendar justamente el valor de los soldados del destacamento de Suizos, el esmero con que trabajaron a porfía las citadas Compañías de Vich, la de Ripoll y parte de los Somatenes de Torelló, a cargo de los respectivos Capitanes don Sebastián Ferreras, don Juan Graell, don Joseph Puxil, don Miguel Cervera, don Ramón Espona, y del Teniente de Suizos de San Gall Rutimán don Francisco Dempfle, para que V. S., se sirva ponerlo en noticia del Excelentísimo señor Capitán General.»

El día 22 de octubre, según parte dado por el Coronel don Ramón Marimón, Comandante de Camprodón, a su General: «Después del mediodía baxaron hacia el lugar de Rocapruna unos trescientos hombres de los enemigos con ánimo de quemar aquel pueblo, según lo gritaban ellos mismos; pero la tropa de Voluntarios que está allí destacada y los paisanos armados los detuvieron ínterin llegaron los refuerzos que yo envié: con lo que se logró frustrarles su designio y aún se les persiguió por la partida de guerrilla al mando del Sargento Jerónimo Miró, que los embistió intrépidamente y mató a uno de ellos; y sin duda, les puso en cuidado, pues tocaron la generala en Prat de Molló y Coral, enviando gente para proteger su retirada; de nuestra parte no hubo desgracia alguna» (G. de M. de 24 de noviembre de 1794).

Los pequeños ataques en la Cerdeña

Y no fueron las relatadas las únicas acciones llevadas a cabo por las tropas de la Revolución. Igualmente, el sector correspondiente al valle del Segre fué objeto de una pequeña intentona francesa. La referencia oficial, según carta del 9 de noviembre, del General en Jefe del Ejército de Cataluña, era la siguiente: «Según los partes que dan el

Mariscal de Campo don Gregorio de la Cuesta, Comandante del Seu de Urgel y el Coronel don Joseph de Heredia, que manda en Ribas, al amanecer del 23 del mes pasado, atacaron los enemigos las alturas del Coll de Jou sobre Bagá, la de Tosas, Pla de Anella y descendieron a Castell-Nuch y hacia las alturas de las Salinas.»

«En las primeras se presentaron de seiscientos a setecientos franceses que obligaron a replegarse a nuestras primeras avanzadas y quemaron la casa de Claper, pero luego que llegó refuerzo de Bagá, los contuvo haciéndoles retroceder hasta la altura después de dos horas de acción.»

«Pasado largo rato emprendieron los franceses nuevo ataque, que sostuvieron con valor nuestras Compañías de Voluntarios de la Cerdaña, Somatenes de Bagá y partido de Manresa, haciéndose fuertes cerca de Hospitalet por espacio de cinco horas, con pérdida de cinco muertos y heridos enemigos, sin que tuviésemos ninguna desgracia.»

«Por parte de Tosas y demás alturas, se presentaron en número de cuatro mil y apoderándose de su aldea a pesar de obstinada resistencia de la tropa y Somatenes de Dorri y Creu de Mayans, baxaron en varias columnas de más de seiscientos hombres, cada una por el Pla de Anella a Castell de Nuch, cuyos famosos vecinos, auxiliados de los del pueblo de Lillet y de los puestos reunidos, defendieron la villa largo tiempo, con tanta bizarría, que se batieron a 18 ó 20 pasos de distancia y algunos con el arma blanca, hasta que forzados de la superioridad se acogieron a una altura que domina el pueblo por la espalda, desde donde rechazaron al enemigo con su fuego, sin poder evitar que incendiasen trece o catorce casas y algunas de Tosas a su retirada.»

«Nuestra pérdida en la acción fué de cinco paisanos armados muertos, y cinco heridos, que señala la adjunta relación, a quienes a sus familias considero acreedoras a que el Rey les señale algún auxilio diario que los sostenga y premie la pérdida de sus padres y bizarría de sus naturales, que en número de doscientos los hicieron retirar, no obstante el suyo tan crecido, y el bárbaro auxilio de perros mastines que llevaron en su vanguardia y acometieron furiosos; también tuvimos siete soldados del Regimiento de Suizos de S. Call Rutimán prisioneros o muertos y veinte heridos, según noticias de sus puestos.»

Exponía la información oficial española que «ambos Comandantes elogian a los Oficiales, Tropa y Somatenes por lo bien que han acreditado su fidelidad al Rey y amor a la Patria» y a continuación citaba el nombre de aquellos Oficiales que se habían distinguido en la acción, así como al Cabo de Ronda Manuel Escribos. Pero después de tener conocimiento de todos estos ataques aislados, cabe preguntar, si ellos tenían un carácter simplemente esporádico o si obedecían a un propósito definido, a un objetivo común.

Objetivo de estos ataques: engañar al alto mando español sobre el verdadero sector elegido por el francés para desarrollar su ofensiva.—El Conde de la Unión no cae en el engaño

La respuesta no creemos pueda ser dudosa: «Todos estos ataques a la izquierda de la línea general de defensa de Cataluña —afirma Marçillac— estaban calculados para atraer la atención de los españoles, haciéndoles creer en una invasión por esta parte y obligándoles a traer aquí socorros sacados de la línea ante Figueras, línea que el General Dugommier se proponía atacar con la totalidad de sus fuerzas. Pero el Conde de la Unión, teniendo en cuenta estos falsos ataques, no desguarneció este flanco izquierdo y redobló su vigilancia; mas, a pesar de todo, y según lo vamos a ver muy en breve, la posición que había dado a su frente de operaciones el 18 de septiembre, tenía que serle funesta.

Intentos de negociación por parte del mando español

Mas, por muy interesante que sea emprender cuanto antes el estudio de los combates que durante días 17, 18 y 19 hubieron de entablar ante las líneas llamadas de Figueras por los franceses, no dejan de serlo, asimismo, el conocimiento de otros aspectos, o puntos de vista, que tenían que influir grandemente en su desarrollo. En efecto, vamos a ver cómo el proceso militar inició un período de intentos de negociación que habían de dar a la lucha un carácter distinto, desviándola por completo de su primitiva dirección, o cambiando en otros términos la finalidad que hubiera de motivarla.

**Estado de la opinión pública española.
Testimonio del General Morla**

Hemos expuesto en el Capítulo IV de la primera parte de este tomo III, al tratar de los antecedentes cuyo conocimiento se estima necesario para la mejor interpretación o conocimiento de cuantos hechos constituyen el desarrollo de la campaña que estudiamos; cuál era el estado de la opinión pública española al comenzar el año 1794. La campaña del Rosellón, como la más importante de todas las entabladas en los sectores pirenaicos, había decepcionado a la casi totalidad de la Nación, y el sentir general de los ciudadanos españoles no era otro que el de que, a pesar de todo lo realizado y de las victorias conseguidas, en realidad no se había hecho, o, por lo menos, logrado nada.

Y efectivamente, los acontecimientos posteriores no desvanecieron semejante decepción ni pudieron desvirtuar la realidad de tal aserto, sino que, por el contrario, las justificaron plenamente. No es de repetir ahora todo cuanto expusimos referente a los malos augurios con que hubo de empezar el año de referencia, ocasionados por el fallecimiento de los Generales Ricardos y O'Reilly, reemplazados por el Conde de la Unión, que, aunque con reconocidas y brillantes cualidades militares y personales, no estaba dotado de un talento militar suficiente para sortear las muchas y muy graves dificultades que el cumplimiento de su misión representaba, aunque en todo caso pudiera contar con el consejo o parecer de su Jefe de Estado Mayor, el General don Tomás de Morla. Desde el punto de vista militar, su rápido ascenso a Teniente General, y su importante cargo, le colocaban en situación muy difícil ante los otros Generales, más veteranos y de más edad que él, prevención o antipatía acaso favorecida por la actitud altiva y displicente del joven general, para con ellos, dignos, por todos conceptos, de la mayor consideración y respeto.

Interesante es a este objeto lo que el General Morla expone en su escrito que figura en el Apéndice núm. 10 de este tomo en el que claramente se manifiesta cómo los Generales estaban descontentos del Jefe, y desconfiados por lo misterioso, reservado y equívoco en sus órdenes, y que jamás daba una terminante, sino siempre condicional, de modo que dejaba a ellos toda responsabilidad, tratándoles con dureza y reconviniéndoles con bagatelas.

«Los Oficiales de grado mayor, aún más disgustados que los Oficiales Generales, por los mismos motivos, y porque había forzado a muchos a entrar en el Hospital, aunque Brigadieres, y porque no se había atendido a ninguna ni hecho la menor gracia, sino al Marqués de Vallehermoso, Coronel de Milicias de Jerez, que, durante toda la guerra, no había salido de Figueras sino a pasear en coche.»

«Los demás Oficiales particulares, renegaban del Jefe en público y lo abominaban por su dureza, porque había quitado algunos empleos, porque los obligaba cuando enfermos a estar precisamente en los Hospitales de Figueras, porque no permitía a ninguno separarse del ejército con ningún pretexto por justo que fuere.»

«La tropa que oía los discursos de los Oficiales y que no veía sino desgracia, estaba poco confiada y disgustada. No crea usted que exponiendo yo las quejas de los Oficiales, las apruebo, estoy muy remoto y opino que jamás habrá ejército que merezca este nombre mientras que la oficialidad sea de la especie que es; y con tan malos principios y aptitudes, mas la prudencia dicta que, cuando los males han llegado a un cierto punto y grado, se debe usar de paliativos y correctivos; y jamás emplear curas radicales, que acaban con el enfermo, y detesto al común de la oficialidad viciada, corrompida, ignorante, vana y aún cobarde. Conozco que los muchos premios y grados, han acabado de perder al ejército, pero ¿cómo corregir estos vicios delante del enemigo? ¿Cómo

corregirlos cuando es preciso usar de distinciones y premiar tal vez a los más culpados? Me salgo del objeto y declamaría en vano. Bástele saber a usted que la importuna dureza del Conde de la Unión indispuso todo el ejército.»

Impopularidad de la Corte.—Actitud de determinado sector de la sociedad española, partidaria de la revolución

Pero si ésta era la situación dentro de nuestro ejército en campaña, en la masa general del país la impopularidad de la Corte iba creciendo día por día. Salcedo Ruiz en su citada obra «La época de Goya», resume y describe en breves términos el estado de la opinión pública en la siguiente forma: «Durante el año de 1794 crecieron en España la desilusión y el abatimiento de los patriotas, acentuándose, y, por decirlo así, envenenándose los síntomas de oposición al gobierno. «España —ha descrito Delbrell con copiosos documentos contemporáneos a la vista— contemplaba entonces a su cabeza a un rey holgazán, a una reina, por lo menos, ligera, y a un ministro tan incapaz como inmoral. Compréndese que se hartara de defenderlos y que considerase a los enemigos que venían a derrotarlos como a libertadores. Si se ha de creer al embajador de Rusia, Sinóviev, decíase por Madrid en voz alta: Ya es tiempo que lleguen los franceses y echen a estos señores que no saben gobernarnos. ¡Que vengan y los recibiremos con alegría!» Las Memorias de Godoy hablan de un partido que había en Madrid, de ideas revolucionarias, compuesto de «gente letrada, jóvenes abogados, profesores de ciencias y estudiantes, al que no le faltaba apoyo en las clases elevadas». Este bando había aumentado y héchose más audaz con los desastres del 94 y el descontento y el amilanamiento de la multitud nacional. Había ya un pretexto para manifestar simpatías por los franceses sin comprometerse y sin chocar, y era el de hablar mal de María Luisa y de Godoy, para lo cual todo el mundo, aún los más devotos y realistas, estaban dispuestos. Algunos, o quizás muchos, so pretexto de seguir la moda de París, atreviéronse a vestir camisas a la guillotine, cintas encarnadas y corbatas tricolores (1). Alcalá Galiano añade, que, por este tiempo había muchos republicanos entre la gente ilustrada. Y tan cierto es el hecho, que descubriéronse varias conspiraciones republicanas: en Madrid, la de un tal Picornel, que, al ser descubierta, fué castigada por el gobierno con benignidad desusada para la época, pues condenados seis de sus autores a la horca, se les conmutó la pena por la de prescripción a distintos puntos de América, constando que el Picornel fué allá eficaz agente de propaganda revolucionaria (2); en pro-

(1) Cuentan este pormenor el citado Sinóviev y Alcalá Galiano.

(2) En 1789 distribuyó en Santo Domingo un escrito titulado «Derechos del hombre y del ciudadano», con un «Discurso a los americanos y dos canciones carnales», que estaba impreso en Madrid. imprenta de La Verdad.

vincias, una porción de ellas, de tendencia federalista unas y unitaria otras, todas para instituir la «República iberica o iberiana», no siendo extraños a este movimiento algunos frailes y clérigos, y reuniéndose algunas de las juntas en conventos. En Burgos hubo una especial conjura para unirse a los franceses en cuanto pasaran el Ebro, imitando a los vascos revolucionarios.»

Sentir de la masa popular

«La masa común no participaba del sentir de esta minoría, que, aunque por su número exigua, tenía importancia por la calidad de las personas que la formaban; pero aquélla estaba enteramente desalentada, y, por lo mismo, muy dolorida de los males de la guerra, que no se atribuían a la flaqueza de España, sino por unos —los fervorosos—, a castigo divino por los gravísimos pecados que se cometían en palacio, y por otros —los que se las echaban de un poco despreocupados— a la notoria incapacidad del favorito, a quienes aquellos pecados habían puesto en candelero. A la vista de los documentos de la época, parece indudable que si la nación no hubiera estado moldeada por dos siglos de disciplina monárquica en el respeto algo supersticioso a la corona, en la obediencia pasiva en el poder constituido, una revolución hubiese sido el inevitable desenlace de aquella crisis de los espíritus. De ese caudal heredado de respeto y disciplina vivieron, abusando, Godoy y María Luisa, y merced a él, pudo cazar en El Pardo y en El Escorial tantos años aquel hombre tan robusto y tan flaco de espíritu que se llamó Carlos IV.»

Juicio francés sobre la actitud de la Corte española

A vista de cuanto acaba de exponerse no es de extrañar que Fervel pudiera escribir: «A continuación de tantos reveses, la Unión, para quien cada tentativa constituía una nueva afrenta que achacaba a sus desgracias, y éstas tanto a la debilidad de sus soldados como, y con mucha mayor razón, a la impericia y mala voluntad de sus lugartenientes que, por las crueles expiaciones que infligía a los unos y las injuriosas sospechas que prodigaba con relación a los otros, se había atraído el odio de la mayoría, el desdichado General, desesperanzado se consideraba en el caso de ofrecer su dimisión. Por otra parte, una sorda fermentación se manifestaba en Barcelona, y a lo largo de todo el litoral catalán; y como a la otra extremidad, también de los Pirineos, los franceses triunfaban, la Corte de Madrid, a su vez, cayó en el descorazonamiento.»

«Comenzaba a entrever que de todas las potencias coaligadas era España la que menos había de alcanzar de la prolongación de la guerra. Su extraña aliada, levantándose la máscara en Tolón, había des-

cubierto su desconfianza, y la avidez de las cortes del norte, de Austria sobre todo, le daba que meditar. Carlos IV habíase visto obligado personalmente a aceptar la guerra por razones de familia que ya no tenían razón de ser (*qui avaient fait leur temps*). El 9 Thermidor, que desde luego aparecía como una iniciación para una restauración monárquica, sosegaba sus escrúpulos. Creyóse, pues, autorizada para ensayar algunas exploraciones, pero en el más profundo misterio, puesto que temía la cólera de sus aliados, sobre todo de Inglaterra.»

**Iniciación de las gestiones para la paz.
Actitud de Dugommier**

No podemos aceptar de buen grado semejante interpretación de nuestra conducta y no creemos que en las determinaciones de nuestra Corte, respecto de la continuación o terminación de la guerra, influyese grandemente el temor, ni a la citada Nación ni a otra alguna. Como se iniciaron estas gestiones para un pacífico acuerdo, nadie mejor que el historiador francés de quien son los anteriores párrafos transcritos literalmente: «El cuatro vendimiaire (25 de septiembre) un trompeta español, portador de un despacho, se presentó en el cuartel general francés; se estaba todavía cerca de la época en la que, la tenebrosa tiranía que pesaba sobre nuestros generales, podía hacer caer a la menor sospecha sus cabezas, que habían conservado el hábito de leer en medio de un estado mayor reunido todas las comunicaciones procedentes del enemigo. Dugommier había cumplido con esta formalidad habitual cuando, al desplegar el despacho, vió unida, a la primera página, un pequeño ramo de olivo. Al ver esto comprendió que se trataba de proposiciones de paz, y leyó a su vez. El mensaje era de nuestro agente Simonim, encargado en España de hacer llegar a nuestros prisioneros su sueldo de cautiverio. Había recibido proposiciones de un personaje que no quería darse a conocer, pero que no era otro que el Conde de la Unión, a quien la corte de Madrid había confiado, desde un principio, el poder de entablar, cuando lo juzgara conveniente, negociaciones para la paz.»

«Dugommier hubo de devolver, cerrada, a la Unión su última carta, advirtiéndole que no le contestaría en adelante más que a cañonazos, adoptando esta resolución extrema para dar a entender a su adversario que se atenía a lo dispuesto por el Decreto de guerra a muerte: A falta de no haber llevado a cabo, al momento, la capitulación de Collioure, el General en Jefe del Ejército Español, restituyendo los prisioneros franceses, la Convención Nacional decreta que no serán hechos más prisioneros españoles... Ella denuncia a todos los pueblos al General español como violador del derecho de gentes y de la fe en los tratados. «Para quedar consecuente consigo mismo y fiel a su deber, el General republicano no podía, por lo tanto, dictar al personaje que le hacía estas tardías propuestas, más que una respuesta conforme al

decreto de su Gobierno. Y en efecto, el 5 vendimiaire, escribió a Simonim: Que acababa de publicar en la orden de día los terribles artículos cuya ejecución habrá de ser atribuida a la obstinación del gobierno enemigo; que éste debió apresurarse a darnos satisfacción a todo lo estipulado en la capitulación de Collioure; de no ser así, nunca paz con España. Jamás tratado alguno, en tanto que tengamos ante nuestros ojos el ejemplo de una felonía.»

**Una contestación del Comité de Salud
Pública a la notificación del General en
Jefe francés**

De todos modos, después de haberse concertado con el representante Delbrell, dirigióse al Comité de Salud Pública. La contestación de este Comité a los representantes del pueblo, comenzando por declararles que ellos eran los únicos que debían intervenir en un negocio de carácter político, era la siguiente:

«El pueblo francés no hace la paz con un enemigo que ocupa una parte de su territorio (1); pero pesan en su buen ánimo las proposiciones de un enemigo vencido, obligado a huir en su propio suelo. La Nación española posee en alto grado el arte de ocultar sus designios. Sabe proponer y diferir aprovechándose de las conjeturas. Para desconcertarla es preciso seguir combatiéndola. El terror se ha apoderado de todos los ejércitos de los déspotas coaligados... Si el español disputa con vosotros, ciudadanos colegas, desplegad la dignidad, la grandeza y la firmeza, que convienen a un pueblo verdaderamente digno de la libertad. La posición topográfica de España la impone la obligación de solicitar la indulgencia y el retorno de la amistad de Francia. Su interés comercial lo quiera imperativamente. Un orgullo familiar la ha hecho olvidar sus tratados y sus cálculos. Nuestras conquistas deben llamar a su gobierno a un sistema mejor entendido. Los recuerdos de las guerras sangrientas con Inglaterra, el plan evidente de esta Nación de dominar sobre el Mediterráneo, el fundado temor de España de perder toda su existencia política si ella persevera en su actitud actual, hacen muy verosímil el contenido de la letra de Simonim a Dugommier.» La respuesta a esta carta correspondía al General Dugommier y fué concebida en los términos siguientes: «Francia desea todo cuanto se acuerda con su interés y dignidad. Escucha y transmite estas proposiciones. Toda gestión debe hacerse cerca de los Representantes del pueblo en el ejército que mando; la correspondencia no puede mantenerse más que con ellos según los principios de la ordenanza; informaros bien, observad que todo esto debe hacerse por parte vuestra por medio de conferencias y que es al Comité de Salud Pública a quien corresponde sentar las bases. La intención de España no debe ser conocida. Las dis-

(1) No se había, todavía, rendido la fortaleza de Bellegarde.

posiciones ofensivas deben hacerse con más actividad que nunca. ¡Amigos, Julliers es nuestro! ¡El ejército del Sambre y Meuse ha batido a los austríacos, los prusianos, los holandeses y los ingleses en número superior a los ochenta mil hombres! ¡Las ventajas de esta victoria son bien superiores a los resultados de la batalla de Fleurus y dentro de pocos días el Rhin será nuestra barrera. La Nación no fué nunca más grande!»

**Siguen las gestiones de Simonim para la
entrega de los escritos del Conde de la
Unión a Dugommier**

Simonim había entregado a Dugommier un segundo comunicado en el que, el anónimo personaje que lo había escrito se quejaba del desdeñoso silencio que se guardaba por lo que a él se refería, ofreciendo, como lo hiciera en la anterior carta, al remitir la cuestión de los prisioneros de Collioure al arbitraje de una potencia neutral a los asuntos de Francia, pero devolviendo inmediatamente, hombre por hombre, grado por grado sin reconocer por ello, de todos modos explícitamente las potencias coaligadas, de Inglaterra principalmente.»

El personaje de referencia manifestaba hallarse persuadido de que Inglaterra trataba de destruir a España y a Francia y era para desbaratar la ambición de esta rival común, por lo que quería apresurar la celebración del tratado de paz. Se trataba de una reconciliación perpetua. Finalmente, esperaba de la lealtad de su adversario que diera al olvido todo cuanto había pasado. Puede comprenderse que, oportunamente, para dar contestación a esta carta, hubo de recibirse el 26 vendémiaire (7 de octubre) la anterior respuesta del Comité de Salud Pública al representante Delbrell.

**Otra respuesta altanera del Comité de
Salud Pública**

Este representante de la Convención hubo de responder al escrito del Comité citado: «Que una gran nación victoriosa no debe hacer promesa alguna a los esclavos vencidos. Debe esperar una segunda carta de Simonim para enviarle la que habían dictado los Jefes del Estado. Si hemos de atenernos al juicio de Fervel, la corta y fiera réplica del Comité partió inmediatamente y tuvo, según parece, por efecto inmediato, la comunicación de órdenes que tendían a alejar aún más los prisioneros que reclamaban. Pero este alejamiento, fué bien pronto suspendido (y esta vez para no tratarse más de ello) por la reanudación de las hostilidades.

Se dispone la reanudación de las hostilidades por parte del Gobierno francés.
Entusiasmo revolucionario

Esta reanudación de las hostilidades era deseada ardientemente por Dugommier, que, siempre encadenado por órdenes superiores, que le impedían obrar libremente, trataba, por todos los medios a su alcance, cumplir con la obligación impuesta por su Gobierno de continuar batiendo a los españoles. Pero es preciso señalar las circunstancias contradictorias en que se veía precisado a hacerlo. Desde el punto de vista moral la situación era satisfactoria y como consecuencia de las victorias alcanzadas, el entusiasmo de sus tropas no podía ser mayor. La acogida triunfal y universalmente hecha a la noticia de la reconquista de Bellegarde; la solemnidad desplegada en la fiesta de las victorias, que había llevado hasta lo íntimo de los hogares más humildes de la República la fama de todos cuantos éxitos habían inspirado la celebración de esta fiesta; la inauguración de la bandera enviada a los Pirineos Orientales por los representantes de Francia, libre de sus últimos invasores, a continuación esta prenda del reconocimiento nacional izada en medio de los campos, sobre un altar lleno de flores y arbustos, al que habían acudido los soldados franceses llenos de gozo y de esperanza, jurando verter hasta la última gota de su sangre para aumentar los triunfos de la Patria, y los veintiocho estandartes españoles presentados en la Convención por el General Despinoy, cumpliendo el encargo del General Dugommier y que era prueba elocuente de las victorias francesas, motivaban el que, tan soberana Asamblea le declarara liberador o libertador del mediodía (1); toda esta sucesión de éxitos habían llevado al colmo el entusiasmo del ejército francés de los Pirineos Orientales.

El estado material del ejército de la República.—Indiferencia del Gobierno hacia las demandas de Dugommier

Pero si tan favorable era la situación, desde el punto de vista considerado, no lo era así, ni mucho menos, en el aspecto material. Aunque los efectivos militares eran todavía respetables, había que descontar de las filas combatientes treinta mil enfermos, y había que tener en cuenta que los que se hallaban en disposición de luchar carecían, en gran parte, de los elementos necesarios para ello. El largo bloqueo de Bellegarde había agotado los almacenes, la ración de pan diaria no

(1) Dugommier al dar semejante encargo a Despinoy le encargó no pronunciara su nombre ante la Convención. La arenga del joven General produjo una sensación profunda. En el Apéndice núm. 7 ofrecemos una traducción de la misma. Justifica su contenido la reputación literaria que Despinoy adquirió después y viene a resumir perfectamente los acontecimientos de la campaña anteriores al 13 brumario, día en que la arenga fué pronunciada. El General Despinoy murió largos años después en el siglo XIX. reputado como un escritor elegante y erudito.

estaba asegurada, los caballos morían de inanición, los soldados descalzos e incluso la misma pólvora faltaba a tal punto, que no se podía reemplazar el mísero aprovisionamiento a causa de que una explosión fortuita acababa de destruir uno de los talleres de Perpignán, donde era fabricada.

Inútilmente se dirigía a su Gobierno el General Dugommier solicitando los recursos imprescindibles. Ni siquiera recibía contestación. Sus quejas no merecían compasión alguna. «General en Jefe, cargado de una enorme responsabilidad, no tengo, a pesar de ello, otro recurso que mis reclamaciones y las pruebas que las justifican. Sería por lo tanto muy justo no abandonarme en mi sufrimiento cuando sería fácil decir sí o no según las circunstancias y la posibilidad de las cosas. El General en Jefe sabría entonces a qué atenerse... De otra manera trabaja diariamente en una cruel incertidumbre». Terminaba su apelación preguntando si las medidas que él proponía no debían tener alguna acogida: «Permitid —exponía— que me someta, de nuevo, al deseo de mis conciudadanos, que me han llamado a la Convención para representarles en ella. Aprobaréis, sin duda, que yo lleve mejor la misma vida activa que vosotros a tener que languidecer en la monótona existencia de un cuartel de invierno.»

Mas no era el General Dugommier hombre que se doblegara a las circunstancias, por muy desfavorables o contrarias que fuesen, y tanto para remediar los desórdenes de la administración, como para apoyar con su presencia y su autoridad al representante Delbrell, trasladóse al Boulou. Ambos representantes trataban de obtener recursos de las comarcas que constituían el teatro de las operaciones. Pero sus esfuerzos eran vanos, porque estas provincias desdichadas habían agotado todas sus posibilidades. No era posible obtener de ellas por odiosas requisiciones tales recursos, cual acontecía en la época del Terror. Entendían la poblaciones asentadas en esta zona que el 9 Thermidor, al derribar el funesto gobierno presidido por Robespierre, habían dado fin con lo que ellos llamaban expoliaciones revolucionarias. Imaginándose, pues que se exigía de ellos sacrificios que la ley no autorizaba, los distritos sometidos a la requisición oponían una obstinada resistencia, y cuando se había logrado arrancarles alguna cosa, surgían, al tener que transportarlas, nuevas dificultades.

Situación efectiva del ejército antes citado, según la propia información francesa

La situación descrita por el historiador militar francés no puede ser más lamentable. Según su previsión tan sólo los recursos proporcionados por la pesca marítima puede alimentar en Cataluña ejércitos de alguna importancia que traten de operar en ella. «¿Qué podríamos entonces esperar —pregunta—, de un servicio de transporte sin organización

regular, teniendo que franquear los Pirineos y caminos en un estado deplorable un ejército cuya consumición diaria no comprendidos los hospitales representaba una cantidad de catorce mil quintales de harina? Atribuyendo a defectos del sistema lo que en realidad no era otra cosa que un defecto del mal estado de las cosas en aquel tiempo, la Convención había abandonado el hábito de las contratas por el de las requisiciones. Los conductores, que ningún sentimiento del honor imprimían a su tarea, daban pruebas de la más mala voluntad (1). Los que trabajaban lejos del teatro de la guerra no estaban mejor alimentados, muriendo de hambre y desertando en masa. Los otros, que bajo la presión de las bayonetas de los propios soldados franceses, habían atravesado el Pirineo, no podían avanzar sino a costa de penas inauditas; pues los españoles habían destruído, del lado N., la rampa del Perthuis y les era necesario atravesar por el Portell, apenas facilitado el paso de los hombres por los escasos recursos del arte o de la industria humana. En estos estrechos pasos, los convoyes de ida o de vuelta se entorpecían sin cesar, y, por lo general, les era imposible realizar sus transportes a media carga. Pero como la carga normal de estos pequeños carros de dos ruedas usados en el mediodía, no sobrepasaba de los doce quintales, sucedía que, aunque se hubiese sacado del agricultor una enorme cantidad de carretas, apenas podía conseguirse en las circunstancias más favorables, aportar diariamente en los campos republicanos diez mil quintales de harina, es decir, las dos terceras partes de lo más estrictamente necesario.» Fervel hace observar que, todas estas miserias provenían de la increíble rapidez con que se despreciaba el papel moneda. ¡Así, por esta causa, la misma cantidad de trigo que se vendía a catorce francos en asignados (billetes) al comienzo de una década, al terminarla era de quinientos a seiscientos!

Pero, como antes se dijo, faltaban los zapatos, los forrajes, el pan y la pólvora, se recurrió, otra vez, a los procedimientos del Terror; «llegóse a temer la reaparición de los cadalsos. Cada distrito de los señalados para el aprovisionamiento del ejército tuvo que facilitar un millar de salitre por década; toda la población debía trabajar en la manipulación del salitre (*sel vengeur*); logróse la pólvora, decretóse que los ciudadanos del interior no fuesen más que en zuecos, almadreñas, chancas u otro calzado por el estilo, de este modo el ejército pudo disponer de zapatos. Pero ni decretos ni amenazas pudieron arrancar a nuestras campiñas hambrientas lo que les restaba de granos y de forraje.»

«En vano el representante Vidal se trasladó apresuradamente a la Comuna liberada (Lyon) para embarcar en el Ródano el heno y la avena de las fronteras menos agotadas de Suiza; en vano su infatigable colega Delbrell, en busca de recursos convocó en Narbona a todos los

(1) Recordaremos cuántas veces nuestros partes oficiales impresos en la Gaceta de Madrid, daban también cuenta del perjuicio causado en más de una ocasión por la huida o abandono de los muleros y conductores de los carros.

procuradores síndicos de los departamentos requisados y les condujo a nuestros campamentos para mover su piedad ante el cuadro duro de los sufrimientos de sus defensores: Todos estos esfuerzos fueron impotentes. En vista de ello se volvió al interior la caballería que no podía alimentarse, limitándose a organizar, con lo más selecto de los escuadrones, un cuerpo de mil quinientos jinetes adiestrados, que debían acudir al primer llamamiento. Devolviéronse, igualmente, la mayor parte de los caballos de la artillería, redujose la ración del ejército a las dos terceras partes, finalmente, todo lo que restaba en los almacenes fué consumido, incluso el aprovisionamiento de Bellegarde, en el que no se dejó víveres más que para tres días, a riesgo de ver, en caso de revés, esta puerta de nuestro territorio abrirse nuevamente a una invasión por la gran ruta de España a Francia.»

«Tal era nuestra situación el 26 Brumaire (16 de noviembre) —declara categóricamente la información francesa—, y añade que, en este día, fué comprobado que todos los almacenes y los depósitos estaban absolutamente vacíos; nos encontrábamos pues —dice Delbrell— en la cruel alternativa o de batirnos para encontrar en la victoria los medios de subsistir o de volver al interior para disputar a nuestros padres, a nuestros hijos, algunas onzas de pan que se les distribuía para vivir.»

El ejército de la revolución se ve precisado a batirse. — Las proposiciones de paz formuladas por España

«Finalmente, no hubiésemos tenido otro recurso, para seguir adelante, que la perspectiva de morir de hambre en nuestros puestos, sino hubiese sido preciso el que nos batiésemos por el honor de la República, puesto que fué el citado día 26 Brumario, cuando Delbrell recibió, por intermedio de Simonim, el ultimatum de España». Este ultimatum —según Fervel— (pero, en realidad, no otra cosa que *sumario* de las condiciones exigidas por España para la celebración de la paz) era el siguiente:

- 1.º España reconocerá el sistema o forma de Gobierno que ha adoptado o adopte Francia.
- 2.º Francia pondrá seguidamente a la disposición de España los dos hijos de Luis XVI.
- 3.º Francia devolverá al hijo de Luis XVI las provincias limítrofes con España, en las cuales reinará soberanamente y gobernará como Rey único.

**Acerba crítica del historiador español
Gómez de Arteche**

«Esta negociación diplomática venía de muy atrás entablada —afirma el General Gómez Arteche— y de ella no se tenía noticia en España. El ministro que había logrado el destierro de Aranda por su

oposición a la guerra, puesta de manifiesto en el Consejo de 14 de marzo, y, llevando su rencor a un extremo inconcebible, sujetaba a hombre de tantos servicios a interrogatorios y reclusiones como las que le vimos sufrir en Jaén y la Alhambra de Granada, iba al mismo tiempo, en los mismos días de tamaños atropellos, a buscar la paz con Francia por los procedimientos más torpes y vergonzosos. Con la correspondencia del Marqués de Iranda a la vista, habíamos denunciado proyecto semejante, que principiaría a ponerse en ejecución en junio de 1795 por el lado de los Pirineos Orientales, y el P. Delbrell, con la del Conde de la Unión, ha venido ahora a revelar él en que tomó parte aquel malogrado General, aunque no aprobándolo, por el de los orientales.»

Era éste, como se ve, muy anterior, y había surgido en la mente de Godoy al comprender que no tardarían en realizarse las fatídicas predicciones de Aranda, las que le habían irritado tres meses antes hasta el punto de hacerle dictar providencias tan injustas y a con ellas comprometer la fama de bondadoso de que gozaba su Soberano. No sabiendo cómo principiar las negociaciones de un tratado a que le inclinaban los reveses sufridos por nuestras armas en el Boulou y Collioure, ni a quién dirigirse para entablarlas con algún, aunque mediano, decoro para el Gobierno español, recurrió en busca de luz al General en Jefe del ejército de Cataluña, por donde en aquellos días soplaba con mayor violencia el viento de la mala fortuna para España. El Conde de la Unión, aún desaprobando, según ya hemos dicho, paso tan aventurado, y resistiéndose a ser su primer motor, accedió por servir al ministro y complacer al amigo, a pedir a Dugommier una entrevista, en que pudiera leerle el despacho de Godoy aconsejando a la Convención se trasladase con todos sus partidarios a las Antillas francesas, donde podría establecer una república según la deseara, pero dejando el gobierno de la madre Patria a su legítimo soberano.»

Con sobrada razón puede declarar nuestro General historiador que el proyecto era para hacer reír al asceta más recogido en sus santas meditaciones; pero por fortuna —sigue informándonos— no hubo lugar para que lo leyese Dugommier que se negó a recibir a ningún parlamentario sino en presencia de sus Generales y Estado Mayor». Ante el fracaso de este intento y el que más adelante se repitiera, fué por lo que, en la imposibilidad de conferenciar con Dugommier, se recurrió según sabemos a M. Simonin, que por el cargo que desempeñaba mantenía bastante correspondencia con el General francés.

Si el delegado de las proposiciones españolas hubo de colocar al principio del escrito un pequeño ramo de oliva, lo hizo como medio de expresar los propósitos de nuestro Gobierno sin emplear la palabra *paz* que estaba prohibida por la Convención, lo que perfectamente entendido por Dugommier, que hubo de recibir el documento después de la capitulación de Bellegarde, le indujo a contestar que, una vez ejecutado lo acordado en la de Collioure «no habría ya motivo para la gue-

rra a muerte, pudiéndose, además, prestar oído a la elocuente alegoría que encerraba la carta.»

Gómez de Arteche, nos pone en conocimiento que el pretexto para la segunda carta de Simonim, fué la respuesta a reclamaciones que había hecho Dugommier sobre el tratamiento, en su concepto riguroso, para con el geómetra Mechain, encargado de la medición de un arco de meridiano entre Dunkerque y Barcelona, y al que Unión había mandado respetar, ofrecerle el concurso necesario para sus trabajos, y aún dinero si lo necesitara.

Llegada de las disposiciones de paz a manos del representante Delbrel.—Necia presunción de Godoy

Las proposiciones de que tratamos llegaron el 16 de noviembre a manos del representante Delbrel, quien, a la vez que las transmitió al Comité de Salud Pública, juntamente con una carta donde anunciaba su respuesta a los españoles *con el cañón y la bayoneta*, las comunicó también al General Dugommier que, como expone nuestro historiador, al día siguiente hizo aquella práctica emprendiendo las operaciones con el vigor que, como veremos más adelante, desplegaron sus tropas.

Procediendo de esta manera creía neciamente Godoy obrar como un astuto y diestro hombre de gobierno. Se imaginaba que iba a dar lugar a un tratado de paz que era necesario para conjurar aquéllos mismos peligros cuya sospecha acababa de condenar en Aranda y que, como sabemos, eran los de que Inglaterra pudiera aprovecharse de la guerra para destruir, tanto el poder marítimo y colonial nuestro, como el poder de Francia en el Continente. Pero la astucia del válido español pretendía ir más allá y su pensamiento era el de que, aceptadas las proposiciones de referencia, las consecuencias de las mismas darían lugar a que estallara en Francia la guerra civil, y merced a ella restablecer el trono para su legítimo representante, fortaleciendo, con ello, la causa de los demás monarcas interesados en aquella contienda.

Queda deshecha su burda trama.—Dugommier, en cumplimiento de las órdenes recibidas, se dispone a reanudar las operaciones

Pero toda la trama de Godoy quedó deshecha y lo que él juzgaba iba a causar la aceptación de la paz, dió lugar a que, al día siguiente de la fecha señalada, Dugommier se dispusiera al ataque a nuestras líneas. Al ofrecerlas a la República nuestro joven y flamante hombre de gobierno daba pruebas evidentes de desconocer el vuelo y el carácter que las ideas revolucionarias habían dado a sus mandatarios, añadiendo

a la torpeza que ello revelaba, la prueba de una mala fe que era imposible se escapase a la penetración del más novel en los asuntos del gobierno y de la política.

**La indignación francesa nos libró del
ridículo en que pudimos caer vergonzosamente**

Mas fué en medio de todo una suerte para España que el Comité de Salud Pública, lejos de estallar en ruidosas carcajadas o en juicios poco satisfactorios para la mentalidad del valido y de la raza, al leer la propuesta española la tomara, por el contrario, en serio, y considerándola como una insolente bravuconería, lleno de indignación, contestara a Delbrell: «La indignación llega al colmo al leer el escrito infame que nos habéis transmitido. Es difícil concebir cómo un francés ha podido trazar líneas tan ultrajantes para su Nación. Toca a nuestra artillería corresponder con un fuego bien sostenido. Disponerlo todo y golpear (frappez). El francés victorioso trata sin orgullo a todo enemigo que se presenta en actitud apropiada, y mira con desprecio al vencido que osa dictarle leyes. Tomad medidas para hacer volver en seguida a Simonim; compromete la dignidad del pueblo francés». No merecía tanto la respuesta a la proposición del Duque de Alcudia, y si, al aceptarlas Simonim para su traslado, comprometía la dignidad del pueblo francés, al proponerlas Godoy, ponía en ridículo la nuestra.

Pero antes que esta carta del Comité de Salud Pública hubiese salido para su expedición, ya el ejército francés había iniciado su ofensiva.

CAPITULO XIX

Consideraciones sobre la evolución del pensamiento catalán durante la campaña de 1794. Características de la intervención de Cataluña en la misma



ANTES de entrar en el estudio de las operaciones desarrolladas con motivo de las dos batallas llamadas de las líneas de Figueras, comprensivas de la ofensiva llevada a cabo por Dugommier, como respuesta a las proposiciones de paz hechas por España, y antes, igualmente, de poner de manifiesto las características del terreno donde habían de entablarse los combates, creemos oportuno dar a conocer a nuestros lectores aunque sea a grandes rasgos, la evolución experimentada por el pensamiento político catalán durante el transcurso del período de que hemos tratado, y de la forma cómo el pueblo del Principado había respondido de hecho a las sugerencias de este pensamiento y al influjo de los acontecimientos. De otro modo, quedarían sin explicación, circunstancias y detalles confusos y contradictorios, porque en los sucesos que vamos a relatar, aunque correspondan de lleno al substrato de lo bélico, no obedecen de modo exclusivo al juego de las combinaciones del mando y de la técnica militar, sino que intervienen en ellos factores e influencias de carácter muy diferente.

Desfavorables circunstancias que concurren en el nombramiento del Conde de la Unión

Al morir inesperadamente los Generales Ricardos y O'Reylli, en tanto que en el ejército francés de los Pirineos Orientales el mando era entregado al ilustre vencedor de Tolón, el General Dugommier, y ser nombrado para igual cargo en nuestro ejército el Conde de la Unión, no era, como ya apuntamos en otras ocasiones, nada satisfactorio el aspecto de las circunstancias que habían de imponerse en el futuro desarrollo de los acontecimientos.

No desconociéndolas el joven y afortunado General, fué, por ello, ciertamente por lo que, como sabemos, se resistió por tres veces a aceptar el cargo, no reconociéndose, sin duda alguna, como poseedor de aquellas brillantes cualidades de mando que requería un cargo de tanta responsabilidad en aquellos momentos. Sólo su lealtad al Rey, su amor a España, su íntimo sentimiento del honor y entusiasta espíritu militar, pudieron arrastrarle a aceptarlo.

No podía ignorar el Conde, en modo alguno, que en septiembre del

1793, Ricardos había escrito al Duque de Alcudia: «Juro a V. E., que no haré la segunda campaña, y que actualmente, no pienso más que en acabar pronto ésta». Y no podía ignorar tampoco que, en enero del año que nos ocupa: «Auguraba desastres para la campaña futura, si no se hacía mejorar las condiciones materiales y morales en que se hallaba el ejército». Por muy triste que sea el tener que reconocerlo, tanto la administración del Gobierno, así como la calidad de los oficiales a sus órdenes, no merecían para el ilustre General español otra cosa que acerbas censuras.

Al encargarse del mando el Conde de la Unión, ha podido afirmarse, con toda razón, que nada cambió en nuestro pensamiento inspirador de la campaña. No soñaba con conquistas, ni anexiones, ni restablecimientos de la historia. Como afirma Ossorio y Gallardo: «Cristiano, antes que todo, para él la lucha era una guerra santa, y su principal finalidad estaba en vengar a Dios, en su destronamiento del territorio francés.»

Un mérito indiscutible del Conde de la Unión.—La resurrección del Somatén

Pero como da a notar este escritor castellano: «En la historia de su mando, dejó Unión una huella importantísima para Cataluña: la resurrección del Somatén. Convencido de que, ni su ejército era suficiente, ni bastaban a suplir sus faltas las aportaciones voluntarias e inorgánicas de las clases civiles, así como de que ocurría otro tanto en lo tocante a elementos económicos, se decidió a militarizar el Principado, fiando en su historia y en su temperamento. «Vió claro en este punto, desde el primer momento —sigue diciendo Ossorio—. Comprendiendo cuánto valía en sus enemigos la fe, la pasión, el convencimiento personal y la imposición violenta sobre el vencindario vacilante o adverso, quiso imitar tales procedimientos y emular el fervor de sus contrincantes. Por eso, a los pocos días de tomar el mando, se dirigía al pueblo diciéndoles: «Que vea (el enemigo) a los catalanes, prodigar contra él sus bienes y sus vidas para la defensa de su Rey y de su constitución religiosa... Catalanes, yo seré, os lo prometo, vuestro compañero en las pruebas y en los peligros. Mas espero que todos contribuiréis a esta obra en la medida de lo posible, los unos, aportando a la resistencia de nuestro ejército el concurso de sus brazos vigorosos, los otros, dando sus riquezas para sostener los gastos de la guerra...»

En el Apéndice número 8 correspondiente a este Tomo III, se transcribe íntegramente la instrucción para las justicias y ayuntamiento de los distintos corregimientos catalanes, decretada y firmada por el Conde de la Unión en su cuartel general de Figueras, el día 6 de mayo de 1794. Como podemos apreciar en su contenido, la obligación de figurar en el Somatén, en defensa de la Religión y de la Patria, se imponía a

todos, sin más excepción que aquellos incapacitados para poder prestar el servicio que se requería, tales como los inútiles, los que ejercían jurisdicción, o cuya presencia fuese necesaria en el pueblo de su residencia y los demás legítimamente empleados con destinos incompatibles con dicho servicio, no olvidándose de indicar que había de procurarse evitarse todo fraude y dolo. El alistamiento para los Somatenes comprendía desde los quince hasta los cuarenta años. Por lo que era, y por lo que representaba la institución, honraba a Cataluña. El Somatén que requería para constituir un elemento positivo por parte de los ciudadanos catalanes un alto concepto de la solidaridad social y de las exigencias de la convivencia cívica, era un producto neto del modo de ser de los naturales del Principado. Y, efectivamente, en todo momento ha sabido responder a los principios que le dieron vida.

Un convencimiento pleno del pueblo catalán referente a las condiciones de la dirección de la guerra.—Verdadera causa del mismo

Todo cuanto había acontecido en el desarrollo o proceso de la guerra, había dado lugar a que los catalanes llegaran a convencerse de que sus sacrificios no estaban en relación con el acierto y la fortuna de los que en los altos puestos de la gobernación del Estado y del ejército llevaban la dirección de la guerra. Tantos fracasos, tantas desventuras, en la campaña que estamos estudiando, tenían que influir en el espíritu catalán, causándole una honda crisis que había de degenerar, como era consiguiente, en un acusado movimiento de protesta. El instinto de conservación por un lado, y, por otro, los altos ideales de religión y monarquismo que de tal modo les había exaltado al comienzo de la guerra, se agitaban y revolvían en lo más íntimo y hondo de la conciencia catalana, luchando con el disgusto por tantos y tan graves desaciertos.

Y no se achaque este estado de ánimo y esta actitud de desconfianza y de protesta al egoísmo del pueblo catalán. ¿Egoísmo? Preguntado a este propósito el escritor que hemos citado y a continuación responde: «Algo habría de eso; que al fin y al cabo los catalanes no se sustraen (¡qué se han de sustraer!) a las leyes generales de la humanidad, y ésta no mira con cariño las buenas intenciones, sino la buena estrella. Pero hay algo más. Por el mismo concepto de la justicia, primario e infantil —ya antes lo he dicho— que distingue a los catalanes, éstos reconocen la razón aún en su mayor enemigo, pero llevan también cuenta exacta y rigorista de sus flaquezas para llamarse a engaño y protestar en todo momento.»

Hechos aislados.—Actitud patriótica y activa mantenida por el pueblo catalán

Hemos puesto de manifiesto, anteriormente, cuál era el estado de la opinión pública en España, y cuán extendido el malestar y el disgusto por la guerra. Malestar y disgusto tan manifiesto que hubieron de autorizar a escribir al embajador de Prusia, en junio de 1794, que no había tendero que no los demostrase, convirtiéndose la opinión pública en una fuerza que la policía no podía dominar, y que sólo las victorias podrían apaciguar.

Como puede comprenderse situación tal tenía que cristalizar, a veces, en hechos altamente significativos y desagradables. Y así, en el mes de julio, cuatro individuos de Tordera, trataron de impedir se incorporasen al Somatén, veinte hombres de la localidad, manifestando públicamente que descaban la entrada de los franceses, y la causa seguida contra José Rancé, Oficial de la Comisaría de Marina, viene a manifestar idéntica realidad que la anterior. En el proceso seguido por la autoridad militar (1) contra dicho individuo, éste hubo de declarar públicamente que, «si debía sacar la espada contra los patriotas, nunca la sacaría, pues que, aún cuando entrasen en Cataluña, su vida y cabeza sería más segura que ninguna otra de las que había en Barcelona. Que las fuerzas españolas eran débiles para contrarrestar a las de la Convención francesa. Que dentro de quince días sería ésta dueña de Rosas y Gerona, y que si no tenían Bellegarde era porque no habían querido. Que si los franceses venían a Barcelona, se les abrirían inmediatamente las puertas, por ser la mayor parte del pueblo del partido patriótico. Que los patriotas no le ofenderían a él en nada por estar seguro con ellos, y que él seguiría las máximas de los convencionales. Que él no conocía ningún superior ni menos al señor Conde de la Unión.»

Pero todos éstos eran al cabo, hechos aislados sin repercusión de carácter general. Porque es lo cierto que, cualquiera que pudiera ser el significativo desfavorable de estos acontecimientos, lo que no cabe negar, porque lo acusa el testimonio mismo de los datos y de las referencias, es que, durante la etapa de 1794, los catalanes, lejos de no seguir aportando hombres y recursos a la guerra, no interrumpieron la corriente de sus auxilios al Gobierno. En el Apéndice número 24 ofrecemos a nuestros lectores una lista de varios de estos donativos, en ellos podrán ver que, cuando los cuatro vecinos de Olot solicitan que se exponga públicamente el haberse recibido el ofrecimiento de sus aportaciones y en conocimiento del Rey, suplican se perdone esta libertad que no tiene más objeto que, el de propagar y extender con el ejemplo, estos actos de patriotismo tan debidos al Rey y a Dios en las presentes circunstancias.

(1) Archivo de la Capitanía General de Cataluña, año 1794, legajo núm. 17.

Asimismo en la Gaceta de julio de 1794 (día 17), se dá cuenta del oficio que el Alcalde mayor de la ciudad de Balaguer dirigió el 3 de este mes al señor Duque de Alcudia. En este documento, de valor inestimable, se manifiesta, cómo los caballeros, ciudadanos, abogados, médicos, cirujanos, boticarios, *plumistas*, estudiantes y artesanos, hubieron de ofrecerse para alistarse en el servicio, a fin de que no lo hicieran los labradores imposibilitados de llevarlo a cabo por su parte si habían de atender, como era necesario, a recoger la abundante cosecha que Dios les había concedido. «Tan grande ejemplo de lealtad y de patriotismo no podía por menos de llenar de júbilo a todo el común y fué recibida y admitida por nosotros con aplauso —declaraba el referido Alcalde don Miguel Serrano Belezar—, y añadía: pues a la verdad evita muchos trastornos que, precisamente, padecerían no pocas casas de labradores.» Remitimos a nuestros lectores a la lectura del comunicado de que se trata y en el que se hace constar por el Duque de la Alcudia que, el «Rey hubo de recibir con el mayor agrado esta noticia y ha mandado publicarla para que no se ignore un hecho que prueba tan claramente la lealtad y amor a su Real persona de aquellos naturales y el ilustrado celo de sus Magistrados».

Ante lo adverso de la guerra, y ante el peligro que esta adversidad representaba, el pueblo catalán *no se echó atrás* y lejos de amilanarse o tratar de inhibirse de todo esfuerzo, redoblóse éste, con tanta intensidad y orgullo como en el año anterior, participando en él, no sólo la masa de artesanos y labradores, sino todas las clases sociales. Y en honor a la verdad y con toda justicia, es necesario afirmar que, sin duda alguna, en esta campaña de Cataluña los naturales del Principado no sólo lucharon con igual ardimiento que en la del Rosellón, sino que hubieron de derrochar mucho más valor en aquélla que en ésta, porque como hace observar Ossorio y Gallardo: «habiendo pasado de perseguidores a perseguidos, tuvieron que aplicar sus energías, tanto a la defensa del hogar como a la lid en campo abierto, y su abnegación lució, no sólo en las batallas sino también en la indefensión oficial de las aldeas, como pudo comprobarse al final de esta etapa.»

Contraste del espíritu de Cataluña con el del resto de España

Esta energía y esfuerzo de los catalanes contrastaba con la frialdad del resto de España y de las propias fuerzas combatientes, y así de la de los suyos se quejaba el Conde de la Unión, contrastándola con la actitud de los franceses que parecían electrizados y entre los más grandes peligros se conducían como héroes. «¡ Ah —añadía—, si nuestras gentes se entusiasmasen hasta ese punto ! » Pero como comenta el escritor antes citado, «el entusiasmo no es caprichoso y hay que cimentarlo en algún ideal, y ya queda dicho que, en 1794 era eso, lo que faltaba precisamente».

Una causa permanente de resistencia activa: el odio a los franceses

No es extraño que el espíritu catalán se mostrase en tal estado de exaltación y que el esfuerzo de él nacido, diese lugar a tan heroica resistencia, porque, desde el primer momento hasta el final, no cabe duda que, no sólo mantuvo latente su odio a los franceses sino que, este odio, fué en crescendo a medida que aumentaban sus crímenes y devastaciones en el norte del territorio. El odio citado *era latente*, porque apenas pasó día sin que se demostrara, y *fué en aumento*, porque, ya no se circunscribió a los revolucionarios, sino que se hizo extensivo, por instinto de desconfianza, a los realistas emigrados y aún a los clérigos que habían entrado en nuestra tierra huyendo del turbión de la suya. Fervel afirma, que patentiza el error de los optimismos de Dugommier, el que «cuando sus compatriotas penetraron en Cataluña, tuvieron que habérselas «no sólo con las tropas del Rey de España sino con una vasta y belicosa provincia que, por su parte, se alzaba en favor de su nacionalidad».

Este hecho manifiesto de la aversión catalana contra los franceses es objeto de detenido estudio en la «Historia del pensamiento político catalán durante la guerra de España contra la Revolución francesa» (1793-95). Y entre los muchos testimonios que de él se hacen, ninguno tan sugerente y característico como el ataque al Cuartel de San Agustín de Barcelona, llevado a cabo por el pueblo en la noche del 29 de junio. Sin duda alguna, es un episodio lamentable que, al poner de relieve una excitación salvaje del pueblo barcelonés, demuestra hasta qué extremo éste, repelía las nuevas doctrinas francesas y mantenía su adhesión al monarca. En el Apéndice núm. 20 se transcribe el parte oficial cursado en primeros de julio, por el Marqués de Baños al Duque de Alcudia; en él se hace constar que, el asalto al cuartel lo verificó la muchedumbre gritando: *¡ Viva la religión, nuestro católico Monarca y el General, y mueran todos los franceses !*

El odio de referencia se hace extensivo a otras clases y elementos sociales.—Benevolencia de las autoridades contra los desmanes por aquél motivados

El odio a los franceses iba trascendiendo a otras clases sociales ya no extranjeras sino de la propia nacionalidad, pues, el pueblo, acusaba a los nobles de amparar a los franceses, singularmente a quienes les prestaban servicios de peluqueros y ayudas de cámara, con lo que, al ocurrir los sangrientos sucesos del cuartel, no faltaron voces apasionadas que propusieron «recorrer las casas de la ciudad y los Conventos y degollar a cuantos emigrados se encontrasen» ni almas pérfidas que insinuaban que, «se embistiesen las casas de los que van con uniforme, es decir, las de los nobles».

Es digno de hacerse observar que, en la represión de todos estos más que desmanes, no se hizo notar, en modo alguno, la severidad y la energía por parte de las autoridades a quienes correspondía el mantenimiento del orden. Por todas partes corrían a este respecto, aires de benevolencia y el mismo Conde de la Unión hubo de manifestarse de conformidad con la conducta poco enérgica de sus subordinados y eso que, según parece, un comunicante que firmaba con el nombre de Salvador Ramírez, hubo de informarle en los siguientes términos: «De todo se tiene culpa, este Gobierno flojo, imbécil y sin conocimiento ni vigor. Hacía muchos días que corrían voces por toda la ciudad de que los pícaros del Real Rosellón hacían mil insolencias como bailar la farándula y gritar: ¡Viva la libertad!...»

«Los clamores de este pueblo contra franceses debían también haber despertado la atención de la Superioridad...»

«El pueblo se va haciendo insolente porque no se le contiene y ni hay quien sea capaz de hacerlo; falta fuerza, tino, prudencia y valor para salvar la Patria...»

Ante estos datos no puede causar extrañeza que el Regente de la Audiencia llamado don Pedro Gómez, oficiase al Conde de la Unión manifestándole su admiración «de que el desorden del día 29 de junio no hubiese hecho mayores progresos, en vista de la poca disposición y conformidad que había notado en los jefes de Barcelona, y representaba como propio de su deber y de su amor al mejor servicio del Rey y del público, la urgente necesidad de substituir a los referidos Jefes por otros, que tengan la autoridad, firmeza y circunspección que se requiere en las actuales circunstancias» (1).

Circunstancia digna de particular consideración. — Resistencia del pueblo catalán a las sugerencias francesas

Pero lo más interesante de hacer observar sobre las circunstancias que concurrían en este odio del pueblo catalán a los franceses es el de que, éste, al proceder así, resistían poderosas sugerencias por parte de los mismos, porque, como lo hace observar el escritor a que nos venimos refiriendo en todo este Capítulo, si algo puede haber consolador en medio de tanta barbarie es que entonces, lo mismo que en los albores de la guerra, los catalanes mantuvieron este odio a los franceses, no obstante las constantes solicitudes de éstos para atraerse las simpatías de aquéllos, creyendo compatibles los halagos y adulaciones con los atropellos de la soldadesca. Quizás pensaran que era sana po-

(1) Es curiosa a este respecto la advertencia que hace Ossorio y Gallardo referente a este Regente que no había de ser hombre fácil de engañar. A su parecer, aquello de querer sacar de Barcelona a todos los franceses comerciantes y establecidos, no era hijo de la exaltación del fanatismo religioso o del fervor patriótico y monárquico, sino tan sólo efecto de codicia en las mismas clase. La carta al Conde de la Unión figura en el archivo del Depósito de la Guerra.

lítica la de afligir con el saqueo al propio tiempo que se brindaba una redención como premio de una abjuración de ideas. He aquí algunos datos.

«Cuartel General de Figueras, 14 de mayo de 1794. Encima de la puerta de la iglesia de Terradas, de donde los franceses fueron arrojados por los somatenes, quienes les mataron seis mil (?), se halló un papel escrito en castellano que dice así: «Libertad, igualdad». Jamás se había prometido la República francesa hallar tan grande resistencia en Cataluña, como la que han encontrado sus tropas, y por ella se han visto precisados a quemar algún pueblo. El general francés, en nombre de la misma República les amonesta que si en adelante continúan los paisanos resistiéndose, experimentarán mayor rigor, pero si se someten sin resistencia, les conservará sus derechos y les dispensará su amor y buena acogida».

«Figueras, 15 de junio de 1794. Se ha ahorcado a un paisano por espía y dicen hay otros dos presos acusados del mismo delito, y uno de ellos se supone que es sujeto conocido, y de bastantes circunstancias.»

«Figueras, 20 de junio de 1794. Los franceses se entretienen en talar y quemar los bosques que ocupan en Cataluña, y se sabe que embarcan la artillería gruesa de Collioure para Tolón, y que se dedican a fortificar el Sarret, Bagur y Perpignán..., han dejado en varios puestos papeles sediciosos e infames escritos en el idioma del país. Su contenido se reduce a animar a la República catalana para que despierte del sueño en que se halla. Pone a la vista la historia desde el reinado de Luis XIV y Felipe V, hasta la serie del día, manifestando con datos y muy por menor, los sucesos de la Provincia, con distinción de los parajes en que han ocurrido; hablan en dicho escrito con la insolencia y libertad que acostumbran y concluyen: «En punto a religión, viviréis libremente según vuestra creencia». El General nuestro ha impuesto pena de la vida, sin distinción de clases, a cualesquiera sujeto que conserve semejantes papeles.»

«En Barcelona, aparecieron también pasquines subversivos que fueron remitidos a Madrid en 3 de diciembre de 1794.»

«Las gestiones que podríamos llamar subterráneas de los franceses, fueron tan insidiosas e insistentes que, cuando en abril llegó a Barcelona para incautarse del mando el Conde de la Unión, recibiendo durante ocho días aclamaciones y aplausos entusiastas, el pueblo tuvo por cierto (y quizás lo fuera) que los franceses habían desparramado ocho mil duros para impedir o atenuar tales demostraciones de adhesión y júbilo.»

La propaganda revolucionaria

Indudablemente los hijos de la Enciclopedia y de la Revolución habían adquirido un especial adiestramiento en toda esta labor de propaganda subrepticia, de calumnia y de engaño, y no fué nuestra Patria

la que menos pudo servir como campo de su experimentación: «La propaganda tuvo suficiente intensidad para llegar a prender en el ánimo de algunos militares. En el Archivo Histórico Nacional, en el legajo 4.055 Estado. Guerra de España y Francia, puede verse, cómo, en el año antes referido, se instruyó un expediente contra varios oficiales del Regimiento de Reales Guardias Walonas, a causa de las conversaciones que sostenían contra el Gobierno, y aprobatorias del nuevo régimen implantado en Francia, en el café del Cojo de Barcelona». Siendo extranjeros dichos Oficiales, dictóse contra ellos pena de destierro y el Capellán del Regimiento don Gaspar Alló, que hubo de tomar parte en tales conversaciones, fué condenado a reclusión temporal, en un convento de Barbastro.»

Cataluña no manifiesta intento alguno separatista

«Y no es sólo admirable el que los catalanes resistieran con tanta energía las poderosas sugerencias francesas, sino que la admiración sube de punto al considerar que, a pesar de todo, Cataluña no tuviese ninguna tentación separatista como la que hubo de advertirse en otra región española. Si en algún momento el sentimiento local pudo revelarse en casos tan típicos como el de que aquellos ochocientos voluntarios catalanes que se negaron a ser incorporados al Regimiento de la Reina, que además de ser explicable es plausible y no fué único en España, hay otros que merecen franca censura. Uno de ellos fué el del Batallón de Barbastro que, por varias razones, hay que suponer que estaba constituido por voluntarios aragoneses, hizo presente, en noviembre de 1794, al Conde de Colomera, Comandante General del Ejército de Navarra que, sus individuos habían sentado plaza para defender su país, pero que, a pesar de ello, fueron a Navarra de buen grado, creyendo que les mandaría el General Sangro (por cierto italiano al servicio de España) pero que, habiéndose retirado éste, no querían servir a las órdenes de otro. Parece ser que Colomera les dió pasaporte.»

«Los enojos que pudiera causar a Cataluña las deficiencias militares y gubernativas no alcanzaron en ella la nota dura que dió Vizcaya en el convenio de Mondragón que hubo de revestir todos los caracteres de una transacción de potencia a potencia, entre el señorío y los delegados del Rey, para fijar el número de los hombres con que había de contribuir a la continuación de la guerra y que, comentado oficialmente, muy poco después de su realización, en el sentido de que los cinco mil doscientos hombres ofrecidos, ni guardaban proporción con el censo de 116.042 almas del señorío, ni estaba en relación con el esfuerzo de otras provincias fronterizas; convenio y comentario expresamente hechos constar en el Manifiesto histórico de los servicios que ha hecho el M. N. y M. L. señorío de Vizcaya, en la última guerra con Francia, escrito de orden del mismo en el año de 1795.

Es de justicia, por lo tanto, hacer constar que «lo que, en Cataluña pudiera tacharse, *si tacha mereciera* de inquietud y descontento, no era allí sólo donde se daba. Y en cambio en otras partes se producían fenómenos de traición que en la región catalana ni siquiera fueron ideados por nadie». El escritor que tal declara, al decir esto último, alude a la entrega de San Sebastián. Mas no hemos de seguir nosotros en el desarrollo de este tema, haremos tan sólo constar que, durante el reinado de Carlos IV, como afirma Tubino en su «Historia del Renacimiento literario contemporáneo en Cataluña, Baleares y Valencia», «aunque el sentimiento de nacionalidad había ganado bastante, la idea de una patria común no se presentaba a todos con la misma fuerza e idéntico carácter, ni menos era apreciada por igual en todos los puntos del territorio». Pero, sin duda alguna, es cosa comprobada históricamente que, Cataluña, sintiendo las deficiencias del poder soberano y teniendo que fiar en sus propias energías, no hizo, ni por lo más remoto, lo que otras regiones, cuyo pecado está generosamente dado al olvido.

Depresión del espíritu público.—Antagonismo entre el pueblo catalán y el ejército nacional

Pero si no cabe poner en duda esta actitud leal a España del pueblo catalán en la ocasión de que se trata, no es posible pasar por alto, la realidad de las depresiones que, en la opinión pública, causasen tantos desastres y tan notoria incapacidad y abandono en el Gobierno, y que los consiguientes trastornos de toda lucha armada, dieran lugar al desarrollo de agrias y duras desavenencias entre el pueblo y el ejército. Punto es éste, amplia y diestramente tratado por Ossorio y Gallardo; mas no hemos de recoger de sus conceptos, más que aquello que consideramos oportuno o fundamental: «Que el gobierno de Carlos IV —expone— no tenía tropas ni elementos bastantes para la empresa en que, por ley fatal de las circunstancias, se encontraba metido, es cosa notoria. Que los planes del Conde de la Unión no eran acertados, aparte de probarlo los sucesos, está reconocido por los tratadistas militares. Y que los catalanes habían de sentir la necesidad urgente de protestar contra una y otra falta, era forzoso... a menos que dejaran de ser catalanes.»

«Por eso, mientras se batían en el campo y en los pueblos, mientras seguían aportando hombres y dinero, mientras rechazaban indignados toda sugestión que de Francia viniese, mientras sostenían su credo de religión y monarquía, la procesión andaba por dentro y el antagonismo del pueblo con el ejército, asomaba una vez más. Las energías internas vacilaban, no obstante lo que al exterior se demostrara, empujando el fusil.

No es de desarrollar aquí, con toda extensión, por muy interesante y significativo que sea este hecho, todo cuanto a él pudiera referirse, y

tan sólo haremos notar que estas malas relaciones entre el pueblo catalán y el ejército, hubieron de caracterizarse por tres movimientos distintos de opinión perfectamente definidos: «Uno, el de acusación e injusto concepto del valor personal de las tropas por parte del paisanaje. Otro, el de menosprecio y constante espíritu de animadversión y contrariedad por ambos elementos: pueblo y ejército. Y por último, cristalización de estos sentimientos en el somatén, infundiéndole un espíritu refractario a toda asimilación de carácter militar. La fuerza y carácter general de todos estos sentimientos iban condensando el malestar en un estado de conciencia popular muy semejante al que, a finales del siglo XVII, había entenebrecido y agitado el espíritu de Cataluña.»

«Así, el desasosiego cundía por todas partes. Veíase muerta la fe, trágico, el presente, oscuro y fatídico, el mañana, fracasados los caudillos, destrozado el ejército, falto de orientaciones e ideales el pueblo. ¿En qué iba éste a poner sus creencias? ¿En el resurgimiento catalán? ¡Jamás se le habló de tal cosa! ¿En la religión y en la monarquía? Ambos conceptos estaban en crisis desde que los sacrílegos y demagógicos franceses llevaban la mejor parte en la contienda. ¿En la pericia del General en Jefe? Una continuada serie de descalabros lo impedía. Lo ideal, fenecía por desnutrición.»

Muchos son los testimonios que pudiéramos presentar en prueba y justificación de cuanto se viene diciendo. El Presbítero don Víctor Brunet, explicaba por carta al Capitán General, *el motivo de no querer obrar la tropa de España en defensa del Principado*, el cual motivo no era otro, sino el de querer vengarse de quienes se habían enriquecido encareciendo las subsistencias del ejército. Tan graves veía el comunicante los agravios que, a su juicio, si no se dictaban serias providencias contra los vivanderos, *entrarían los franceses en donde quisieran del Principado*, y, poco a poco, quedara la Cataluña reducida al estado más infeliz y deplorable.

Testimonios irreousables de semejante falta de armonía entre ambos elementos: pueblo y ejército.—Los somatenes rechazan su consideración como milicianos

En el Depósito de la Guerra figura un expediente reservado que, con éstos y otros datos se abrió al General Oquendo, y que reviste gran importancia pues en él, se encuentran datos curiosos sobre la situación de recelos y antipatía entre militares y paisanos. Pero lo que más pone de manifiesto esa repugnancia es el hecho de que, habiendo cogido, al entrar en España, los franceses, varios prisioneros del Somatén, viéndoles sin uniforme les negaron el trato debido a ejércitos beligerantes y, por ello, fueron ejecutados. Para evitar que, en lo sucesivo se cometieran tales crueldades, pensó el Condé de la Unión que podría conseguirlo, dando a dichas fuerzas armadas el título de milicias u otro

análogo que les hiciera parecer incluídos entre las tropas regulares. A pesar de lo humanitario del objeto, no pudo realizarse este propósito y, antes que convertirse en milicianos, los individuos del Somatén preferían verse muertos.

Actitud como ésta no podía por menos de causar la estupefacción del Conde de la Unión que los había resucitado. Y, a este efecto, transcribimos el escrito que, el 13 de julio de 1794, dirigía al Conde de Campo Alange, Ministro de la Guerra: «Para que V. E., enterase al Rey del desagrado (con que se me escribe) había recibido el pueblo el título de milicias, que con miras tan piadosas, concedió S. M., a los Somatenes de este Principado: informé a V. E., con fecha 4 de junio próximo pasado:

Con la del 30 del mismo, me comunica V. E. que, el Rey, se ha dignado aprobar los medios de que se ha valido para hacerles comprender las ideas benéficas de la Real gracia. Pero me previene V. E. ser el real ánimo de S. M., que si yo no lograrse persuadirlos, no habiendo tenido otras miras que las de condescender a las instancias de la ciudad de Girona, apoyada por mí, para que, en el caso de ser alguno de los individuos del Somatén prisioneros, fuesen tratados por el enemigo como las tropas, cuyo beneficio quiso extender S. M., al resto; pero que si yo lo juzgo conveniente, se continúen nombrando estos cuerpos según antes de dicha resolución...»

«También me dice V. E., que, si los de Barcelona tuviesen repugnancia en el título de Milicias, les dé a sus Somatenes aquél que sea más de su genio y adaptable a su carácter...»

«A la verdad ¿quién no ve que es una mera preocupación y voluntariedad lo de repugnar un título honroso y benéfico que sólo la malicia o ignorancia puede ver sin aprecio y gratitud?...»

«En este concepto y que no conviene que cualquiera alteración sea paso débil que engreiría al pueblo, procuraré sostener lo resuelto, pero aseguro a V. E. que, lo haré con cuanta prudencia y sagacidad me dicte el celo, a favor de estos naturales, y energía de gobierno que pide más que nunca en este Principado, mantenerse con circunspección y entereza.»

«El Marqués de Baños, atestiguaba también ante Unión, el mal efecto que la medida había producido en Barcelona, porque, aunque todo el Principado estaba dispuesto a dar su vida y hacienda por la Religión y por el Rey, «según convence la experiencia con repetidos hechos de fidelidad y valor, pero ocurre la desgracia de que algunos (que no son populacho) les han encaprichado en que la nobleza ambiciosa de honores y codiciosa de sueldos, intenta sacrificarlos haciéndolos milicianos, lo que como lo de quintas aborrece en extremo... Las cartas anónimas y pasquines, como a V. E., consta se han frecuentado, y el papel que últimamente se encontró no puede ser, aunque en pocas palabras, peor, pues dice *«Catalans alerta, la traición es feta»*.

«V. E. se persuada a que he practicado todo cuanto en iguales co-

...sas debe practicarse para desengañarlos de sus errores, y que como deben, crean firmemente que el Rey y sus ministros sólo piensan en beneficiarles por todos términos, pero ha producido poco efecto porque, lastimosamente, ha habido eclesiásticos que les han confirmado en sus alucinamientos.»

«En una nota descarnada condensaba toda la cuestión el autor anónimo del manuscrito «Guerras de Francia con España», al apuntar, en 15 de junio: «Hay alguna insinuación que los Somatenes tomarán el nombre de Milicias Urbanas; pero parece que la plebe no les asienta el título, pues muchos consideran no lo entenderán, y como suena Milicias pensarán que es como los demás *Regimientos de Castilla* que están en campaña.»

El Conde de la Unión se ve precisado
a apoyarse en la fidelidad y patriotismo
de los catalanes

Ante la realidad de todos estos hechos, ante situación semejante, ¿a dónde podría volver sus ojos el Conde de la Unión sino era al pueblo? «La fuerza material del Estado estaba aún más agotada que la moral, y era inútil pedirle que, con sus elementos, tapase tanto boquete y zurciese, tanto girón como se advertía en el territorio y en las perspectivas de España. Al pueblo era pues forzoso recurrir, y, para ello, nuestro General en Jefe, no regateaba ni las promesas, ni las adulaciones, ni los halagos». Había que dirigirse a la conciencia del pueblo catalán había que solicitar una vez más, su entusiasmo y su esfuerzo, y, por ello, el 9 de junio, publicó un bando proclama que figura en el Diario de Barcelona, suplemento de 20 del mismo mes, excitando el celo de sus gobernados con frases que decían lo siguiente: «Los deberes de la Religión y de la Patria, cuya defensa hace el mejor servicio del Rey, y afianza la tranquilidad de los pueblos sólo pueden tener la gloria de cumplirlos exactamente, aquellos naturales que, con valor y constancia, resisten al enemigo, para asegurarse a sí mismos y a sus conciudadanos en la felicidad que gozan los que pelean como nosotros por tan sagrados deberes.»

«Los catalanes, siempre deseosos de la conservación de su buen nombre, van a dar nuevo testimonio de su valor, de su fidelidad y sobre todo, del celo y firmeza que por la religión les pone en las manos las armas para no dejarlas hasta vencer o morir.»

«Los catalanes en todo tiempo han rechazado a los enemigos venciendo aún a las tropas disciplinadas... Confío que los pueblos harán una defensa que singularmente les adquiera la Real benevolencia y sea la admiración y ejemplo de las demás provincias de la Península.»

Pero si los pueblos podían estar dispuestos a llevar a cabo una heroica defensa del territorio, iban ya careciendo de medios para sostener los gastos de la guerra. En el Apéndice número 9, podrán apreciar nuestros lectores cuáles eran las dificultades que sobre el particular se

presentaban. Se trata de la contestación que el Conde daba el 6 de julio de 1794, desde su Cuartel General de Figueras, a la consulta elevada por la Junta General de Somatenes, dando cuenta de la situación insostenible que para la manutención de los mismos ofrecían los pueblos. Mas estas medidas o recursos comenzaban a ser ineficaces. Y así lo eran, en cierto modo, todas aquellas publicaciones con las que se querían sembrar optimismo frente a los percances que por entonces nos abrumaban.

**Vana ilusión de Dugommier y, en general,
de los franceses, de ver realizados sus
propósitos de anexión de Cataluña**

Situación semejante no debía ser desconocida, ni mucho menos, por los franceses del otro lado de la frontera, ni por los muchos de los que se habían acogido al amparo de nuestra Patria, y así, es lógico suponer que, en el mes de noviembre del año en cuestión, siguiera pensando el General Dugommier, no ser cosa imposible, anexionar Cataluña a Francia, contando, no sólo con la fuerza de las armas, sino con la correspondencia y beneplácito de los naturales de la primera. Ilusión que había llevado al General francés a aconsejar en una Memoria a sus tropas, antes de entrar en nuestro territorio, que lo hicieran, no como un torrente desbordado, sino como ríos benéficos que fertilizan y hacen deseable su vecindad; consejo que, como puede suponerse, no fué tenido en cuenta, pues, como queda comprobado por toda clase de documentos de referencia, no hubo iglesia, palacio o castillo, que no fuese saqueado, ni menaje de casa, olivar o viña, que sobreviviese al paso de los franceses.

Ni la misma realidad era suficiente a librarles de su engaño no reconociendo que los catalanes estaban muy distantes de rendirles el culto que ellos creían. Seguía cuajando en Francia la idea de que Cataluña estaba madura para una revolución y en condiciones, por lo tanto, de convertirse en una república anexionada a ella, y obedeciendo a esta pretensión, Dugommier, acusado por sus compatriotas de una pasividad que no tenía justificación, se decidió a salir de ella sin contar con que el hambre comenzaba a dejar sentirse en sus tropas.

CAPITULO XX

Ofensiva francesa contra las líneas fortificadas del
frente de Figueras

Descripción del teatro de las nuevas operaciones



ANTES de entrar en la descripción y estudio de esta ofensiva francesa llevada a cabo por el ejército de Dugommier y bajo la inspiración suya, juzgamos indispensable exponer, aunque sea en términos generales, cuál era la disposición de dichas líneas fortificadas, que habían de ser objetivo directo de los ataques franceses.

Comprendía el sistema defensivo objeto del ataque francés todo el terreno extendido desde la cresta principal por el N., el valle del alto Muga y el Manol por el SO., y la línea costera por el E. Tan extenso campo de acción tenía establecido su sistema defensivo en forma tal, que la carretera internacional desde Figueras a Bellegarde constituía el eje principal del mismo, dividiéndole de un modo claro y preciso en dos campos diferentes. Uno al O. lleno de altas montañas y de gargantas profundas, otro al E. con contrafuertes de carácter secundario, cadenas de colinas de escaso relieve y pequeños valles de orillas de suave pendiente.

Toda la accidentada región al E. de la carretera tiene por armadura los enormes y largos contrafuertes que, en un principio perpendiculares a la cadena principal, doblan en seguida hacia la izquierda, terminando en vastas mesetas por ella bordeadas; en contraposición, la comarca oriental, hállase tan sólo accidentada por algunas nevaduras poco salientes que sostienen la banda inferior de la brusca y uniforme pendiente meridional de los Albères. Las líneas fluviales de la Muga y de Ricardell, al N. de Figueras, cortaban de E. a O. la comarca objeto de nuestro estudio, así como el Llobregat lo hacía a lo largo de la carretera principal, en una dirección NS. que era la misma de sus afluentes descendidos de la vertiente meridional de los Alberes. La plaza de Figueras, al S. del sistema defensivo, constituía su punto de apoyo principal.

Hecha esta descripción general del que había de ser teatro de las operaciones de que vamos a tratar, nos es necesario conocer, igualmente, cuál era la posición general que nuestras líneas o frentes fortificados habían adoptado. Eran ellas las que habían de contener la invasión francesa, poniendo al ejército español en condiciones de una contra-

ofensiva enérgica que obligara a los franceses a repasar el Pirineo. La carretera internacional tenía que ser objeto de una especial atención por parte nuestra; se imponía, de modo terminante, su libre utilización en nuestro poder, y dada la diversidad topográfica de uno y otro de los sectores por ella determinados, sin duda alguna, por sus condiciones, era el más apropiado el occidental, cuyos accidentes facilitaban una mejor defensa del terreno.

Es cierto que al proceder de esta manera y descuidar la fortificación del sector oriental, parecía dejarse abierta una brecha o camino a la invasión de las tropas republicanas, pero las circunstancias en que ésta había de verificarse por la propia naturaleza del terreno no hacía presumible un avance que se hubiera realizado en condiciones poco favorables, quedando siempre expuesto a las reacciones ofensivas que, por el flanco derecho, podrían realizar las tropas nuestras acogidas a los accidentes montañosos del frente occidental.

Es esto lo que, desde luego, parece haber comprendido el Conde de la Unión cuando, después de su derrota del Boulou, habiendo reunido los restos de su ejército bajo los muros de Figueras, comenzó a extenderse y a atrincherarse sobre las mesetas que dominan al O. la calzada de Francia (Fervel). Y he aquí por lo que hubo de escalonarse hasta el Muga en una sucesión de obras que, de un lado, batían la vía de referencia y, del otro, barrían los caminos abiertos al ataque de la división francesa de la derecha para caer sobre su izquierda.

Fué por ello por lo que atacado nuestro ejército en tal posición en 19 de junio había quedado finalmente dueño del campo de batalla, aunque entonces los atrincheramientos estuviesen apenas esbozados. No obstante, la división Sauret, el 1.º Messidor (19 de junio), recién llegada, pudo establecerse alrededor de Cantallops, ante esta especie de llanura avanzada que relaciona el pie de los Alberes con la rasa campiña del Ampurdán. Recordemos cómo nuestro General en Jefe, viendo que la ocupación de Espolla no fuera suficiente para defender y contener el avance del ala izquierda francesa, mandó trasladar al E. de la carretera de Francia la mitad de su ejército, y recordemos, igualmente, que, después, enardecido por la larga resistencia de Bellegarde y la llegada de numerosos refuerzos, pudo abandonar su actitud defensiva y emprender libremente la ejecución de un plan de ataque, que, a juicio del historiador francés, no tenía precedente en los anales de la guerra.

Pensamiento del Conde de la Unión sobre el plan ofensivo-defensivo a desarrollar

¿Cuál era este plan de conjunto? Atribuido a un ex ingeniero emigrado rosellonés llamado Campanye, pretendía, según propia declaración del Conde, arrojar a los franceses del territorio español a ca-

ñonazos; por esta razón, comenzó por deplegar todas sus fuerzas, según una línea tendiente a rodear al ejército francés, detenido a la intermediación de Bellegarde, y, después, ganando sin cesar terreno y transformando sucesivamente en baterías y en reductos, todas las alturas que fuera encontrando a su paso, hubo de caminar hacia el enemigo como un sitiador ante una plaza de guerra. Imaginaba nuestro General en Jefe que persiguiendo en este avance extraordinario, iría, como se ha dicho anteriormente, rechazando poco a poco al enemigo hasta arrojarlo al pie de los montes y obligarle, finalmente, a repasarlos.

Dispositivo del sistema general de defensiva por líneas atrincheradas de campaña

No podríamos darnos perfecta cuenta del desarrollo de la ofensiva de que vamos a tratar, si no precisásemos el detalle de los distintos elementos que constituían el sistema defensivo que es objeto al presente de nuestro estudio. Antes del 7 de junio (19 Prairial), fecha en que, como sabemos, fué atacada la línea española con desfavorable resultado para nuestras armas y causa determinante del cambio de actitud de nuestro General en Jefe, un gran número de obras de fortificación habían sido emprendidas, desde Figueras a Pont de Molins al O. y a lo largo de la carretera internacional y de Vilarnadal por San Clemente a Espolla, constituyendo dos líneas fortificadas en dirección NS., conducentes, la primera a asegurar el dominio de dicha vía principal, y la segunda para asegurar las comunicaciones de la plaza de Figueras con la marítima de Rosas. Pero dispuesto el Conde de la Unión, en vista del fracaso de referencia, a poner en ejecución el nuevo plan de que hemos dado cuenta, creyó oportuno ampliar y extender el campo de estas obras fortificadas.

Bajo su inspiración y acaso siguiendo la del emigrado rosellonés que anotamos (Campanye), dispuso el establecimiento de dos paralelas en sentido transversal con el de las dos anteriores líneas. La primera de aquellas comprendía una serie de obras escalonadas desde Figueras a la Muga, en el sector occidental. Eran estas obras un vasto recinto atrincherado cerca de Vinyonnet, a la salida de la garganta de Terradas, cerca del pueblo de este nombre en la orilla izquierda del Manol, afluente, como sabemos, del Muga, y al N., después de atravesar una cortadura entallada en la sierra Michana, el campo de Llers y otras muchas obras de menor importancia dominando la carretera internacional, viniendo a constituir esta sucesión de fortificaciones a modo de una comunicación a retaguardia destinada a establecer la relación entre la fortaleza de Figueras, base del sistema, con el gran depósito de Pont de Molins, que marcaba el centro de esta primera paralela.

Su disposición era la siguiente: «La rama derecha, desde este punto últimamente citado, subía por Vilarnadal, Masarach, Mollet, Re-

bós hasta Espolla, una série de atrincheramientos la cubrían. La rama izquierda, cruzaba por la meseta de Roure, las Escaulas hasta Boadella a lo largo del valle de la Muga. En esta disposición, siendo Pont de Molins el nudo de articulación de las dos ramas, constituía evidentemente un punto capital que debía ofrecer la máxima resistencia posible; pero no era muy fácil garantizar la defensa de la posición, así como del pueblo, al hallarse dominadas por las alturas vecinas, y esta circunstancia hubo de obligar al traslado de la verdadera defensa a la meseta de Roure, que dominando todas las alturas alzadas en esta parte del teatro de las operaciones y las márgenes de la Muga a cierta distancia, constituía por todos conceptos una excelente posición, favorecida por la propia forma topográfica que la caracterizaba, y que, por todas estas razones, hubo de ser objeto de las más acabadas obras de fortificación de campaña.

Al N. de la meseta de Roure se alza, como sabemos, otro punto culminante, la llamada Montaña Negra, por unos, y Montaña Roja, por otros. Esta Montaña, a semejanza de Pont de Molins, era el punto central o de articulación de la segunda paralela; cuya rama derecha u oriental, desde la carretera tantas veces citada, que pasa bordeando por el E. los pies de la Montaña que nos ocupa, formaba una sucesión de obras fortificadas a lo largo de Capmany, Vilaortoli y Espolla, y del otro lado, o costado occidental otra sucesión de obras semejantes hasta Darnús en la orilla derecha del Ricardell afluente del Llobregat.

Pero como hemos visto en la relación de las acciones anteriores, la Montaña Negra no se hallaba en nuestro poder, pues los intentos para conquistarla habían sido estériles. Los franceses dueños de ella, a partir del ataque del 21 de septiembre, fortificáronla con dos baterías, pero el Conde de la Unión, a pesar de ello, no pareció tener muy en cuenta esta circunstancia y dedicó toda su atención sobre la línea de Espollá a Capmany, reforzándola de tal modo que parecía tratar de llevar su contrataque por este sector oriental, siendo Espolla el punto de junción de las dos paralelas al dejar de serlo. Un conjunto de obras procuraban darla la resistencia requerida.

Mas hemos de advertir que en las vicisitudes de la lucha al no poderse hacer con la Montaña Negra, el Conde de la Unión creyó remediar el daño, estableciendo en esta parte central del teatro de las operaciones, una especie de triángulo fortificado cuya base estaba constituida por la línea de Roure a Boadella, y cuyo opuesto vértice quedaba establecido en el puente de Capmany. Como quiera que este saliente, que venía a sesgar el pie de la Montaña Negra, quedaba en situación difícil al no estar en nuestro poder la montaña citada, y teniendo en cuenta además que la vertiente S. de la misma era la única inaccesible, fué por ello por lo que estableció la segunda paralela partiendo desde el puente de Capmany a esta localidad, alejada del mismo unos tres kilómetros y disponiendo, a partir de este punto, la línea fortificada en dirección casi perpendicular a la segunda hasta él.

La rama izquierda de la segunda paralela no pudo ser establecida, hubiese sido necesario para ello haberse librado de la presión de Augereau, y tal había sido, en efecto, el objetivo de la batalla de San Lorenzo de la Muga, pero no pudo ser así, y para suplir, aunque fuese con carácter provisorio la existencia de la rama en cuestión, apresuróse a reemplazarla por una prolongación de la línea de posiciones de la primera paralela hasta la Magdalena, estableciendo una serie de puestos sólidamente atrincherados a lo largo del camino que, desde la Magdalena marcha a Camprodón por el Coll de Bassagoda.

**Contextura de las obras levantadas.
Conjunto difícil de ser destruido**

Para completar el cuadro general de datos que necesitamos conocer, para entrar de lleno en la descripción de las dos batallas llevadas a cabo por los franceses contra las líneas de Figueras, nos queda, tan sólo por examinar, cuál era la condición, o, en otros términos, la contextura de los atrincheramientos que las constituían. Ya dimos cuenta del número y clasificación de las mismas, y si hemos de atenernos a lo expuesto por Fervel «noventa y siete obras completas, reductos, baterías, sin contar una multitud de pequeñas construcciones accesorias de flanqueo, tal fué el resultado de estos inmensos e incesantes trabajos de seis meses. Esta pléyade de puestos fortificados abrazaban una zona que, no tenía menos de cinco leguas de desarrollo en un ancho de siete kilómetros en algunos puntos, mas con todo esto, hácese abstracción de numerosos puestos esparcidos que guardaban los pasos de las montañas entre el Muga y el Ter». Hechos tales son los que fuerzan al historiador francés a formular el juicio que ya conocemos de que nunca se había hecho un abuso mayor ni más ridículo de la fortificación de campaña.

Y algo sigue exponiendo este escritor que en cierto modo no deja de favorecernos: «La inteligencia de los detalles estaba lejos, desde luego, de redimir los vicios del conjunto. Sin selección, sin preferencia, por dondequiera que un punto culminante se ofrecía, la atención se fijaba en él precipitadamente. La suerte había hecho que en muchas ocasiones fuese buena la elección de las posiciones. Allí donde la elección estaba impuesta por poderosos salientes, tal como ocurría al O. de la línea internacional, por ejemplo. Pero al E. de la misma el desorden de las obras no era menor que el de los accidentes del terreno. Tratabase de un amontonamiento confuso de baterías que permitían un tiro fijante, pero no rasante, y que tan sólo podían franquearse a distancias considerables, gracias a la exageración del calibre de las piezas que las constituían.»

En contra de estos inconvenientes la contextura de estos atrincheramientos y el lujo de las defensas accesorias no dejaban nada que desear: Altas escarpas revestidas de muros cuidadosamente construídos

con piedras duras o bien talladas en la roca, como la del famoso reducto llamado la ciudadela de Roure, que se vanagloriaba de *no temer más que a Dios*; fosos largos y profundos bordeados de empalizadas y de obstáculos; glasis sembrados de trampas y pozos de lobo; minas dispuestas, incluso en el interior de la mayoría de las obras, para hacerlas saltar llegado el caso; en fin, doscientas cincuenta piezas en batería. Todo esto era en realidad a costa de las obras a retaguardia que habían sido artilladas con las piezas y guarnecido con los fusiles de los que formaban los frentes de ataque.»

«Pero, en definitiva, ninguna había sido abandonada de suerte que, todas ellas estaban, si no sobrecargadas de artillería, a lo menos erizadas de bayonetas, pues no encerraban en sí menos de cuarenta y seis mil defensores.»

«Por esta razón y por muy vicioso que resultara este extraño conjunto sin nombre en el léxico militar, no dejaba de ofrecer, a nosotros que tratábamos de destruirlo, dificultades muy serias.»

Distribución de las fuerzas en el cuadro general de las líneas y fortificaciones de referencia.—Cifra de los contingentes a ellos destinadas

La disposición de las tropas en este sistema era la siguiente: El ala izquierda estaba constituida por las tropas españolas al mando del Teniente General Courten, juntamente con las del general portugués Noronha y el Mariscal de Campo Correia de Sá. El Coronel Abarca, guardaba con mil setecientos diez hombres las comunicaciones entre San Lorenzo de la Muga y Camprodón, quedando directamente a las órdenes del General español ocho mil quinientos ochenta combatientes desplegados en un frente comprendido entre San Lorenzo y Escaulas. En total, el contingente de esta ala izquierda era de diez mil doscientos noventa hombres. El ala derecha contaba con doce mil novecientos veinticinco mandados por el Teniente General Vives, a cuyas órdenes se encontraban el Vizconde de Gand, antiguo Coronel de la Legión de la Reina y los Brigadieres Taranco y Montes. La distribución del contingente citado era la de ocho mil cuatrocientos cuarenta y cuatro combatientes en primera línea, desde Villaortoli y Llansá y cuatro mil cuatrocientos ochenta y uno en reserva, entre Masarach y la ciudadela de Rosas. En cuanto al centro, al mando de Las Amarillas, contaba con veintidós mil ochocientos cincuenta hombres, repartidos de la siguiente manera: a la izquierda de la carretera internacional, nueve mil quinientos cuarenta y seis hombres, a las órdenes del General Arias, de los cuales cuatro mil doscientos cuarenta y uno se encontraban en segunda línea. A la derecha de la citada vía trece mil trescientos cuatro, mandados por el Mariscal de Campo Cornel, Izquierdo, Belvis y el Conde de Saint-Hilaire. Estos últimos ocupaban los reductos que se extienden de Capmany a Vilarnadal.

Resumiendo cuantos datos acabamos de exponer veremos que, la cifra total de los cuarenta y seis mil hombres quedaba distribuída en treinta y cinco mil seiscientos treinta y tres, en primera línea, y diez mil cuatrocientos treinta y dos, en segunda.

Dispositivo de las tropas francesas

Tal era la distribución de las fuerzas españolas en el teatro de las operaciones a emprender. La disposición de la francesa era, en diez Brigadas, una destacada y las otras nueve repartidas en tres divisiones. En total, como hemos dicho anteriormente, treinta y seis mil trescientos noventa y tres combatientes.

La División de la derecha estaba formada por ocho mil novecientos setenta y un hombres, agrupados en la siguiente forma: En la Brigada Davin, dos mil quinientos nueve; la Brigada Dupho, dos mil quinientos ochenta y uno, y, finalmente, la Brigada Beaufort con tres mil ochocientos ochenta y uno. La primera Brigada, totalmente reforzada, había sido replegada hacia Coustouge en la frontera por ella defendida, y en cuanto a la Brigada Beaufort, ésta se hallaba emplazada a la izquierda de la de Duphot. La División de la izquierda, al mando de Sauret, había quedado reducida a cuatro mil doscientos cuarenta y cuatro combatientes, organizados en tres Brigadas, al mando de los Generales Guillet, Causse y Motte y compuestas, la primera, de mil doscientos once cazadores, la segunda de mil trescientos setenta y ocho fusileros y la tercera de mil seiscientos cincuenta y cinco. Esta División estaba sostenida, a la izquierda, por la Brigada Victor Perrin, que no contaba con menos de dos mil trescientas dieciséis bayonetas y vigilaba, a la vez, al Coll de Banyuls y la costa española.

Otras tres Brigadas formaban la división central con ocho mil seiscientos ochenta y siete hombres mandados por Augereau. De las tres Brigadas que constituían su División, la de Rougé (dos mil seiscientos veinte hombres), hallábase emplazada delante del reducto el Invencible; en la pendiente oriental de la Montaña Negra, Banel tenía a su disposición dos mil ciento setenta y cuatro y formando escuadra con él, y a lo largo de la ruta por el O., la Brigada Martin disponía de un efectivo de mil seiscientos ochenta y siete hombres. A estos seis mil cuatrocientos sesenta y un infantes es preciso añadir la tropa que mandaba el General Dugua, compuesta de cuatrocientos catorce artilleros que servían dieciséis piezas de artillería volante y de mil ochocientos doce jinetes que, faltos de forraje sus caballos, se habían visto obligados a esperar a la noche de la víspera de la batalla para repasar la frontera. Es de observar que esta División de Augereau venía a ofrecer una fuerza casi igual a la de Pérignon.

A retaguardia de los frentes de combate y dedicados a la defensa de los campamentos franceses, hallábanse destinados siete mil setecientos cincuenta y dos hombres, de ellos dos mil trescientos ochenta y siete en

Darníus, cuatro mil cuatrocientos cuarenta y nueve en La Junquera y novecientos quince en Campceret. Por último tres mil cuatrocientos once reclutas guardaban el Vallespir y mil doce la costa francesa.

Por lo tanto, veinticuatro mil doscientos dieciocho combatientes guarnecían la primera línea; en segunda siete mil setecientos cincuenta y dos y en tercera cuatro mil cuatrocientos veintitrés. En total los treinta y seis mil trescientos noventa y tres, antes indicados.

**Un juicio francés autorizado sobre la
significación del sistema ideado por el
Conde de la Unión**

Descrito todo el sistema defensivo español ante la fortaleza de Figueras y la distribución y emplazamiento de las fuerzas de nuestro ejército, así como de las del francés en el sector correspondiente, antes de entrar en el estudio de la ofensiva por éstos llevada a cabo desde el 17 al 20 de septiembre, vamos a transcribir el concepto que acerca del ataque de nuestras líneas fortificadas expone Fervel con verdadera autoridad y buen sentido, haciéndolo así por estimar nosotros que él ha de ofrecernos un excelente punto de vista para nuestros juicios críticos, y para la estimación de los hechos que vamos a reseñar.

Con perfecto conocimiento de causa —afirma el historiador francés—, algo que es fundamental para el caso dentro de los principios del arte de la guerra: «En un país de montañas, si el arte de desarrollar una buena defensa estriba en fijar al agresor ante los obstáculos del terreno, el arte de un ataque inteligente es evitar, en cuanto sea posible, estos choques mortíferos. Parece, pues, que cabalmente éste era nuestro caso, el de recurrir a un movimiento envolvente. ¿Pero esta maniobra era posible?»

«Desde luego, no se podía razonablemente pensar en envolver estas líneas por su extrema derecha apoyándose en la costa. En efecto, el enorme y compacto macizo que le constituye, que accidenta el promontorio de Creus y que, pasado el Coll de Banyuls, impide todo paso a un ejército; en seguida Rosas y su golfo, cubierto de navíos, luego las marismas de la costa del bajo Ampurdán; toda esta acumulación de obstáculos levantaba, por este lado, una barrera verdaderamente infranqueable. Esto explica el por qué los españoles, no obstante su prodigalidad de precauciones superfluas, no se habían tomado la pena de prolongar sus líneas hasta la costa.»

«Un movimiento envolvente a la otra extremidad no ofrecía más garantías de éxito. Pues para envolver Figueras por el O. era preciso, o ganar en Llorona las fuentes del Manol, o ir a coger mucho más arriba el valle del Ter. Mas en las escabrosas montañas de las que desciende el Manol, los españoles perfectamente emplazados ocupaban posiciones inexpugnables sin contar que, desde la Magdalena alrededor de la cual

nosotros debimos entonces girar, hubieran podido, sin peligro y sin esfuerzos, oponerse a una marcha de flanco.»

«En cuanto a envolver por la retaguardia el valle del Ter, como quiera que en aquel estado de cosas este valle no era abordable más que en su origen por las montañas del Vallespir, hubiera sido preciso que el ejército francés se dividiera en dos, una parte para repasar la frontera y ganar por Prat de Molló el Coll de los Aires; de otro para continuar cubriendo nuestra frontera que Bellegarde, reducida a un aprovisionamiento de tres días, no podía hacer otra cosa que venir a comprometer la situación. Suponiendo, desde luego, que los españoles cortados en su base, en un punto que hubiésemos peligrosamente escogido fuera de su flanco izquierdo, ¿qué les hubiera impedido restablecer sus comunicaciones con el mar y cortar de este modo a su vez y de una manera definitiva, nuestra línea de operaciones?»

«El solo medio de reparar la falta que habíamos cometido al dejar durante seis meses al enemigo cerrarnos a placer la entrada de la alta Cataluña, el solo medio, era pues, abordar directamente sus líneas. Esto admitido, el punto de ataque, que no era discutible, correspondía a la Magdalena.»

«En efecto, la disposición del plan de ataque de la Unión lejos de tener la regularidad que su autor pretendía asegurar, no representaba, a fin de cuentas, más que un conjunto confuso de líneas de aproche, de rayos divergentes, de ramas que partiendo de un tronco enraizado (enracine) en Figueras, tenía por punto de partida, por nudo común Pont des Moulins, o aún mejor el reducto de Roure. Era este nudo evidentemente el que había que minar; mas, para alcanzarlo, lo mejor que podía hacerse era seguir una de las ramas exteriores del sistema, la que, por su posición y su desarrollo, hallábase menos protegida, aquella que, en una palabra, tenía su punto en la Magdalena.»

«Otra excelente razón para atacar por el O. era la repartición misma de las fuerzas de los dos ejércitos. La Unión, queriendo caer sobre nuestra izquierda, había desguarnecido la suya, contando con los obstáculos del terreno para la compensación de fuerzas por este lado; en tanto que teniéndolo en cuenta nosotros, y dada la posición reentrante de este ala amenazada y la posesión de la Montaña Negra que apoyaba nuestro centro, habíamos sucesivamente reforzado nuestra división de la derecha la que, por su valor y su perfecto conocimiento del terreno, constituía, aún antes de este refuerzo, nuestro principal medio de acción.»

Hasta aquí el comentario de Fervel. Sin duda alguna, él nos pone en conocimiento de la realidad de la situación y de los términos en que había de desarrollarse la ofensiva de que vamos a tratar. Afirmar que nuestra situación era en absoluto favorable, sería aventurar un concepto no bien fundamentado, pero, de todos modos, sí puede asegurarse que nuestras líneas estaban en condiciones de poder ofrecer una resistencia que, por desgracia, no llevaron a efecto.

Opinión de Jomini.—El ataque a las líneas españolas, empresa arriesgada

De esta opinión parece estar conforme el Teniente General Jomini, quien no vacila en asegurar que, el ataque a las líneas fortificadas españolas constituía *una empresa arriesgada* y hace descansar esta afirmación en el hecho de que, si bien «la superioridad numérica estaba del lado de los franceses», nuestro ejército «tenía la ventaja de la posición y todos los resortes del arte».

«La Unión —sigue diciendo—, influenciado por el emigrado Campanye, tenía una debilidad particular por los atrincheramientos y las baterías, pero los encaramaba, preferentemente, sobre las crestas, donde su fuego fijante, de arriba a abajo, producía poco efecto. Setenta y siete reductos o baterías armadas de doscientas cincuenta piezas y dispuestas en una doble línea, de Espolla al pie del desfiladero de Bañols, por Capmany hasta San Lorenzo de la Muga, presentaba sin embargo un frente, tanto más temible cuanto que tenía el perfil más elevado y parecía al abrigo del ataque más audaz. Añádase a esto que el vasto campo atrincherado de Figueras ofrecía un último refugio en caso de desgracia. Un ataque de frente parecía impracticable, pues no era verosímil que se hicieran dueños los franceses de dos líneas de reductos ante un ejército dispuesto expresamente para defenderlas. Una tentativa contra el flanco derecho, hubiera sido peligrosa; se hubiera arriesgado al verse acorralada contra el mar; dicha tentativa sobre la izquierda era preferible, porque, en caso de éxito, situaba a los vencedores sobre las comunicaciones del enemigo, pero no presentaba menos obstáculos, y era necesario contar en exceso con el valor de las tropas para ordenarlo. La probabilidad más favorable, y en la que se podía confiar más, descansaba sobre el sistema general del enemigo; la dispersión de sus batallones en una multitud de puestos, y el poco talento militar del que había dado muestras, hasta entonces, el Conde de la Unión, en el empleo de sus fuerzas.»

Hay perfecta coincidencia, como puede verse, entre el parecer de ambos historiadores militares, y estimando perfectamente expuestas las circunstancias que concurrían en el planteamiento de la ofensiva a realizar por Dugommier contra nuestras fuerzas, pasaremos a la descripción de su desarrollo en el Capítulo siguiente.

lós-
las
ir-
del
ón

m-
pa-
de
ete
tas
ip-
en-
cia
in-
Jn
se
ito
co
co-
fe-
co-
era
lo.
es-
pa-
ue
m-

de
las
a
es-

CAPITULO XXI

Ofensiva francesa contra las líneas fortificadas de
Figueras. Primera batalla



¿CUÁL era el plan ideado por Dugommier para el ataque a nuestras líneas? Fundándose en la distribución de sus fuerzas, según indicamos en el Capítulo anterior, estima Fervel que los franceses no debían atacar solamente la izquierda de nuestro frente, sino que era preciso una acción de mayor amplitud. «Y en efecto—expone este historiador—Dugommier había anunciado el proyecto de atacarlo por ambas alas, y conquistar, como primera providencia, lo que él llamaba su primera línea, es decir, las obras más avanzadas. Nuestra izquierda, era sin contradicción, mucho más débil que lo necesario para luchar contra las fuerzas que tenía a su frente, contra veintiséis mil hombres abrigados por cuarenta y dos reductos, y, por ello, el General en Jefe se reservó el cometido de sostenerla por sí mismo con su división del centro. ¿Pero cómo debía empeñar a esta división? Es lo que se ignora dado que los detalles de su plan, que había madurado en el más profundo misterio, no fueron jamás bien conocidos. Sábese, solamente, aparte de lo que se deduce de cuanto se ha expuesto, que en el caso de un éxito completo alcanzado por nuestras dos alas, Pérignon debía marchar sobre Roure y Pont de Molins. Sea de esto lo que fuere, incluso admitiendo que, a tenor de las apariencias algo debió faltar en las disposiciones de Dugommier para asegurarse del todo la victoria en el punto decisivo es decir, en su derecha, es lo cierto que aquel de sus lugartenientes que ejercía el mando de este punto capital, logró, a fuerza de habilidad y de audacia, suplir con ella la insuficiencia de los medios puestos a su disposición, justificando, de este modo, la confianza sin límites que en él tenía su venerable Jefe.

Disposición de las tropas españolas en el sector occidental

La disposición de nuestras tropas en el sector occidental era la siguiente: Correspondía al General Courten el mando de las tropas en él encargadas de la guarnición de los distintos puestos y líneas fortificadas, San Lorenzo de la Muga, su fundición, las alturas de la Magdalena y la cresta pelada y blanquecina llamada por nosotros Roca Pelada o Roca Blanca, y por los franceses alturas de Terradas y la Salud, eran los puntos o posiciones más destacadas de nuestro sistema defensivo en

esta parte. Courten tenía su frente naturalmente orientado hacia el N. en lugar de hacerlo hacia el E. como equivocadamente hubo de realizarlo Augereau. Para la observación del campo enemigo, en la orilla izquierda del arroyo de la fundición, había establecido su vanguardia, la que vigilaba la salida del camino de Darnius.

Para sostén principal de la fundición habíase construido un gran reducto llamado de la Fita, alzado sobre la orilla derecha del Muga, con una guarnición de mil quinientos hombres, de los cuales trescientos eran emigrados, últimos restos de la legión del Vallespir, que, habiendo tomado parte en casi todos los combates, hallábase en trance de desaparecer. Ochocientos miqueletes constituían la guarnición de San Lorenzo, al que se concedía una importancia secundaria. Toda la falda septentrional de la Magdalena, y la avenida correspondiente al Coll de la Salud, hallábanse dominados por una sucesión de baterías y de puestos atrincherados totalmente guarnecidos. Y, por último, una línea de reductos coronaba las alturas de Terradas, desde la Guardia hasta la Granja de Escaulas. A partir de aquí la cresta quedaba libre hasta la meseta de Llers.

Objetivo francés del ataque en la primera jornada de la ofensiva francesa

Desde luego, aunque desconocido, el plan del General Dugommier parecía reducirse —según expone Jomini—, a tomar a los españoles, en la primera jornada, la línea exterior de su reducto. Correspondía a las tropas que formaban el ala derecha, al mando como sabemos del General Augereau, realizar el ataque principal contra nuestras posiciones o líneas fortificadas del ala izquierda, en tanto que el ala izquierda francesa, bajo el mando del General Sauret, se encargaría de atacar a la misma hora los puestos de Vilarnadal y de San Clemente, y de forzar los atrincheramientos de Capmany de acuerdo siempre con la acción llevada a cabo por las tropas del flanco izquierdo del centro, en tanto que la Brigada Victor, partiendo de Collioure, tendría en jaque la derecha de los españoles del lado de Bañuls.

En cuanto a la división Perignon, que ocupaba el centro del frente francés, ella con la caballería, a las órdenes del General Dugua, y 16 piezas de artillería ligera, bajo el mando del General Guillaume, debían servir de reserva, secundar el ataque a Capmany y trasladarse, en caso de éxito seguro, sobre los reductos que cubrían la carretera y el puente del Llobregat. Ascendía el contingente de las fuerzas a unos veinte mil hombres y, para favorecer la empresa que se les había encomendado, el General Dopet recibió la orden de realizar un ataque en el frente de la Cerdaña.

El General Augereau, para realizar su ataque a la izquierda española, concentró delante de Darnius seis mil cuatrocientos hombres, que distribuyó en cuatro columnas; la primera a las órdenes del Ayudante

General Bon, estaba compuesta de dos mil cazadores que formaban la vanguardia. Las otras tres, mandadas por los Generales Beaufort, Duphot y Guieux, marcharían a continuación. Davin que se mantenía cerca de Constouge dispuesto a avanzar, recibió la orden de descender, y, forzando los puestos que pusieran obstáculo a su paso, marchar sobre San Lorenzo de la Muga, envolverle, y, a una hora convenida, trasladarse a la garganta de Terradas y ante la Magdalena, llave de las posiciones españolas por este sector. Para ello habría de reunirse con Augereau y marchar de acuerdo con él.

Era este el momento preciso en que el General Sauret había de atacar los puestos que hemos citado, de Vilarnadal y de San Clemente, y de forzar los atrincheramientos de Capmany.

Disposiciones dictadas por el Conde de la Unión ante las primeras manifestaciones del ataque enemigo.—Testimonio autorizado del General Morla

Ante esta actitud del ejército francés ¿qué disposiciones hubo de tomar nuestro General en Jefe? Dejemos que sea precisamente nuestro Cuartel Maestre, o en términos actuales su Jefe de Estado Mayor, el que nos dé cuenta de ello: «Estando para entrar lo crudo del invierno —expone— los enemigos se veían precisados a retirarse para tomar cuarteles en Rosellón, o dar una acción para echarnos del Ampurdán. Era de recelar que, para retirarse con honor, siempre lo intentarían; hubiera sido mejor, o preferente, dársela a ellos, y a lo menos, reunirnos para recibirla; ni lo uno ni lo otro quiso nuestro General, contento y satisfecho, hasta no más, con sus muchas alturas, que amaba como parte de sus entrañas. Llegó el 17 de noviembre y, a las dos de la madrugada, llamó al Cuartel Maestre, y le dijo tenía noticias combinadas y ciertas de que los enemigos habían tomado San Pons y otros puestos avanzados de nuestra izquierda, y que a aquella hora estarían tal vez atacando a la Muga y Salud, esto es, la izquierda encargada a Courten, y, también, que había columnas enemigas apostadas para atacarnos con firmeza a las baterías de Capmany que sería al amanecer, es decir, la derecha del centro; en vista de lo cual le pedía su parecer; respondió que creía se debía abandonar la izquierda a su mala o buena suerte, pues no influía esencialmente en el ejército la acción; que el ataque por Capmany sería rechazado con la protección que le darían las lomas ya expresadas, que estaban a su izquierda, más que si daba orden precisa y terminante para que todas las tropas que había a la derecha que cubrían a Espollá, Villartoli, San Clemente, etc., en número de diez mil hombres y seiscientos caballos, viniesen a atacar a los enemigos por su flanco izquierdo y espalda, mientras ellos atacaban a Capmany, serían sin duda derrotados, y continuando el ataque y saliendo entonces todas las tropas del centro, se perfeccionaría la de-

rrota, dando la vuelta por detrás de Monroch que, entonces no le quedaba otro arbitrio a la derecha enemiga, hubiese o no tomado la Salud que salvarse por las montañas, pues, seríamos dueños de los caminos de Bellegarde y Coll del Portell».

«El General dijo que aprobaba este plan y se quedaba para dar las órdenes de su ejecución, mandando al Cuartel Maestre fuese al centro para guardar la ayuda a Amarillas, que allí mandaba, mientras él iba, que sería luego de acabar de escribir las órdenes. El Cuartel Maestre obedeció y, llegado al centro, se enteró de los movimientos que se notaban en los enemigos, y de la disposición de nuestras tropas.»

Se inicia el ataque francés. — Entrenamiento admirable de las tropas francesas

5. En la noche del 16 al 17 de noviembre las columnas francesas se pusieron en movimiento y antes del alba las baterías de grueso calibre, situadas sobre la Montaña Negra, comenzaron a actuar para proteger la marcha de la división de la izquierda. Tal como estaba dispuesto el desarrollo de la acción por parte de los franceses, y dada la distribución de las fuerzas de nuestro ejército en todo el frente, correspondía a las tropas del veterano y digno general Courten contener el mayor esfuerzo del contrario. En efecto, el General Davin partió de Coustouge, y después de forzar los puestos españoles de nuestra Señora del Fau y de las Ermitas de Carbonís y de San Jorge, llegó, tras dieciocho horas de marcha y de combate en las rocas, a efectuar su unión con el General Augereau, desembocando cerca de la capilla de la Magdalena.

Desarrollo del combate en el ala derecha

Augereau, para evitar los mil trescientos hombres que formaban la vanguardia española y observaban el camino de Darnús, realizó un gran rodeo hacia la derecha; remontó en su marcha hacia Massanet, el torrente Ricardell hasta el puente de San Esteban, atravesó el torrente y avanzó hasta la altura de la fundición pasando por Ca'n Boudou y Ca'n Llosa. A continuación se volvió bruscamente hacia la izquierda, cayendo sobre el puente de San Sebastián de la Muga. Este puente como quiera que se hallaba mal guardado, encontrándose un poco antes de las forjas de la fundición, pero ya a una cierta distancia del reducto de la Fita, pudo fácilmente ser tomado por los franceses, sorprendiendo a la pequeña guarnición, que, no habiéndose dado cuenta de nada, fué aniquilada, sin ruido alguno, y pudiendo así pasar, sin dificultad, tres de las columnas enemigas. La primera de estas columnas, que era la mandada por Guieux, se detuvo para cubrir el reducto español: las otras dos remontaron la orilla derecha del Muga y, la cuarta, que había quedado en la orilla izquierda, fué a buscar un poco más alto un paso que la permitiese aproximarse a la Brigada Davin. Es de advertir que

Augereau, después de pasar a cuchillo a la guarnición del puente de San Sebastián de la Muga y de haberse reunido con la Brigada Davin, continuó su victoriosa marcha, y apenas se habían disipado las tinieblas de la noche, cuando ya las referidas brigadas al mando de sus Generales Bon, Duphot y Beaufort, habían alcanzado el pie del reverso meridional de la Magdalena.

Augereau, por lo tanto, había envuelto esta importante posición; mas a pesar de ello, no quedaba grandemente aligerada su tarea, dado que los españoles, haciendo frente hacia el N. y habiendo acumulado tantos puntos fortificados y baterías en la pendiente septentrional, podían igualmente seguir teniendo asegurada su retaguardia, que así se vería favorecida en su defensa por los fuegos de tantos atrincheramientos bien guarnecidos, y con un gran número de piezas de artillería. Un momento, no más, de orden y de respiro les era suficiente para poder concentrar todas sus fuerzas sobre el revés amenazado de la Magdalena, y aniquilar a sus adversarios que, con grandes fatigas, marchaban penosamente desde hacía cinco horas durante la noche, por senderos peligrosos, teniendo al final que ascender por un escarpado de más de setecientos metros.

Puede enorgullecerse la información francesa de que el entrenamiento de sus admirables soldados, su perfecto conocimiento de los lugares y un valor a toda prueba sobrepusieron todos los obstáculos. Comenzaron a escalar las rampas de la montaña, silenciosamente. Mas, no obstante, a los primeros resplandores del crepúsculo, fueron descubiertos, pero esto no les detiene en su escalada, y las certeras descargas de la fusilería española no logran otro efecto que el de acelerar su ascensión, y apenas llegados a la cumbre quedan dueños de la altura, que, por sus especiales condiciones topográficas, tenía tanta importancia para la dominación del campo de batalla.

Al mismo tiempo que Augereau se hacía dueño de la Magdalena, allá para las ocho, Davin llegaba a la garganta de Terradas. La marcha de su tropa no había sido menos penosa y accidentada que la de las brigadas al mando de su General divisionario. Habiendo partido de Coustouge la víspera a las cuatro de la tarde, hubo también que avanzar, de roca en roca y de precipicio en precipicio, y después de haberse hecho dueño al paso de los tres puestos españoles de Fau, Carbonil y Capilla de San Jorge, en la que pudo hacerse con cuatro piezas de artillería, pasó por el flanco izquierdo de San Lorenzo de la Muga y llegó a la hora señalada para la entrevista entre ambos Generales.

Como era de esperar, Augereau ordenó a Davin avanzara por la garganta de Terradas y ocupara una buena posición capaz de interceptar las comunicaciones de esta parte con Figueras. Una vez conseguido esto había de avanzar por su flanco izquierdo hacia el revés meridional de la Roca Blanca, y, de esta suerte, amenazar el flanco y la retaguardia del General Courten que, por otra parte, empujado por las tres columnas francesas dueñas de la meseta de la Magdalena y que descienden ya

camino de la Salud, va retrocediendo frente a las tropas de las mismas, a lo largo de la cresta.

Trátase, por lo tanto, de un doble movimiento que, al ser ejecutado rápidamente, no pudo por menos de alcanzar un éxito completo nuestro veterano General, y no pudiendo sostenerse en la Salud, después de la caída de la Magdalena, hubo de replegarse a la Roca Blanca, por debajo de Boadella; pero, batido al frente por los Cazadores del General Bon y desbordado por su flanco izquierdo por Davin, bien pronto se vió precisado a retroceder hasta el último reducto a su disposición, o sea, al de la Granja de Escaulas.

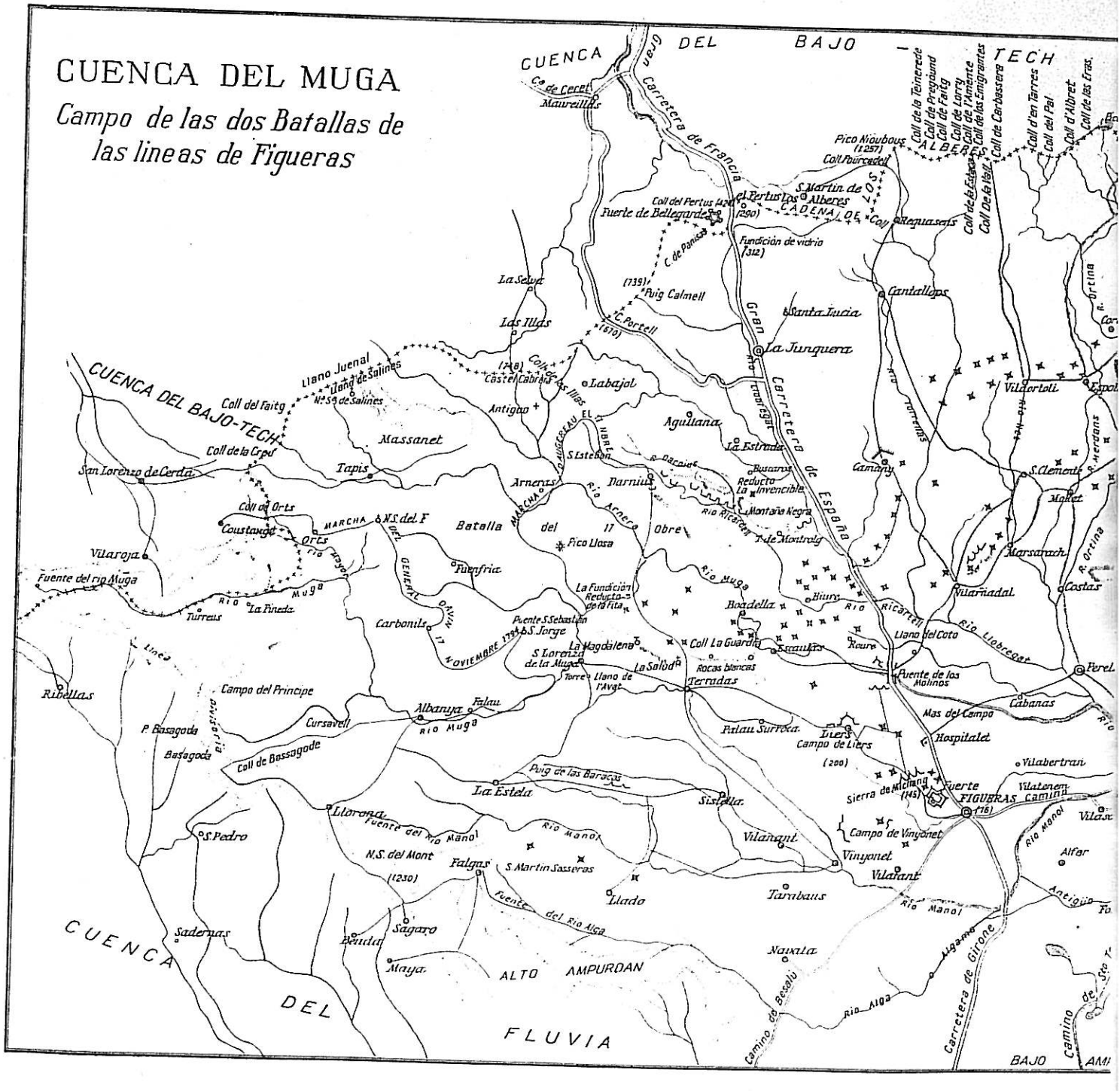
Por su parte, la columna Guieux hubo de atacar el reducto de la Fita, que hallábase defendido, como todos los puestos fortificados en donde se encontraban emigrados con el encarnizamiento de la desesperación. No teniendo nada que temer de Courten, el General Augereau creyó oportuno destacar contra la fundición de la Muga la Brigada de Beaufort, con 200 Cazadores de vanguardia, que, habiendo llegado al alcance de los fuegos del formidable reducto español, desplegaron, según su costumbre, en torno de él, envolviéndolo por completo y estrechando el cerco poco a poco. A una señal convenida precipitaron, sin vacilar, al fondo de los fosos, seguidos de dos Brigadas asaltantes, a las que anima ejemplo tan decidido. Bien pronto los parapetos fueron franqueados y, si hemos de tener en cuenta la información francesa, 300 emigrados y una centena de españoles y portugueses reunidos mordieron el polvo, y el resto de la guarnición fué hecha prisionera.

Ante pérdida semejante, Courten no tuvo otro remedio que replegarse a Llers; el resultado no puede ser más desastroso. Nuestras tropas han de abandonar 8 reductos, 28 cañones, 200 cajas de cartuchos, 1.500 fusiles, las tiendas, los bagajes correspondientes a 9.000 hombres y 1.200 prisioneros, dejando entre la fundición y la Roca Blanca un extenso surco de heridos y cadáveres. Augereau, con pérdidas de poca importancia, volvió a reanudar su marcha victoriosa en dirección a Roure, y había ya su vanguardia oído el silbar de la metralla, cuando una orden llegada de la Montaña Negra, le detuvo de repente. Eran las diez de la mañana.

Orden tan terminante era prueba manifiesta de que, en aquellos momentos, algo importante e inesperado debía acontecer en el centro y en la izquierda del frente republicano.

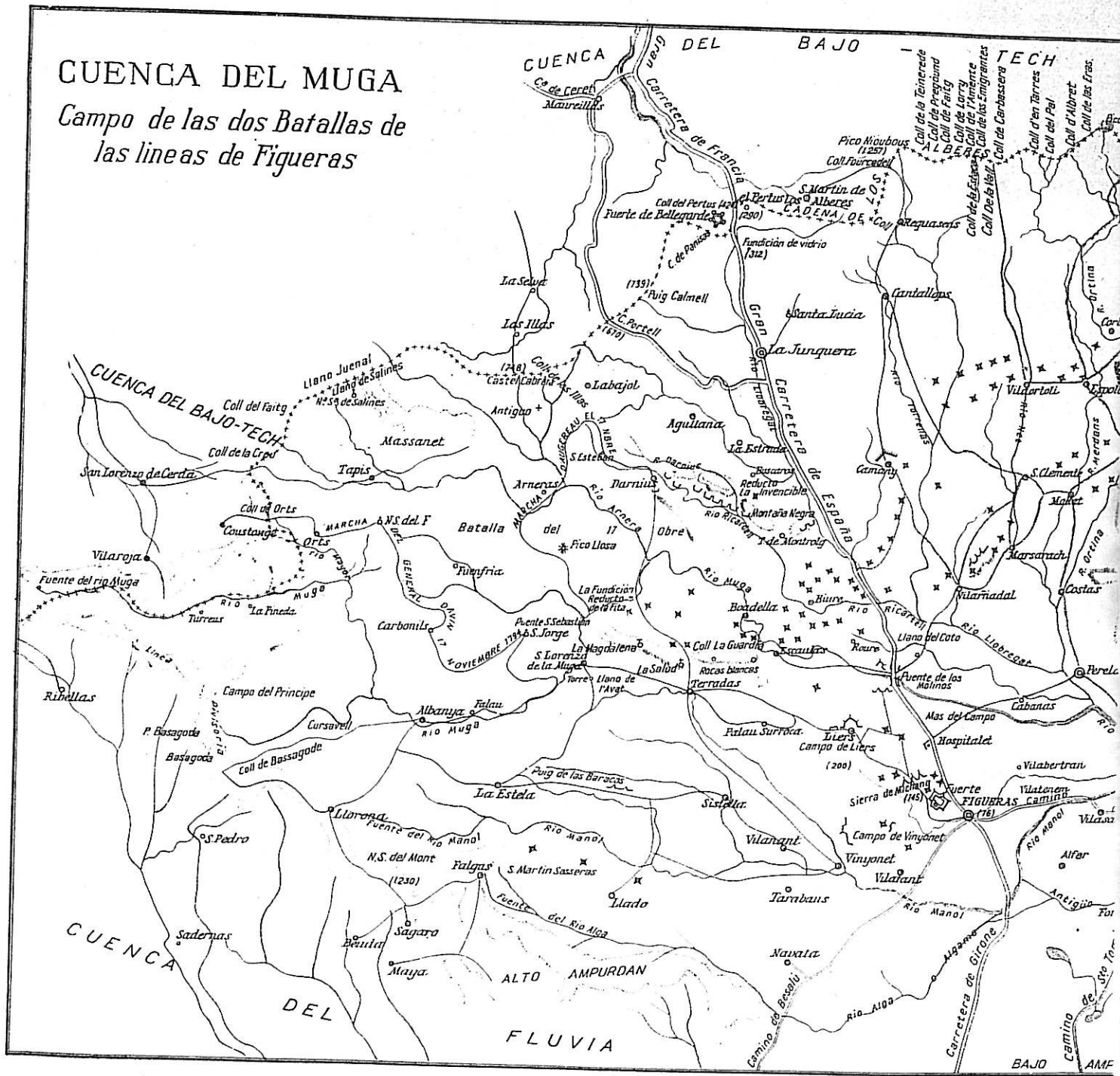
El Teniente General Courten, desbordado por su izquierda, dió la orden general de retirada a sus tropas y, no sin esfuerzo, pudo reunir las a alguna distancia del campo donde se había desarrollado el combate. No bajaba de 10.000 hombres los que podía oponer a la División de Augereau, pero no habiendo recibido los refuerzos solicitados de su General en Jefe, desde el principio de la acción, no osó tratar de recuperar los puestos que había perdido.

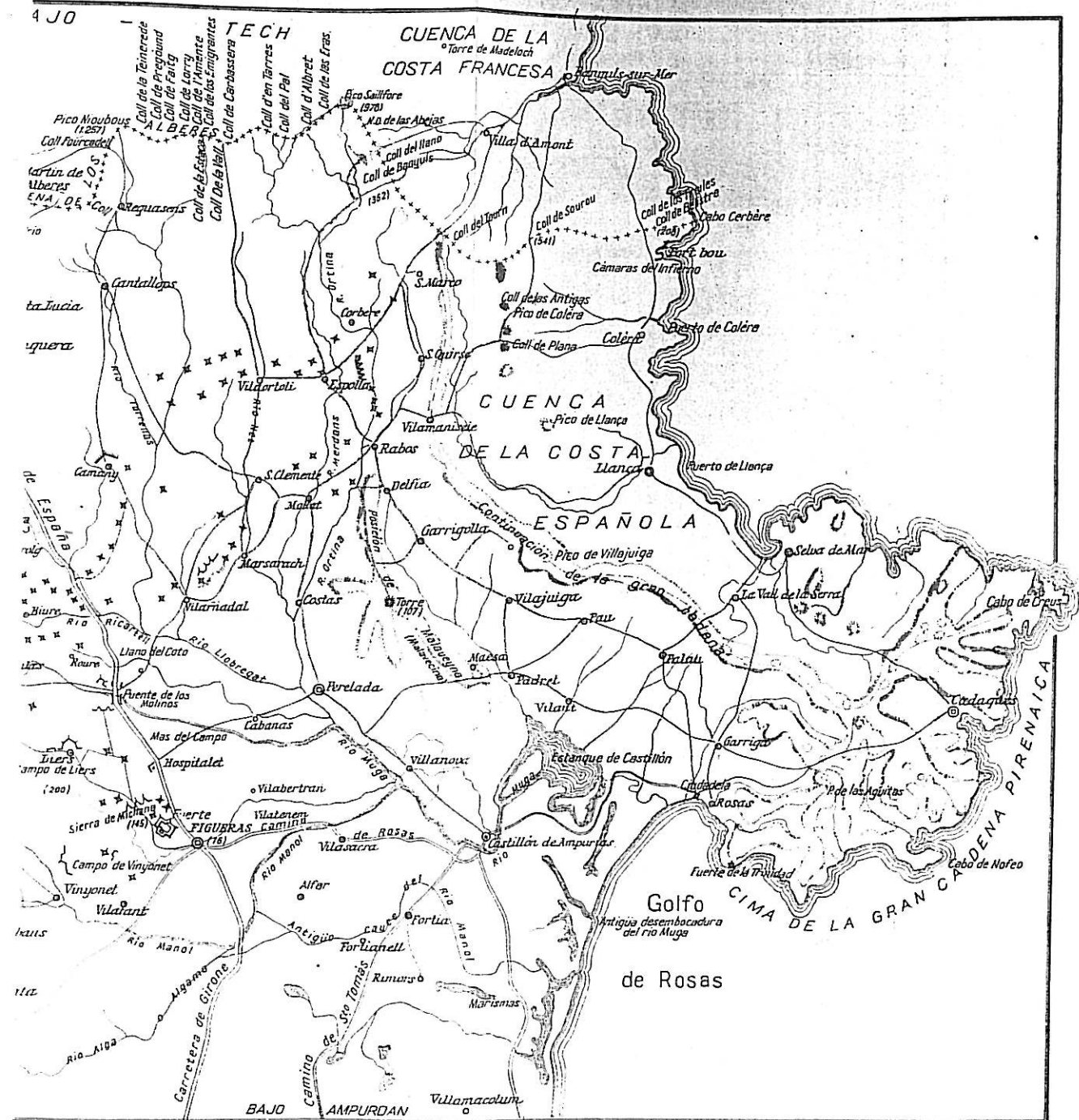
las líneas de Figueras

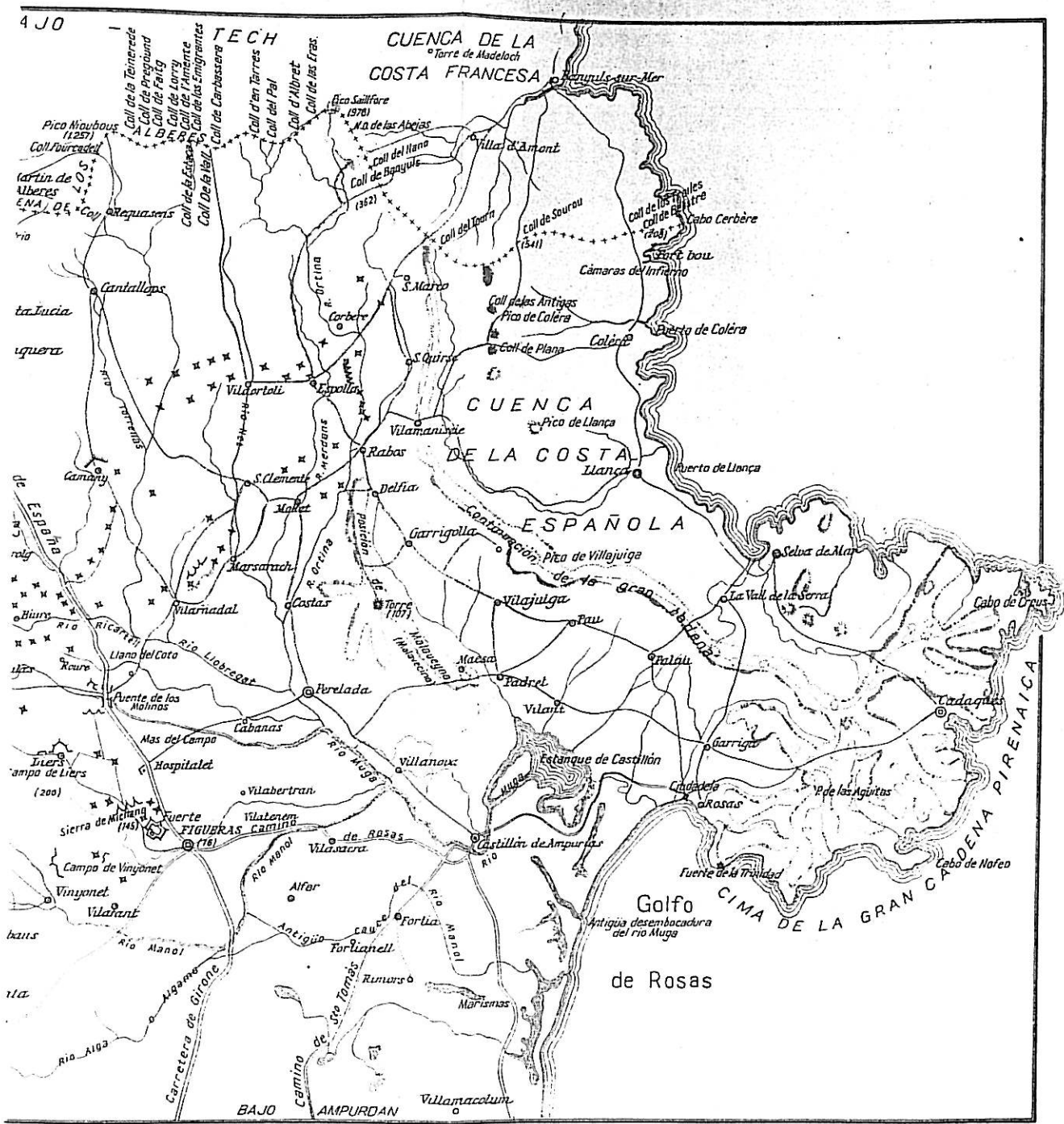


CUENCA DEL MUGA

*Campo de las dos Batallas de
las lineas de Figueras*







¿Qué había ocurrido en la izquierda francesa? Dos horas antes de despuntar el alba, el General Sauret había salido de sus acantonamientos, llevando organizadas sus tropas en la siguiente forma: una vanguardia compuesta de 800 Cazadores a las órdenes del jefe del Batallón Lanusse, y, a continuación, el cuerpo general de tropas fraccionado en tres Brigadas: Guillot, a la derecha; Causse, en el centro, y Motte, a la izquierda. La vanguardia debía cubrir los reductos de Capmany en tanto que las tres Brigadas citadas marchasen sobre Vilaortoli.

No era fácil ni mucho menos la empresa encomendada al General francés que había de atacar de frente, con 4.200 hombres, a una primera línea fortificada con más de diez reductos y defendida por 10.000 combatientes, apoyada sobre otra segunda, llena de atrincheros, no menos bien guarnecidos que los de la primera línea. Llevar a cabo esta acción, aunque pudiera contarse con el apoyo de una división, toda ella en reserva y establecida en una posición vecina, a las órdenes inmediatas del General en Jefe, era, sin duda alguna, una temeridad; pero Sauret, obedeciendo, en cumplimiento estricto de las órdenes que había recibido, no dudó ni por un momento, en atacar las posiciones españolas.

Todo efecto de sorpresa lleva por lo general consigo una causa de éxito. Y así, en principio y por un momento, pudo lograrlo el General de que se trata. Atacados de repente nuestros puestos en plenas tinieblas de la noche, no vacilaron en replegarse con toda presteza. Para alcanzar un éxito completo en tales condiciones, se imponía una acción rápida, resuelta a fondo, y esto es, efectivamente, lo que no pudo conseguir el General atacante, pues su Brigada de la derecha, habiéndose extraviado en el laberinto de los numerosos barrancos que accidentaban todo el terreno, hízole perder un tiempo precioso al tener que esperarla, y no se había casi reunido, cuando al despuntar el día y quedar descubiertas ante las vistas de las seis baterías españolas y ante una masa de infantería que había dispuesto de dos horas para concentrarse y a un millar de caballos aprestados a la carga, los 2.400 hombres de que podía disponer, quedaron expuestos a los fuegos cruzados de las baterías referidas y a la lluvia de proyectiles lanzados por los fusiles de los infantes.

A pesar de todo, el intrépido General francés divisionario, lanzó resueltamente su pequeña columna contra un gran reducto, y únicamente fueron los cañones de Capmany los que, con sus tiros rasantes de escarpa, barriendo filas enteras, no pudieron por menos de obligarle a detenerse y, a continuación, a batirse en retirada. Esta hubo de realizarse en un principio con manifiesto desorden y, tan sólo a conse-

cuencia del fracaso de una carga de la caballería española, los franceses pudieron continuar su retirada con menos precipitación y mejor orden. Nuestra caballería no había conseguido otra cosa que reanimar el espíritu de los republicanos, quienes no vacilaron en hacerla frente con verdadero denuedo y firme resistencia.

Mas de nuevo vinieron a ser detenidos en su avance. Un nuevo combate se había empeñado en torno de Capmany. Veamos lo que aquí había pasado. La división del centro, al mando de Perignon, dándose cuenta de lo difícil de la empresa encomendada a su compañero Sauret, hubo de destacar, en un principio, algunos batallones, y luego, a la Brigada Banel, a la que hubo de seguir el envío de los tiradores de los Generales Martín y Rougé. El Vizconde de Gand, que ocupaba los reductos al N. de Vilaortoli, sin darle importancia alguna a la diversión llevada a cabo sobre Capmany por el ejército enemigo, arrojóse con su brigada sobre Cantallops, a la vecindad del flanco oriental de la capilla de Santa Lucía, en el llamado Camps Ceret, de donde había partido el General Sauret con sus tropas, y que en aquel momento intentaba recuperar en su marcha de retroceso, y en cuyo campo no había dejado más que 900 hombres.

Temiéndose cercado ordenó precipitar su retirada, y todas sus disposiciones hubieran sido inútiles a no mediar un hecho que vino a salvarle. Efectivamente, el Vizconde de Gand se adelantó a sus pasos, y ya llegaba con su columna a Cantallops, envolviendo la retaguardia enemiga, cuando, del lado de Espolla, llegaron los ecos de un combate no muy lejano. Era el General Victor que acababa de apoderarse de dos reductos levantados al N. de esta localidad. Habida cuenta de ello, y habiendo el Vizconde recibido un aviso del Conde de la Unión anunciándole por sí mismo que su izquierda estaba perdida, estimó oportuno detenerse en su intento y retroceder, cuanto antes, a Vilaortoli. Se presentaba una nueva ocasión favorable para la reacción francesa, pero era éste precisamente el momento en el que el General Augerau había recibido la orden de suspender su ataque, orden que, como dijimos, procedía del cuartel general de Dugommier.

El combate en el sector central

¿Qué había pasado en el centro de la línea francesa para que de él partiese una orden tan terminante como inoportuna? Como sabemos, en el sector central, la Montaña Negra en poder de los franceses, era el punto principal, la llave, que dijéramos, del campo de batalla. Gracias a la llegada de diez cañones que desde el Parque de La Junquera habían sido transportados al pie de la montaña, los franceses habían podido armar en la misma noche de la acción los dos asentamientos preparados en la cresta y en el puesto de Montroig, teniendo cada

uno cuatro piezas y disponiendo el puesto citado de dos obuses de ocho pulgadas.

Al propio tiempo, la División Perignon formóse, con arreglo al orden siguiente, en torno de la montaña: La Brigada Banel, en la cresta oriental; la Brigada Martin, en posición dominante sobre Banel, a lo largo de la vía internacional; a la entrada del pequeño valle el Invencible, la artillería volante al mando del General Guillaume; la caballería, mandada por el General Dugua, al flanco izquierdo y a continuación de la artillería; por último, en el valle cuya embocadura estaba defendida por la artillería, la Brigada Rouget.

Para mejor seguir las peripecias del ataque llevado a cabo por las fuerzas a su izquierda, y tener bajo su mano la división de reserva, Dugommier, a las cuatro de la mañana, situóse sobre la Montaña Negra, después de haber pasado la mitad de la noche en Darnius, en una gruta que servía de habitación al General Guillaume. Tan pronto los españoles se dieron cuenta de los trabajos que el enemigo realizaba en la cresta para el asentamiento de sus baterías, comenzaron a cubrir con los proyectiles de sus cañones la Montaña Negra. Distingúase en esta labor, sobre todo, una batería que la víspera del ataque había sido improvisada con sacos terreros, delante del reducto Passamilliaus. La artillería francesa trató de contrabatar estos fuegos mortíferos, pero, no obstante poner en ejecución de los suyos la mayor actividad posible, no logró apagar el fuego de nuestros cañones, que continuaron su labor destructora. En esta ocasión, la superioridad del tiro de nuestra artillería sobre la del enemigo, fué manifiesta. El mismo Fervel confiesa que, los disparos de los suyos, no hicieron otra cosa que *proporcionar a nuestros artilleros, nuevos puntos de mira.*

En lo alto de la Montaña Negra, Dugommier, acompañado de su Estado Mayor y teniendo a su lado al representante Delbrel, contemplaba silenciosamente la inmensa línea de fuego que se extendía a sus pies, y que, remontando por su derecha, venía a perderse en los confines del horizonte. Si las noticias que recibía sobre la suerte cabida a su derecha, no podían ser más favorables, no ocurría lo mismo por lo que a su izquierda se refería, costado en el que las tropas francesas no podían dominar el esfuerzo y la resistencia de los nuestros. Dugommier se mostraba inquieto y, hacia las siete y media, deseoso de tomar algún descanso o reposo, se separó del Representante Delbrel y fué a retirarse a un pequeño cercado situado en el revés interior del pitón culminante de la Montaña Negra. En él sentado, detrás de un muro de piedras vivas, mas sin perder nunca de vista cuanto estaba desarrollándose a su izquierda, apenas acababa de tomar un ligero sustento, cuando hubo de apercibirse de que, el movimiento de la división de este costado, se detenía totalmente. Sin duda alguna, era ocasión de volar en su socorro. El General se levantó rápidamente, pero apenas había dado un paso, cuando un proyectil de artillería que había rebotado al dar contra la cresta, vino a hacerle blanco, destrozándole el hombro derecho y el pe-

cho (1) matando asimismo al Jefe de Batallón del Cuerpo de Ingenieros, Villemontès (2)

Confiesa la propia información francesa que este «*acoup de foudre*», o de otro modo, que esta gran desgracia sobrevenida repentinamente en tales momentos podía haber tenido para el ejército de la República las terribles consecuencias de la caída de un rayo, pero, por suerte suya, no fué así. Acudió rápidamente Delbrel, el Representante de la Convención, y con una sangre fría admirable, levantando un pobre mulato que se había desvanecido cayendo sobre el cuerpo de su dueño : «¡ Ciudadanos —exclamó— mostrando la pálida y bella figura del General Dugommier todavía animada por sus grandes ojos abiertos y ya impresa de esa dulce y fugitiva serenidad que reemplaza, por un instante, al soplo de la vida en la faz de las víctimas de un impacto instantáneamente mortal— Dugommier ha muerto en el campo del honor, reclama vengadores y no lágrimas... Valor Republicanos ! ¡ Nosotros tenemos que vengar al General y que servir a la República... Dugommier ha muerto ! ¡ Viva la República ! Este grito es repetido por todos los testigos de esta escena desgarradora ahogando sus sollozos y cada uno corre a recuperar su puesto, en tanto que el Representante escribe apresuradamente un decreto que confiere a Perignon el mando del ejército, y que al momento vuela a su destino». No hemos querido privar a nuestros lectores de este párrafo brillante del historiador militar francés tantas veces citado y comentado por nosotros.

Y a fe que Perignon se mostró digno del mando supremo que se le confería. Tan pronto recibió la orden de referencia (serían las ocho) cuando, sin pérdida de tiempo, mandó atacar los reductos de Capmany con el propósito de lograr que la división Saurat, que continuaba su retroceso, volviera sobre sus pasos; pero, dándose bien pronto cuenta de que este General estaba en situación incapaz de reanudar la ofensi-

(1) Expone el Príncipe de la Paz en sus Memorias que, la muerte de Dugommier, no fué hija del acaso, sino consecuencia de la certera puntería de un artillero experto. Según sus referencias el General español de artillería de la Torre, que visitaba la batería llamada Passamillaus por su proximidad a un reducto vecino así llamado y que había sido improvisada en la noche anterior, queriendo comprobar su alcance y habiéndose dado cuenta que en la punta oriental de la Montaña Negra había un grupo brillante, lo hizo notar así al Comandante que mandaba la batería y que llevaba fama de ser un diestro apuntador. La consecuencia no se hizo esperar, colocó la pieza en disposición de hacer fuego fijando su línea de mira con el grupo citado, que no era otro como puede comprenderse que el constituido por Dugommier y su Estado Mayor, y realizando el disparo a los pocos instantes hubo de caer como se ha dicho. Pero hecho semejante no puede ser admitido desde el momento en que, como hemos descrito, el General Dugommier no figuraba precisamente en tal grupo, y no parece, por lo tanto, que pudiera ser visto por nuestros artilleros de una manera tan señalada.

(2) El Jefe de Batallón, Villemontès, que hubo de caer víctima del mismo proyectil que mató a Dugommier, había sido hecho prisionero el año 1793, cuando la toma de Collioure por los españoles y en cuya defensa se había distinguido por su energía. Acababa de recobrar su libertad y había recogido de su estancia en la Península notas muy interesantes acerca del ejército español, las plazas fuertes, la enfermería, la política y los recursos de esta Nación. Fervel, que nos proporciona estos datos biográficos declara que tales documentos, que califica de preciosos y que entonces eran poco frecuentes, fueron a los suyos de gran utilidad y señala que da cuenta de todo esto para hacer constar y honrar, como es de justicia, los servicios que hasta un prisionero puede prestar a su país cuando posee el valor y el talento de utilizar de tal modo el tiempo de su cautividad.

va, envíale, así como a Victor que también retrocedía, nuevos recursos que puedan proteger su retirada y, en su deseo de dar armonía a la obra que se impone realizar, transmite a Augereau la orden terminante de hacer algo.

Julio crítico de la operación reseñada

Sometiendo a un juicio crítico la batalla que acabamos de describir como lo hemos hecho con otras semejantes, habremos de convenir en que «el plan de Dugommier —según expone el General Gómez de Arteche, muy meditado en tanto tiempo como había tenido para discutirlo, era hábil pues que se dirigía a aprovecharse de la absurda extensión que había dado a la línea de los españoles, su General en Jefe». No hemos de repetir aquí los defectos presentados por el sistema general de fortificación establecido por nuestro alto mando y del que dimos cuenta en páginas anteriores. La profusión de obras de todas clases, incluso, en muchos puntos, su misma distribución o emplazamiento, las hacía insuficientes o acaso, inútiles. Recordemos la frase de Fervel «de que nunca, como en aquella ocasión, se había hecho un abuso más ridículo de la fortificación en campaña» y no resulta excesiva esta calificación del historiador francés, si tenemos en cuenta que el General Morla nos advierte cómo, cuando salido de una segunda enfermedad, padecida durante la guerra de referencia, llevó a cabo la inspección del frente «vió que en todas las baterías, se habían hecho grandes repuestos de cartuchos (principal objeto del General), todo de mampostería y con tejados regulares de modo que, con una sola granada que cayese en uno de ellos, arruinaría todo el puesto». Según sus propias declaraciones, al entrevistarse con su General «hízole ver las futuras consecuencias de este absurdo que no podía permitir». Y, cuando nos dá informe sobre su reconocimiento a las posiciones, para prevenir los acontecimientos que habían de seguirse a la acción del día 17, indica, con referencia al sector correspondiente a las baterías de las Escaulas, que, la multitud de puestos y baterías de aquel costado, estaban dispersos sin ninguna unión, y entrecortados por valles, cañadas y arroyos tortuosos e indefensos, por cuya razón dispuso que, se avanzase la batería de las Vigas y otras providencias por el estilo».

Opinión del General Morla

Según Morla, testigo de mayor excepción, dado su importante cargo en el ejército; «no podía darse prurito como el que tenía el Conde de la Unión para ocupar picachos y alturas, poniendo artillería en lo más elevados de ellas. Hízole presente a éste: «lo perjudicial de tantos puestos, todos indefensos para un ataque vigoroso, sino también lo inútil de la artillería en los picachos, pues no podía bajar la munición contra los que atacasen, pero todas sus instancias fueron inútiles; una sola batería que pudo conseguir se pusiese en el llano entre Pont de Molins

Ingenie-

loudren»,
amente
Repúbli-
or suerte
te de la
n pobre
dueño :
del Ge-
tos y ya
por un
acto ins-
el honor,
Nosotros
Dugom-
or todos
s y cada
e escribe
del ejér-
lo privar
r militar

que se le
as ocho)
Capmany
nuaba su
o cuenta
la ofensi-

Dugommier,
ro experto.
a la batería
que había
hablándose
brillante, lo
ser un des-
ción de ha-
como puede
ando el dis-
nte no pue-
Dugommier
ra ser visto

no proyectil
la toma de
rgía. Acaba-
notas muy
olítica y los
declara que
ates, fueron
r constar y
r a su país
tividad.

y Masarach para cerrarlo y proteger la caballería, la mandó suspender y abandonar a medio construir, abochornándolo así ante todo el ejército».

**Consideraciones sobre la situación de
nuestro ejército ante el desarrollo del
combate**

La falta de posesión de la Montaña Negra ofrecía, desde luego, un inconveniente grande para la seguridad de nuestra primera línea defensiva, aunque, como sabemos, las fortificaciones vecinas a esta posición y a la carretera internacional venían a representar sin duda alguna, el modelo acabado de las obras de su clase por su mayor resistencia y más perfecta construcción. La principal seguridad de nuestro frente estaba, por lo tanto, establecida en estos sectores, central y occidental, del mismo.

Nuestra situación no era, por lo tanto, desfavorable, aun sin contar con la superioridad numérica de que quiere hacernos partícipes la información de Fervel, pues, es ocasión de recordar aquí que, como vimos aseguraba Jomini, «esa superioridad numérica estaba del lado de los franceses teniendo nosotros, en cambio, de nuestra parte la ventaja de la posición y con ella los resortes del arte», circunstancias todas ellas que, a su juicio, hacían arriesgada la empresa de un ataque francés a toda nuestra línea.

Mucho hubiera, podido por consiguiente, realizar nuestro ejército, de hacer contado con una dirección más acertada y con una disciplina y espíritu militar más perfectos.

Un plan de Dugommier

«El plan de Dugommier, muy meditado en tanto tiempo como había tenido para discurrirlo, afirma Gómez de Arteche, era hábil pues, que se dirigía a aprovecharse de la absurda extensión que había dado a las líneas de los españoles su General en Jefe». Y si damos como bueno que, según lo dá a entender Fervel, el plan de Dugommier era el de atacar el frente español por ambas alas, y conquistar en un primer intento, lo que él llamaba, la primera línea, es decir, sus obras más avanzadas, habremos de convenir en que, el orden general de ataque y la distribución dada a sus tropas y misión señalada a las mismas, eran los más apropiado según las circunstancias del momento.

Del desarrollo de la batalla, según queda expuesto, se comprueba de modo claro que el General Augereau, encargado del ataque más importante, hubo de proceder con toda la energía y el acierto que la empresa requería. Comprendió perfectamente cómo su misión imponía una actividad incesante, un efecto de sorpresa, una presión continuada sobre el enemigo, y así hubo de realizarlo; y en cuanto a la columna de Davin, su marcha a través de las montañas, en un largo recorrido, sal-

vando las alturas del Coll de Orts y siguiendo por la divisoria que domina la orilla izquierda del Muga, pasando por nuestra Señora del Fau, Carbonils a la Capilla de San Jorge para caer luego sobre San Lorenzo de la Muga, le hacen digno de la mayor estimación.

No fué tan afortunado como Augereau, su compañero Sauret, pues, desde el primer momento, su avance, contra la línea española no tomó un giro tan favorable y, otro tanto pudiéramos decir, de las tropas del centro francés que, aunque colocadas bajo el mando de Perignon y teniendo presente a Dugommier, no pudieron realizar nada importante. Por lo que a nuestro ejército respecta, afirma Morla, que, «la izquierda se perdió, *no bien defendida*, llevándose más de dos mil prisioneros y hasta siete baterías». No fué así con el centro y la derecha pues, como él mismo declara: «Capmany resistió el primer ataque con vigor haciendo perder mucha gente a los enemigos. Rechazados éstos, era ya de día —sigue diciendo—, pero no se veía ningún movimiento por la derecha ni venir tropas nuestras, lo que, y la ausencia del General inquietaba mucho al Cuartel Maestre; salió el sol, hicieron los enemigos su segundo ataque contra Capmany del cual fueron igualmente rechazados, pero ni las tropas de la derecha venían ni llegaba el General. A las nueve de la mañana empezó el tercer ataque de Capmany los enemigos quisieron sostenerlo haciendo adelantar una columna por el camino real contra una batería volante que habíamos adelantado junto al puente del río Llobregat; un batallón enviado de refuerzo, y el fuego de nuestras baterías, la rechazó; a este tiempo un Ayudante del General vino a llamar al Cuartel Maestre para que fuese a verlo a la batería del Roure, punto más atrás y distante de la acción. Fué a ella y lo halló consternado por la pérdida de la Salud o izquierda nuestra, pero procuró animarle haciéndole ver que no era de *entidad* aquel punto y que la lástima era no hubiese venido con las tropas de nuestra derecha para derrotar al enemigo, que Capmany resistía y rechazaría cuantos ataques hiciesen los franceses porque las tropas están muy animadas y confiadas. El General respondió, había escrito que si no recelaban los enemigos por la derecha, envíasen algunos batallones a Capmany. El Cuartel Maestre le expuso que era necesario el todo y que la orden hubiese sido absoluta y no condicional».

Actuación de las tropas portuguesas

Pero si como afirmaba el mismo Morla la izquierda nuestra no había sido bien defendida, es de justicia reconocer que no fué todo debido a la falta de valor o a la indisciplina. Claudio de Chavy, en su obra citada asegura que: «nosotros, los portugueses, combatimos en este grave conflicto con más honra que fortuna». Efectivamente en este sector de nuestro frente estaban situadas parte de las fuerzas portuguesas: «El Regimiento 1.º de Olivenza, 1.º de Porto, 2.º del mismo y el de Peniche se encontraban colocados en el campo de Nuestra Señora de la Salud,

juntamente con los Guardias Walonas, Suizos y algunas tropas irregulares, guarneciendo varios puntos situados al extremo izquierda de la primera línea española. Así se encontraban en sus puestos, cuando el grueso de las tropas españolas emprenden la retirada y los franceses les comienzan a agredir por la retaguardia. Recibieron en último extremo orden para abandonar sus posiciones, y con mucha dificultad, y alguna pérdida de muertos y heridos, ejecutaron una marcha retrógrada los tres Regimientos citados, dirigidos con acierto y valor por el Mariscal don José Correia de Sá.»

«De estos Regimientos fué el más seriamente castigado por el fuego enemigo, el de Peniche, por el arrojó de su Comandante, que lo era entonces, el Teniente Coronel, Bernardino Freire, el cual, con algunas compañías y con el mayor denuedo, atacó a los franceses ya establecidos en la altura de la Magdalena. La resolución benemérita del intrépido Oficial, fué, no obstante, infructuosa. Las fuerzas enemigas, mucho más numerosas y bien colocadas, recibieronlas con un abundante y mortífero fuego; tuvo que desistir de la empresa con pérdida de algunos oficiales y soldados heridos, muertos y contusos comprendidos entre los primeros el Capitán José Leandro, el Teniente Francisco de Paula y el Alférez Francisco Tinoco; perdiendo la vida, herido de bala, el Capitán José Enríques; el mismo Teniente Coronel, selló por así decirlo, aquel testimonio de su valentía con la sangre de una honrosa herida recibida en el brazo izquierdo».

«La mayor desventura estaba reservada para el Primer Regimiento de Porto; mandábalo el valiente Ernesto Federico de Werna y como se encontrase en la extrema izquierda de la línea, todavía se veía en lucha con el enemigo, cuando a causa de la retirada, vino a quedar a mayor distancia de las tropas. En estas circunstancias, recibe orden para avanzar sobre la izquierda de su frente, con la misión de acudir en socorro de un Batallón del Regimiento español mandado por el Duque de Mahón. Arrostrando valientemente las dificultades de situación tan crítica, cumple honradamente la orden recibida y marcha en socorro de sus compañeros; aumentan las fuerzas enemigas y cercado de improviso por cuatro columnas que le presionan e intiman para rendirse, responde con una tentativa audaz para abrirse paso por entre las masas que le rodean; éstas, compactas, ofrecían la resistencia de murallas animadas, erizadas de bayonetas, de donde partían profusamente las balas que sembraban la muerte.»

«Nuestro valiente Regimiento estaba perdido. Iba a ser hecho prisionero; la sentencia dictada en lo alto no tenía apelación; mas, repugnaba a aquellos valientes, la idea de rendirse, como cosa impropia de sus ánimos valerosos. El impávido Comandante, reconociendo lo irremediable de la situación, pero animado por los bríos de un verdadero soldado, sin que le importe agravar los peligros inevitables acarreados por el rencor del enemigo contrariado ante una tenaz resistencia, propone a su Regimiento la defensa hasta el último extremo, velando así-

por el honor de sus banderas: ¡Un grito de asentimiento unánime y entusiasta parte de todas las filas y el primer Regimiento de Porto, formando el cuadro, rompe un fuego terrible por todos sus frentes!»

«Ni un solo cartucho existía ya en las cartucheras de aquellos beneméritos, las filas estaban deshechas por la muerte y por la pérdida de tantos sus heridas habían puesto fuera de combate, cuando como prisioneros de guerra obtuvieron de los franceses el reconocimiento de su noble y valeroso comportamiento en situación tan desgraciada.»

«Igual suerte cupo al Batallón Español del Duque de Mahón después de haberse también distinguido por una laudable resistencia. El Regimiento de Cascaes y el de Freire de Andrade, que en posiciones más próximas al centro de la línea española estaban mandados por el Mariscal de Campo don Francisco Xavier de Noronha, recibían orden para retirarse, por cuya razón fueron menos perseguidos, sin que dejaran de experimentar algunas pérdidas...»

Confiesa esta información lusitana que las tiendas de campaña y los bagajes de sus Regimientos y los de las tropas españolas quedaron en poder de los franceses, y del mismo modo fueron abandonadas más de veinte piezas de artillería, con sus respectivos carros de municiones, entre ellas algunos cañones portugueses y un obús que, colocado en el sitio de la Muga, y mandado por el Oficial del Regimiento de Valencia, Francisco Barreto, contribuyó a la briosa resistencia por él realizada en este puesto, aunque no pudo evitar el ser hecho prisionero con un Sargento y dos Cabos.

Según el testimonio portugués (Claudio de Chavy), en la derecha y en el centro los españoles peleaban felizmente

Mas como continúa relatando y comentando Claudio de Chavy, si en nuestra izquierda las cosas llevaban este camino, en la derecha y en el centro peleaban los españoles felizmente. En el centro fueron repelidos con mucha valentía los intrépidos ataques de los franceses; en la derecha, atacando a los agresores con denonado arrojó, no fueron menos venturosos que en el centro; Taranco pudo contenerlo firmemente, y el Vizconde de Gand llegó a perseguirlos hasta el campo de Cantallops. Ahora bien, este mismo historiador tiene que confesar que todos estos acontecimientos, aún gloriosos para las armas españolas, no pudieron compensar, ni tampoco evitar, las consecuencias funestas acarreadas por la pérdida y los desastres de la izquierda.

Julio crítico de Fervel.—Situación del ejército español, nada favorable

Fervel, resumiendo los resultados de la jornada del día 17, comenta que, «ellos llevaron a una situación incompleta pero no dudosa, dado que la izquierda de los españoles, según propia confesión de su jefe,

estaba perdida irremisiblemente y, por ello, habíamos tomado a retaguardia todas sus líneas. El propio fracaso de nuestra izquierda, más bien esclarecía que alteraba nuestra situación»... Aunque en este juicio crítico del historiador francés pueda reconocerse aquella imaginación exuberante que tiende, si no a mixtificar por lo menos a desvalorizar los hechos, según se estime conveniente, no deja de responder a la verdad, pues sin duda alguna, nuestra situación no era nada favorable, y requería, para afrontarla ventajosamente, el desarrollo de esfuerzos poderosos. Se dice que el Conde de la Unión, al ver el desenlace de esta batalla, exclamó: *Mi izquierda está perdida, pero mi derecha y mi centro se han cubierto de gloria.*

Algunas indicaciones sobre la muerte del General Dugommier

Pero antes de terminar este capítulo, nos creemos en el caso de hacer una indicación a nuestros lectores. Del relato que hemos hecho de la primera batalla de las líneas de Figueras se deduce claramente que la acción se desarrolló, como hemos visto, el 17 de noviembre, y que fué en la mañana de dicho día cuando hubo de perecer el General Dugommier. Nuestra versión concuerda en un todo con la del General Gómez de Arteche, con la de Fervel, con la de Jomini; mas tanto Claudio de Chavy como el bien documentado historiador Conde de Clonard, desenvuelven la jornada que nos ocupa en otras dos, y el último de los citados, al exponer que renovóse la acción del día 17 al declinar el día 18, da cuenta de la citada pérdida del General francés, asegurando que «esta pérdida, lejos de abatir, excitó en los suyos el auge de furor extremado». Mas si hemos de considerar a la información oficial española como la definitiva ésta no puede ser más clara y terminante:

Según la Gaceta de Madrid, del 2 de diciembre, el Marqués de las Amarillas, en 21 del mes anterior, participaba, desde Gerona, de que el ataque general dado el día 17 con los enemigos a todos los puestos de la línea del ejército había sido con mala suerte en la derecha y centro, de donde fueron rechazados con mucha pérdida en el combate «que fué uno de los más obstinados que se pueden ver, particularmente por los puntos que mandaban los Mariscales de Campo don Valentín de Belvis, don Domingo Izquierdo y don Antonio Cornel, pero fueron tan dichosos en la izquierda que se apoderaron de todos sus puntos. Por consecuencia precisa quedó débil la línea de esta parte, porque la nueva posición que se dió a sus tropas no cubría suficientemente el flanco izquierdo del centro. Apoderados los enemigos de los puestos que habían ganado, repitieron sus ataques por la parte débil, ayer al amanecer, con falsa llamada en la derecha y centro, y vigorosísimo por aquélla. Se apoderaron de una de las baterías que se creían más inexpugnables, y, seguidamente, fueron tomando las de retaguardia, a donde llegaba el

General en Jefe, que animando a la tropa, en vano se vió en la precisión de seguirle en su retirada, en la que recibió un balazo de fusil que le atravesó el pecho y quedó muerto en el campo de batalla.»

De esta manera daba cuenta nuestra información oficial de la batalla iniciada en la madrugada del día 20 y de la muerte de nuestro General en Jefe de que habremos de dar cuenta, con todo detalle, al tratar de la misma. Y con referencia a este hecho la Gaceta de Madrid exponía en una nota, que: «Para cerciorarse Amarillas si Unión era muerto, o prisionero, escribió al General francés, quien le ha contestado que junto a la Ermita del Roure le hallaron muerto, y atravesado de dos balas de fusil; cuya contestación dada por Perignon, que se firma General en Jefe, le confirma la muerte del General Dugommier, acaecida el 17 en el ataque contra las baterías del centro, de donde fueron rechazados con mucha pérdida». Hemos de aceptar, por consiguiente, el dato de que la muerte del General en Jefe del ejército francés hubo de ocurrir en el día que se cita, aunque también Luis de Marçillac sea de los historiadores que señalan el día 18, como el propio del suceso.



CAPITULO XXII

Perignon, General en Jefe del ejército francés de los Pirineos Orientales. Preparativos para una nueva batalla. Iniciación de la misma. Ataque de la derecha francesa contra la izquierda española. Ataque central. Retirada del ejército español a Gerona

**Nombramiento del General Perignon
para el mando superior del ejército In-
vasor**



El General Perignon, según sabemos, había sido nombrado General en Jefe por disposición del Representante Delbrell, no ignoramos tampoco cuál fué su comportamiento hasta el final de la jornada del día 17. Con la osadía que da la ignorancia e inexperience de las cosas, dicho Representante se apresuró a insistir sobre el General francés para que no dejase tiempo a los españoles a rehacerse, pero Perignon conocedor de su oficio y con el sentido de la responsabilidad que da el mando, juzgó que le era necesario algunos días para ponerse al corriente de su nuevo empleo y del verdadero estado general de las cosas y de las circunstancias, y solicitando el correspondiente plazo le fué concedido éste por cuarenta y ocho horas.

Como era de rigor fué su primer cuidado reconocer las posiciones ocupadas por nuestro ejército y empleó la jornada del día 28 Brumario (18 de noviembre) en tal misión comenzando por el ala izquierda. De este reconocimiento pudo adquirir la convicción de que Courten, al abrigo de los atrincheramientos de Llers, no se había movido de los mismos no habiendo cambiado en nada su situación salvo un refuerzo de mil doscientos a mil trescientos hombres que se le había enviado desde Figueras para compensar en parte sus pérdidas del día 17. En el centro de nuestras líneas la inmovilidad era completa. En cuanto a la derecha todo se había reducido a trasladar de la segunda a la primera línea cuatrocientos hombres, y de concentrar el mando de todas las fuerzas de este sector en el General Vives, que tanto se había distinguido por su conducta en el citado día, y por la que había observado anteriormente en la retirada del Boulou. Nada más merecida que su brillante reputación.

**Consejo de Guerra en La Junquera.
Acuerdo tomado.— Plan de ataque**

No era, por lo tanto, muy difícil la ejecución de la nueva empresa encomendada al General Perignon. Y, ante la paralización y quietud de nuestras tropas, creyóse en el campo francés haber llegado la hora de celebrarse un consejo de guerra en La Junquera. Fué, efectivamente, con-

vocado para el día 29. Fervel nos informa que en este consejo, a la pregunta: ¿Es preciso marchar hacia delante? Tan sólo hubo una respuesta general: ¡Sí! Idéntica unanimidad respecto al carácter de la marcha que había que seguir dado que, tanto el éxito de Augereau como el fracaso de Sauret, no permitían más dudas ni recursos a medias, siendo cierto que la izquierda de los españoles, es decir, el frente Llers, Roure, Pont de Molins era el que había que abordar francamente con la masa de las fuerzas del ejército de la Revolución.

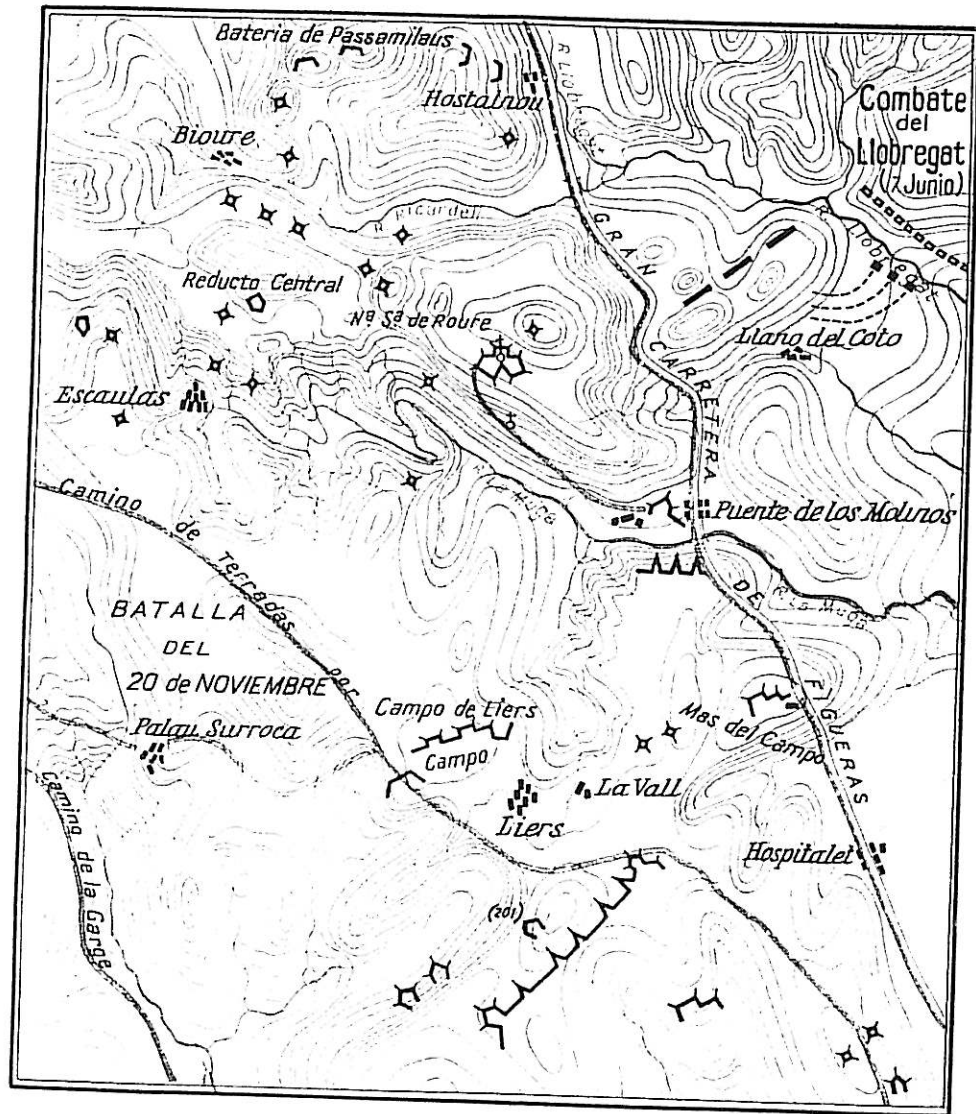
Ante situación semejante se imponía la concepción de un plan llevado a cabo con toda la energía posible y como quiera que el gran reducto de la meseta de Roure, era la llave de este sector del campo de batalla, todo tenía que estar subordinado a la posesión de elemento tan importante. Y al efecto, Augereau se trasladaría a este punto capital atravesando la montaña de Escaulas, y para facilitar el movimiento decisivo, dos brigadas del centro barrerían las dos orillas del Ricardell, en tanto que una tercera mantendría en respeto a los reductos de Capmany. La izquierda francesa se mantendría a la defensiva y había de buscar únicamente el llamar de este lado la atención de nuestras tropas hasta la caída de Roure, que sería para los franceses la señal de la victoria y el momento de llevar a cabo una persecución sin descanso.

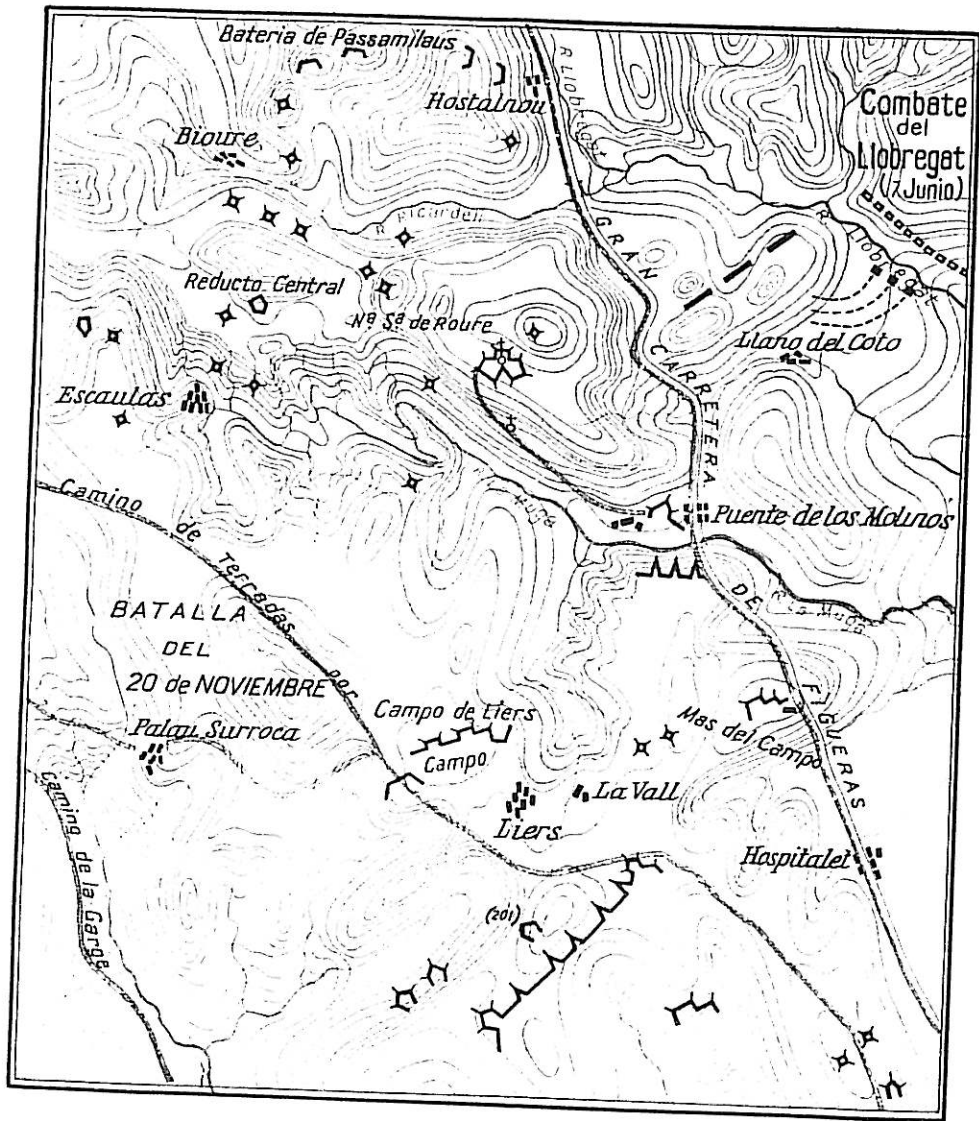
**Disposiciones dadas para el ataque.
Distribución de las fuerzas francesas.**

Hubo que proceder, por lo tanto, en el campo francés a la ejecución del plan que se ha expuesto. Augereau recibió un refuerzo de dos mil setecientos infantes, destacados de la guarnición de la Roca Blanca, en la que habían establecido sus tropas los Generales Chabert y Guillot, en la jornada del día 27. Disponía de este modo el General en Jefe de la derecha francesa de unos once mil cuatrocientos cuarenta y dos hombres. Con tal contingente el orden de combate fué el siguiente: Cuatro columnas realizarían la acción ofensiva, en tanto que una quinta se mantendría en reserva. La primera, o sea, la de vanguardia, quedaba formada por cuatro Batallones de Cazadores y el de los Vengeurs, con un total de dos mil cuarenta y nueve combatientes, a las órdenes del General Bon. A retaguardia marcharía el General Guillot con mil ochocientos catorce hombres, de ellos, quinientos ochenta constituyendo el segundo Batallón de Granaderos, a la cabeza, y en misión general de apoyar el avance y el ataque de la vanguardia. A retaguardia de estas tropas, marcharía Guieux, que, con tres mil doscientos cincuenta y siete bayonetas, había de ocupar las posiciones que fueran conquistando las dos primeras columnas y abandonando después para proseguir su marcha. A la altura de la columna de Guillot, debía avanzar la cuarta columna al mando del General Chabert, compuesta de mil novecientos ochenta soldados de línea, de los cuales, cuatrocientos ochenta eran Cazadores (9.º de la Drôme).

la
ps-
la
10
as,
rs,
on
le-
e
de
an
al
le-
en
y.
ar
ta
ia

u-
os
a,
i-
en
y
n-
ia
a,
n-
as
ot
s-
n
ia
r-
r-
e-
ir
il
1-





En cuanto a la división que había mandado Perignon que, como recordaremos, era la central, de su mando fué encargado el General Beaufort. Contaba este General con seis mil ciento veinte combatientes agrupados al pie del reducto el Invencible; dos mil cuatrocientos veinte a las órdenes de Rouget y dos mil ciento treinta y tres a las de Banel, con misión de desembocar por Viure, para marchar, luego, a lo largo de las dos orillas del Ricardell. La Brigada Martin con mil quinientos sesenta y siete hombres, apostada en la cresta oriental de la Montaña Negra, había de, en un principio, contener toda reacción ofensiva española, y llegado el momento, atacar al reducto de Capmany.

La División Sauret quedó reducida a dos Brigadas mandadas por los Generales Causse y Motte. La primera con mil novecientos diez y nueve hombres y la segunda con mil quinientos veintitrés. Causse a la derecha y el segundo a la izquierda. Por último la Brigada Victor, continuaría vigilando el Coll de Banyuls con encargo de apoyar a Sauret, y conservando las dos mil trescientas seis bayonetas que, desde un principio, la constituían.

Obstinación del Conde de la Unión en permanecer en la actitud observada

Conjunto de tales elementos y medios de acción, cuadro general de organización y efectivos de tropa dispuestas a la lucha, permiten al historiador militar francés antes citado, expresarse en los siguientes y satisfactorios términos: «De este modo nosotros teníamos veintitrés mil trescientos diez combatientes en primera línea y diez mil ochocientos veintiuno en segunda encargados de la guardia de nuestros campos. Nuestro efectivo, como el del enemigo, había variado poco después de la antevíspera, ¡pero qué cambio y qué notable contraste en el estado moral de los dos partidos! En los españoles no existía otra cosa que siniestros presagios, apatía en los consejos, confusión en las decisiones. Su Jefe de Estado Mayor, don Tomás de Morla, llamado siempre en las grandes crisis a prestar consejos que nunca fueron seguidos, proponía, como cuando la retirada del Boulou, evacuar los atrincheramientos, levantar la confianza de las tropas ante el aspecto de sus fuerzas reunidas y de arrojar en masa sobre nuestro punto débil, o sea, sobre nuestra izquierda. ¡Pero cómo iba el Conde de la Unión, al día siguiente de una derrota y bajo las advertencias de un subalterno a abjurar de los errores a los que venía aferrado desde hacía seis meses! Obstinóse, por lo tanto, en no modificar las posiciones en que había quedado tras el revés del día 17 y esperó la tormenta con una impasibilidad que semejava a la desesperación. Nuestros soldados por el contrario no abrigaban duda alguna, sobre el resultado de la jornada que se preparaba. No obstante la alegría que de ordinario dejábase estallar en la víspera de una batalla, esta vez había dado lugar a una preocupación muda y sombría, y en lugar de los habituales cantos de alegría, con los cuales buscaban

engañar sus largas horas de espera, escuchábase circular en su vivac estas únicas palabras pronunciadas con voz breve y sorda: ¡ *Guerra a muerte!* ¡ *Nada de cuartel!* »

Testimonio de Morla.—Conducta observada por el General en Jefe español

La versión que nos ofrece don Tomás de Morla en el manuscrito que ya conocemos, confirma lo expuesto por Fervel. Según su testimonio y según podemos verlo en el Apéndice número 10: «Terminada la acción por todas partes, se retiró el General, del Roure ya caído el sol y fué a Figueras con su séquito, dejando, por toda disposición, la providencia de que se reforzasen las tropas de la izquierda que se habían retirado a Llers, punto que entonces le pareció de la mayor importancia. El General de la derecha *representó* que, disminuyéndose así sus tropas se exponía aquel costado, que más valía abandonarlo, pero se le respondió que no le pedían consejos».

«A las nueve de la noche envió el General a llamar al Cuartel Maestre, éste le halló en cama y le dijo; me hallo muy incomodado de mis achaques y además confuso y perplejo sobre el partido que debo tomar. No estoy para recorrer, vaya usted mañana temprano a la línea y haga las instrucciones que crea convenientes, pues me pongo en sus manos. El Cuartel Maestre procuró tranquilizarlo y se fué, al amanecer, a la izquierda del centro, que era costado de este flanco (perdido la Salud y Escaulas), el único pasaje por donde recelaba que los enemigos atacasen de nuevo; allí observó que éstos se manifestaban en crecido número por aquella parte y que el costado estaba indefenso, tanto por las pocas tropas que en él había como porque, habiéndose apoderado los enemigos de las baterías de las Escaulas, casi rodeaban el punto más avanzado nuestro, que era la altura de Arcas, y también batían, con ventaja, las del Viento y de Gibraltar; la multitud de puestos y baterías de aquel costado estaban dispersos sin ninguna unión, y entrecortados por valles, cañadas y arroyos tortuosos e indefensos. En vista de todo, dispuso que se avanzase la batería de las Vigas a descubrir la Vega; que se pusiesen baterías en la cañada de la derecha e izquierda de Gibraltar, que se trabajase en cortar estas cañadas y, en fin, que se reforzasen con muchas tropas de Llers o Espolla estos puestos; previno, no obstante, que nada se hiciese hasta que un ayudante suyo volviese a avisar. Llegó a Figueras cuando el General acababa de comer, y habiéndole empezado a hablar acerca de lo que había dispuesto le respondió que había tiempo y que lo vería antes, mandándole que le siguiese a su gabinete, en donde halló al Brigadier don José Perlaca, al Coronel don Juan Hogán y al emigrado Conde de Campaña. En esta Junta se trató de poner un puesto fuerte en Lladó, que debían mandar los dos primeros oficiales, y que fuese de tres o cuatro Batallones y dos Regimientos de Caballería. El punto estaba ya decidido, sólo se trataba de au-

mentar o no los puestos establecidos, antes que los enemigos hubiesen abandonado la Muga, y de poner algunos más; el Cuartel Maestre se opuso a tal destacamento, pero no se le escuchó, ni él insistió, por esperar quedarse sólo con el General; luego que lo estuvo, le hizo presente que se estaba en gran riesgo de ser atacado y derrotado, por la izquierda del centro; que el enemigo no dejaría de intentar un nuevo ataque, que sería por aquella parte indefensa; que su objeto no sería jamás el hacer correrías en aquella estación, y que, por lo tanto, de ninguna manera se debían de enviar tropas a Lladó, sino, por el contrario, llevar todas las de Llers al Viento, Gibraltar, Las Vigas y el Roure; que esta providencia era urgente, porque, al día siguiente, podíamos ser atacados y derrotados por aquella parte; propúsole en seguida que el recurso más útil y militar que en aquellas circunstancias había de tomarse, era reunir, en las dos lomas expresadas arriba, todo el ejército, abandonando en una noche todos los puestos de derecha e izquierda, dar al amanecer una acción decisiva, cuyo éxito sería ventajoso, porque los enemigos se habían cargado a la derecha, y nosotros les atacaríamos por su izquierda y centro, y les cortaríamos desde luego, el paso del camino real y de Coll de Portell, y que, aún cuando fuésemos rechazados, nos retiraríamos sin perder artillería, equipajes ni campamentos, a la fuerte y segura posición primitiva, bajo los fuegos de S. Fernando. El General respondió: El último pensamiento me agrada y me llena, pero, si perdemos la acción, ¿qué dirá de mí la Corte y la Nación? ¿Qué dirá —contestó el Cuartel Maestre—, si nos derrotan, como es probable, y lo perdemos todo por estar en inacción? Hagamos lo que debemos y dejemos de hablar. No puedo responder dijo el General. En estas circunstancias dar un ataque sería procurar nosotros una desgracia. En fin todo cuanto a las instancias del Cuartel Maestre pudieron obtener, fué sólo, por entonces, acudiesen mil infantes, esto es, el Batallón de la Reina y el escuadrón del mismo nombre a Lladó y que, al día siguiente temprano, iría él a reconocer la izquierda.»

«En efecto, salió de Figueras al asomarse el sol, con el Cuartel Maestre, Comandante de Artillería e Ingenieros del Detall; mas, en vez de dirigirse a la izquierda, fué a la espalda de ella, es decir, a Llers, y empezó a reconocer todas sus inmediaciones, como si allí hubiese de situar todo el ejército, y disponer hasta ocho baterías más, para asegurar aquella inútilísima posición en tales circunstancias. El Cuartel Maestre y Comandante de Artillería le hicieron presente, como otras muchas veces, que no había cañones, ni artillería, ni Oficiales. Que se ponían en las baterías piezas de batir, para aquel objeto, reclutas sin instrucción, y niños por sargentos; todo fué inútil, la orden quedó dada, y viendo el Cuartel Maestre que el día se pasaba y no iba a la izquierda, volvió a instalarle con viveza al General, que, al fin, fué, aunque tarde.»

«El Cuartel Maestre le hizo ver la debilidad de este puesto, el ningún efecto de las baterías para guardar las cañadas, lo expuesto de las baterías de las Arcas, lo desguarnecidas de la del Viento, Gibraltar y

Vigas, que sólo tenían doscientos milicianos de Sevilla, la necesidad de guardar un boquete entre el Roure y Gibraltar, para lo que había acampado allí el Regimiento de Irlanda, que se había replegado al Roure por haber caído en su campo una granada.»

«El General aprobó cuanto sobre aquel punto le propuso el Cuartel Maestre, pero dijo que nada se innovase y que todo quedara en aquel miserabilísimo estado, hasta que se hiciesen todas las obras. El Cuartel Maestre le repuso: ni el enemigo las dejará hacer y tal vez no habrá tiempo de empezárlas; mañana al amanecer seguramente nos atacarán, y este punto se lo llevarán sin resistencia, y, en seguida, toda la línea. El remedio debe ser pronto y eficaz. Dugommier ha muerto, respondió el General, y no hay que temer. Tomó su caballo siendo ya casi de noche, para volver a comer a Figueras. Cerca de ella, dijeron los Oficiales Ayudantes de campo que habían notado un farol de señal, y se detuvo enviando un Ayudante a Pons de Molins; se hablaba de movimientos enemigos, y el Cuartel Maestre volvió a instar para la composición de la izquierda: *Vives es melancólico*, le respondió.»

Dejando aparte el desagrado que pueda causar la crudeza e insidia que animan a casi todos los escritos del General Morla, excepción hecha, claro está, de los exclusivamente técnicos (generalmente referentes a la artillería) no cabe duda, que el documento que hemos transcrito, retrata, de mano maestra, no sólo las características personales del temperamento y carácter de uno y otro general, sino la naturaleza propia de las relaciones entre ellos existentes.

Juicio acerca del plan propuesto por Morla.—Dificultades para su realización

El plan propuesto por Morla era el único indicado para resolver la crítica situación en que el ejército español se encontraba. Pero requería asumir una responsabilidad, y afrontar un peligro superiores a la energía que podía desarrollar el ánimo del Conde de la Unión. Reconociéndose incapaz para llevar en todo momento la dirección de los esfuerzos que habían de desarrollarse para ponerlo en ejecución; desconfiando, por lo menos, de la lealtad y buen espíritu de sus generales, y de las tropas a sus órdenes, sin duda alguna, entendía que, en aquéllas circunstancias, dar un ataque, sería procurarse, por sí mismo, una desgracia, y dominado por esta idea se dispuso, si no a entregarse de lleno a la inacción, por lo menos a dejarse arrastrar por el empuje de los acontecimientos, o, de otro modo, aceptó como bueno el recurso propio de la incapacidad.

La empresa estaba, por lo tanto, decidida y en circunstancias ventajosas para los franceses. Ellos podían contar con aquella superioridad moral y material que es condición precisa para obtener la victoria. Entremos, pues, en el desarrollo de la segunda batalla de las líneas de Figueras, y veamos, por consiguiente, de qué modo fué el éxito alcanzado por las tropas de la República.

Eran las cuatro de la mañana del 20 de noviembre (30 Brumario) cuando Augereau dió la señal de salida de sus fuerzas. Nos ocuparemos en primer lugar del ataque llevado a cabo por la derecha francesa contra nuestras posiciones del ala izquierda. La meseta de Roure coronada por el fuerte reducto construido por los españoles en condiciones tales que, a ser cierta la información francesa, nos merecía una confianza tal que le juzgábamos tan sólo abordable por el Poder Divino (1) y realmente era difícil conquistar una ciudadela construida sobre la roca viva de aquella altura con sus fosos tallados en aquella, con dos grandes obras destacadas para su debido flanqueamiento, con un artillado de veinticinco piezas de grueso calibre asomando sobre los parapetos, y con una guarnición de cuatro mil defensores dignos del calificativo de aguerridos. La división de Augereau para llegar a los pies de la meseta que se cita, desde su vivac de la Roca Blanca, debía, en un principio, descender por el profundo corredor de la Muga, y marchando por él durante algún tiempo, remontar, luego, por la vertiente opuesta, hasta Escaulas. Ante esta localidad, en lo alto de la montaña que la domina, se presentaba una primera gran obra de fortificación, construida por los nuestros y conceptuada como el fuerte central de la defensa de esta parte, que estaba encomendada a novecientos cincuenta hombres y se hallaba flanqueada por tres baterías, cuyos fuegos venían a cruzarse sobre la falda de la montaña de la parte opuesta. Una vez conquistado este fuerte era preciso continuar hasta la punta oriental de la meseta en que se hallaba levantado el reducto del Roure. Sin dificultad alguna las columnas de ataque francesas pudieron descender desde Boadella a lo largo del Muga, pasaron y repasaron cuatro veces este curso de agua y, llegados al pie de la montaña de Escaulas, pudieron escalarla sin quemar un gramo de pólvora, penetrando por sorpresa en el fuerte central antes citado. Excusa decir que los cuatrocientos hombres que trataron de ofrecer una primera resistencia fueron cruelmente sacrificados, y renunciando a perseguir a los fugitivos, después de haber dispersado el resto de los que quedaban, continuaron su marcha a través de las alturas, dejando al General Guieux de guarnición en la obra acabada de ocupar.

No tardaron mucho en encontrarse ante el famoso reducto de Roure. Se impone, por parte de los franceses, el asalto y la conquista del mismo. Dejemos al testimonio francés la descripción de este asalto: «Los Cazadores del General Bon desembocan en la meseta a vista de la formidable posición. Una descarga general los acoge, pero lejos de quebrantarlos el estampido del cañón, que llena como el trueno los ecos de las montañas, les causa un transporte eléctrico. Las filas quedan rotas: Jefes, soldados, todo rueda mezclado hasta el fondo de los fosos

(1) Cette fameuse redoute de Roure où les Espagnols ne craignaient que Dieu.

se lanzan a las empalizadas, se agarran a las escarpas, lá gente se ayuda, se empuja, sube, y, en un abrir y cerrar de ojos, por uno de esos arranques incalculables que reducen a la nada toda predicción humana, el Invencible reducto es escalado. Los que primeramente han llegado tienden la mano a los otros *para presentarlos en el salón de baile*, que tal es el nombre que su heroica alegría improvisa para esta arena sangrienta que va sembrándose de cadáveres, y en la que no se hacen prisioneros.»

El asalto francés al fuerte de Roure fué tan rápido, tan impetuoso, que los soldados de Guillot, al llegarles el turno para abordar la meseta, no tuvieron que hacer otra cosa más que, repartirse alrededor del glorioso trofeo de los Cazadores para hacer caer a los dos reductos que flanqueaban la posición, y que todavía permanecían en nuestro poder. El más alejado de ellos, el llamado reducto de Condé, que batía la rampa de descenso a la carretera internacional, es conquistado por el Batallón de vanguardia, el segundo de Granaderos. El opuesto, que batía la vertiente que daba al Muga, es tomado por la columna de Guillot.

El Conde de la Unión acude rápidamente al campo de la lucha.—Muerte heroica del valiente General español

Mientras todo esto sucedía ¿qué conocimiento de ello tenía o qué disposiciones iba a tomar el Conde de la Unión? Despertado por el rumor de la batalla corrió apresuradamente, en dirección al reducto de Roure, llegando ante su vista en el preciso momento que era asaltado por las tropas francesas. El espectáculo no podía ser más desconsolador para él, que había creído inexpugnable esta posición, y que, por lo tanto, había puesto en ella gran parte de su confianza. «Cuando llegó estaban perdidas todas las baterías del frente y costados —declara el General Morla, testigo presencial del hecho como Cuartel Maestre que era, y añade—. Los enemigos subían por todas partes a atacar este puesto guardado por poquísima tropa. El General mandó al Conde de Molina defendiese el reducto de la derecha, advirtiéndole que él defendería el de la izquierda, y, a continuación, dispuso un movimiento para situar las tropas en forma que consideraba conveniente, pero con ello las llevó a la confusión y al desorden; se volvieron, no obstante, a ordenar, los enemigos se aproximaban; cree oportuno hacer una salida, se echa fuera del reducto y pide que le sigan; salen unos treinta hombres que, a pocos pasos, ven entrar los enemigos en el reducto; retíranse en desorden, e igual toda la tropa del citado; al General lo siguen y recibe un balazo por la espalda, teniendo a su lado al ingeniero don Miguel Tramas; cae de cabeza este Oficial. Algún otro y varios soldados, procuran atravesarlo en su caballo, para su transporte. No pueden, porque el enemigo carga y le dejan abandonado.»

Insinúa Fervel «que la escolta desmandada del General hubo de arrastrarle en la dirección de Pont de Molins, para desaparecer, en medio de un torbellino de polvo y de humo que la oculta, a la persecución de los soldados franceses». Esta nube la levantaba una tropa de jinetes españoles que cruzándose con la escolta del Conde de la Unión es saludada a su paso con una descarga». De esta manera el historiador militar francés quiere empañar, con el tinte de una traición española, la muerte del infortunado General. Pero recordemos que, como expusimos en otra parte de nuestro trabajo, él mismo tiene que reconocer qué tristes y odiosas suposiciones se han cernido largo tiempo sobre este fin misterioso, atribuyéndole a una cobarde venganza. Y recordemos asimismo que Fervel declara, también, que las suposiciones desprovistas de pruebas son indignas de la historia. Y de igual manera no podemos por menos de expresar nuestro disgusto cuando Morla, comentando el hecho, declara: «Así murió gloriosamente este General, elevado prematuramente al mayor empleo militar de España, sin otro motivo que la política de saber engañar y aparentar hacerse partido con una afabilidad y dulzura exterior, que expuso y trocó en intolerable dureza y altivez, cuando empuñó el bastón del mando». ¡Juicio crítico semejante lo rechaza la hidalguía española, tratándose de un General que, cualesquiera que fuesen sus defectos, era, por otros, digno de la mayor estimación!

La información oficial proporcionada por el Marqués de las Amarillas, en 21 de noviembre, desde Gerona, como General en Jefe, y que aparece en la *Gaceta de Madrid*, del 2 de diciembre, confirma el testimonio de Morla. Ella se expresaba en los términos siguientes: «Apoderados los enemigos de los puestos que habían ganado, repitieron sus ataques por la parte débil, ayer al amanecer, con falsa llamada en la derecha y centro, y vigorosísimo por aquélla; se apoderaron de una de las baterías que se creía más inexpugnable, y, seguidamente, fueron tomando las de retaguardia, a donde llegaba el General en Jefe, que animado a la tropa, en vano se vió en la precisión de seguirle en su retirada, en la que recibió un balazo de fusil que le atravesó el pecho y quedó muerto en el campo de batalla.» A continuación la *Gaceta* insertaba la nota que ya conocen nuestros lectores en la que se hacía constar la prueba evidente, no sólo de la muerte del Conde de la Unión, sino, también, de la del General Dugommier.

El triunfo de la derecha francesa, no ya sobre nuestro flanco izquierdo, sino sobre los mismos puntos más importantes del sector central, no podía ser más brillante y positivo. De la meseta de Roure las tropas que la habían ocupado descendieron a la llanura en la que Augereau viene a formarlas en batalla, un poco al N. de Pont de Molins, acelerando, de este modo, la caída de posición española tan importante que ya estaba envuelta, vigorosamente asaltada por la Brigada Chabert. Recordemos que Pont de Molins constituía el eje de giro de nuestro frente, y no creemos, sea necesario advertir que, en esta ocasión, Augereau no ha-

bía hecho otra cosa que ir espigando, o aprovechándose de las ventajas alcanzadas por las tropas que marchaban delante suya.

Chabert, siguiendo las instrucciones dadas por su General divisionario, había avanzado con su Brigada paralelamente a las columnas de ataque de Bon y de Guillot, hasta la extremidad de la Roca Blanca en su costado oriental, y en ella, y ante Escaulas, en la orilla derecha del Muga, como sabemos, hubo de esperar la caída de Roure y la recepción de nuevas órdenes consiguientes. Estas fueron traídas por un Ayudante de Campo del General Augereau, el entonces Jefe de Batallón y más tarde General Verdier, quien, al momento mismo, debía encargarse del mando de la vanguardia. A la cabeza del 9.º Batallón de La Drôme, este Jefe, con un puñado de cuatrocientos ochenta voluntarios, hubo de marchar audazmente a ocupar el campo de Llers, clasificado como el más importante después del de Roure. Esto realizado, Chabert se encaminó a Pont de Molins y atacó esta posición, siguiendo la orilla derecha del Muga, cuando acababan de abordarla por la izquierda, los Cazadores de Bon y los Generales Guillot y Guieux.

El resultado no podía esperarse. Era, si no inevitable, por lo menos lógico. Pont de Molins, atacado por cuatro columnas francesas, victoriosas y llenas de entusiasmo y de energía no podía resistir en modo alguno. Cayó inmediatamente y quedó de este modo, constituido como el punto de convergencia, no sólo de las fuerzas francesas del ala derecha sino también de las del centro. En su avance desde Roure, en plena posesión, del campo de batalla y al fin de la jornada los soldados franceses según bella descripción hecha por Fervel: «encontraron en el borde de la rampa que desciende a Pont de Molins, en el lindero de una viña en la que hoy se ve alzarse una modesta tumba, un cadáver abandonado, atravesado el hombro por dos balas, y condecorado por ricas insignias. Su mano, crispada, oprimía todavía una espada sangrienta, era el General en Jefe del Ejército español.»

«Cuando murió —informa Morla— estaban perdidas las siguientes baterías: las Viñas, las Arcas, Gibraltar, Viento, Tipans, Pasamilans, el Castillejo, Avanzada del Conde, La Bellota, Pulpitillo, derecha del Roure, su izquierda, y, en seguida, las dos de Pont de Molins». Estas, según su testimonio no hicieron la menor resistencia, porque sólo las guarnecían tropas ya batidas que hubieron de huir, tan pronto se aproximó el enemigo. Eran dieciocho las baterías perdidas, perteneciendo las fuerzas que guarnecían estas posiciones a los Regimientos voluntarios de Castilla, Hibernia e Irlanda, a un Destacamento de Guardias Españolas, al Batallón de Dragones desmontados (1), a tres Batallones de Granaderos Provinciales, a los Regimientos de la misma clase de Sevilla y Chinchilla y, finalmente, a dos Batallones que hubo de enviar, desde el flanco derecho de su sector central, el Marqués de las Amarillas. Como declara nuestro Cuartel Maestre, los enemigos se habían apoderado de

(1) Morla califica a estos Dragones desmontados como *otro extravagante capricho* del General.

toda la parte de la línea que estaba a la izquierda del camino real, y, por lo tanto, de Pont de Molins, quedando así cortada, con Figueras y con Rosas, la comunicación del ejército.

Conducta observada por el General Morla.—Da cuenta de lo sucedido al General Marqués de las Amarillas

Era lo procedente según propia declaración, procurar seguir al General en Jefe con toda diligencia. Su función, equivalente, como sabemos, a la actual de General Jefe del Estado Mayor, así lo imponía: «Pero cuando con otros generales llegaba cerca de Pont de Molins, ya se retiraban las tropas del Roure y los enemigos se apoderaban de aquel puesto». Conocedor o no, del heroico fin del Conde de la Unión, pero, en todo caso, faltos de su presencia en momentos tan críticos que no permitían detención alguna, todos nuestros Generales se dedicaron, según su testimonio: «A reunir todas las tropas dispersas para subirlas a la altura que domina a San Fernando, solicitando de su persona las oportunas providencias. En vista de ello mandó a un Ayudante fuese a ver a Amarillas, y le dijese cómo quedaba dando órdenes para que todos se replegasen ante San Fernando y que podrían reunirse en Peralda (localidad establecida en la margen izquierda del Llobregat); envió otro al General de la derecha Vives, para que, con todas sus tropas, artillería y equipajes, se retirase con diligencia a Figueras, echándose hacia Rosas; otro a Perlasca, que estaba en Lladó, para que se retirase inmediatamente a las alturas de Aviñonet, con el Batallón y Escuadrón de la Reina; envió los demás Ayudantes a Figueras para que no permitiesen pasase ninguno a Gerona, sino que, tropas, carros y acémilas, todo, fuese delante de San Fernando, a la segura posición que tuvo el ejército cuando se retiró del Rosellón. Procuró en seguida asegurar el camino real, poniendo el Regimiento Provincial de Jerez en un atrincheramiento que había al lado de él, en los Ostales a quinientas toesas de Pont de Molins.»

«Tomadas estas primeras providencias —sigue declarando Morla— que fué a Figueras, y vió que los Ayudantes no podían contener las tropas y equipajes, que todo iba en fuga hacia Gerona. Se fué a casa del Comandante de las armas don Tadeo Hermosa y le previno que con todos los caballos y oficiales que encontrase en el pueblo, contuyese a todos para que fuesen delante de la Plaza, y no a Gerona. Ygual orden dió al Alcalde respecto a los paisanos, y que publicase la pena de la vida al que fuese a Gerona, pero semejantes órdenes se cumplen mal en tales circunstancias, y, por lo tanto, las suvas no produjeron ningún efecto. Seguidamente dió orden el Cuartel Maestré para que se subiesen a la fortaleza todos los papeles del General, y se fué allá, desde donde envió orden a Llansá y La Selva por escrito para que se retirasen aquellos destacamentos a guarnecer Rosas, y dió aviso a esta Plaza y al Comandante de Marina don Federico de Gravina, de lo ocurrido.»

El avance francés en el centro

Mientras la derecha francesa había podido conseguir éxitos tan brillantes, las tropas francesas del centro pudieron, igualmente, ver cumplida su misión. Las Brigadas Banel, Rougé y Martín habían sido concentradas al pie de la Montaña Negra, en la noche del 29 al 30. La situación de estas tres Brigadas era la siguiente: Las dos primeras frente a la depresión de Castellroig, y la tercera del camino y de los atrincheramientos de Capmany. El avance de estas tres columnas de ataque debía estar apoyado por el fuego de dieciséis piezas de artillería volante, al mando del General Guillaume, y, el General Dugua, en segunda línea, esperaba a que le fuese abierto un fácil camino por donde lanzar sus mil ochocientos caballos. Beaufort, que mandaba esta división central, tan pronto oyó el rumor de las fusiladas de Augereau, trasladó en masa las columnas Banel y Rougé a la confluencia del Ricardell con el arroyo de Darnús, al pie de la vertiente occidental de la Montaña Negra, y, desplegando su artillería a lo largo de las eminencias que dominan el puente de Capmany y la carretera Real, dió la orden de iniciar el ataque.

Desde el primer momento el empuje francés se hizo irresistible, y mientras la Brigada Martín se lanzaba contra los reductos de Capmany Banel y Rougé abordaban las dos orillas del Ricardell, la primera por la derecha, y la segunda por la Izquierda, protegidas por el fuego de la artillería ligera. Tan sólo nuestro reducto de Passamíliaus y del Rocher hicieron resistencia durante dos horas y al fin tuvieron que sucumbir. Mas apenas habían caído en poder del enemigo las obras levantadas a lo largo del Ricardell, cuando se hizo ver, y oír, una explosión formidable, siendo lanzados al espacio el material de tales fortificaciones, y los hombres que las habían asaltado. Eran las diez de la mañana. Sin tener ningún español delante, Banel y Rougé abandonan un lugar que tan funesto les había sido, corriéndose a lo largo del Ricardell, llegando a desembocar en la vía internacional a punto de que Martín hacía caer la última batería, que le interceptaba delante de Capmany. Así las cosas, todas las fuerzas francesas del centro pudieron conseguir su avance en dirección a Pont de Molins, que se vió abordado por un ejército formado en columnas cerradas.

El Marqués de las Amarillas ordena la retirada de todo el ejército de Figueras.

Fácil es darse cuenta de la desoladora impresión que causaría en el ánimo del Marqués de las Amarillas la aparición de esta nueva fuerza enemiga, con todo el empuje y el entusiasmo de una tropa victoriosa. No le quedaba otro recurso que tratar de rehacerse al abrigo de los muros y de la artillería de la fortaleza de Figueras y, al efecto, ordenó la retirada, llevando a cabo un largo rodeo para librarse en lo posible, de la presión

francesa. La operación se realizó en forma desordenada. De esta manera Amarillas pudo penetrar en Figueras con los suyos, en tanto que quedaba todavía fuera de ella Courten con sus tropas: «Con la pérdida del Roure —expone Gómez de Arteche— y la muerte del Conde de la Unión quedó, no sólo roto, sino completamente destruido el centro de la línea española, acabando su defensa en los reductos de Pont de Molins, simultáneamente atacados por las columnas de Perignon y de Augereau, que volaron a confluír allí para anonadar cuantos esfuerzos pudieran hacer nuestras tropas a las órdenes del Marqués de las Amarillas. Inútil decir que una vez ocupada aquella posición, todas las inmediatas cayeron en poder de los franceses, a pesar de haber encontrado en dos, una resistencia que, en ocasión diferente, hubiera podido dar lugar a contener el avance victorioso de los enemigos. Con eso, la carretera y el terreno abierto que recorren quedaron libres para la acción de la caballería francesa, y nuestras tropas, ante tal peligro, tuvieron que buscar por caminos laterales el de su punto de cita, que eran la fortaleza de Figueras y sus posiciones más inmediatas. Tan precipitadamente y en tal desorden se hicieron aquellos movimientos, que los franceses, en el ofensivo suyo, llegaron a introducir en el castillo de San Fernando, algunos de los proyectiles de su artillería y, con ellos, el germen del pánico que tan tristes frutos habría de producir pocas horas después.»

Actitud del Marqués de las Amarillas ante la providencia de su nuevo encargo del mando superior del ejército.—Junta de Generales

Afirma, en efecto, el Marqués de las Amarillas, en el documento que antes citamos, y del que da cuenta la Gaceta de Madrid del 2 de diciembre; «que hubo de llegar dando un largo rodeo a Figueras, en el mejor orden, en donde halló al Príncipe de Monforte que había tomado todas las disposiciones que parecían más convenientes con las circunstancias. Este Príncipe había hecho ocupar, en la parte posible, la excelente antigua posición perdida por las tropas que mandaba el Teniente General don Juan Courten, para hacer menos grande la desgracia, tomando así otras providencias, como la de ordenar a las tropas de la derecha que se retirasen, y a cuantas por aquélla parte podían hallarse, todo ello de acuerdo con el Cuartel Maestre, los Mayores Generales y el Comandante de Artillería que le acompañaba». Esta versión concuerda, en absoluto, con la del General Morla, quien nos informa de que: «Luego que se divisó se acercaba Amarillas hacia Figueras, descendieron a recibirle todos los Generales, deíando a Mollina para mandar en la Pedrera. Al encontrarlo le dijo el Príncipe de Monforte todo lo que había pasado, y las disposiciones dadas, y después añadió que, aunque a él le tocaba el mando según ordenanza, por más antiguo, se lo cedía porque había venido al Ejército con condición de no mandar, que así lo había hecho presente a los Reyes, a los Ministros de Estado y

Guerra, y a los Generales Ricardos y Unión, que, en su consecuencia, se había quedado a sus órdenes el invierno anterior. Amarillas respondió que si había tomado el mando de la campaña pasada, fué porque se lo mandó el Capitán General, y que, entonces, nadie se lo podía mandar cuando le pertenecía por ordenanza, siempre que no estuviese malo: si es por eso, malo estoy, replicóle Monforte.»

Situación semejante no podía prolongarse por mucho tiempo. Había que tomar una determinación urgente y terminante. Correspondía al fuerte carácter del Cuartel Maestre el resolver la situación, y él mismo manifiesta, de modo concreto, que cortó la disputa: «Preguntando a Monforte si quería o no el mando que le pertenecía; dijo que no: Bien está, continuó. ¿Y lo quiere V. E., señor Marqués de las Amarillas? Porque de lo contrario pasaremos a Courten y los demás sucesivamente. En ese caso lo tomaré, dijo Amarillas. Pues es necesario, dijo el Cuartel Maestre, disponer ante todo que suban algunas de estas tropas a la fortaleza, y que las otras, con la caballería, cubran los caminos de Gerona y de Rosas, no lo intercepten los enemigos. El nuevo General dió estas providencias y el Cuartel Maestre situó dos obuses en el camino real a la entrada del pueblo, y todos los Generales se retiraron a casa del Alcalde a tratar del plan que debían seguir.»

Nuevamente figuraba encargado del alto mando de nuestro ejército combatiente, en la zona de los Pirineos orientales, el veterano Marqués de las Amarillas, y cuando las circunstancias imponían, ante el avance victorioso de las tropas de la República francesa, una decisión enérgica y un esfuerzo a todo trance, un Consejo de Guerra había de dar solución a tan grave problema. Dejemos que sea el propio don Tomás de Morla el que dé cuenta de lo en él tratado y sucedido: «El Cuartel Maestre tomó la palabra en esta Junta, y expuso en ella que sólo tres partidos había que tomar; el 1.º, poner todo el ejército en la primera posición, esto es, a cubierto de la Plaza y de los tres cerros que la dominan de Aviñonet, Sierra Blanca, Sierra Mitchana; 2.º, situar el ejército más allá del río Fluviá, en Bascara y coll de Oriols; 3.º, recogerlo en Gerona. La primera de estas posiciones es muy fuerte —añadió—, frustraría la victoria de los enemigos, pero en las actuales circunstancias tiene los inconvenientes de que no hay ni una sola tienda de campaña, la última se dió ayer. Que una considerable parte del ejército y todos los equipajes, que no obstante mis fuertes providencias se han escurrido a Gerona, no volverán, y los soldados se harán salteadores de caminos. Que intimidadas y acobardadas las tropas no resistirían un ataque, por poco vigoroso que sea; que no sabe de Vives, cuyas tropas muy precisas no podrían tal vez llegar a Figueras y, en fin, que si el enemigo toma la posición debida extendiéndose entre Pont de Molins y Santa Leocadia, corta el ejército, lo bloquea y pone en estado de rendir las armas o dar una acción desesperada para escapar.»

La multitud de soldados y aún oficiales dispersos no pasaría hasta que el hambre y el cansancio los detuviese y esto sería en Gerona y no antes, allí se podría coordinar y reponer el ejército, pudiéndose alojar todos dentro de las murallas y allí encontraría provisiones y forrajes los equipajes y tropas que no se habían podido contener.»

De acuerdo con el parecer de Morla los
Generales españoles se manifiestan por
la retirada a Gerona de todo el ejército.
Así se dispone

Las razones de Morla debieron convencer a los asistentes al Consejo, pues, según declara, a continuación de lo anteriormente expuesto: «Todos los Generales, votaron en consecuencia por la retirada a Gerona, que debía efectuarse después del amanecer. Mas, en contra de esta opinión general: «Sólo Amarillas aceptó la primera de las tres antes indicadas». En vista de ello el «Cuartel Maestre, extendió sus reflexiones y lo atrajo a la opinión general»... Y fundamenta esta actitud suya exponiendo, según su criterio, que: «A los Generales pertenece seguir lo más útil y menos perjudicial, aunque se carguen de epítetos odiosos como Fabio y Douro (sic) ¿Perderemos estas ricas provincias —pregunta Morla— y aún el Reino, por un falso pundonor? ¿Sacrificaremos por él este ejército, única confianza de la Nación? Siempre he opinado por los combates en estas dos campañas y si ahora aconsejo la retirada es en vista de la urgencia de ella, pues no podemos, por ahora, contar con las tropas». Los anteriores conceptos del inteligentísimo General español están llenos, como puede verse, de afirmaciones categóricas, y de enseñanzas indiscutibles. Considera que aquel ejército operante en Cataluña es la única confianza de la Nación, y si opina que la acción militar ha de desarrollarse en estas dos campañas (Rosellón y Cataluña) por combates ofensivos ¿quién, versado en el conocimiento de las cosas militares, puede imaginar que en guerras como la que había emprendido España con la Revolución francesa no cabía otro procedimiento ni otra línea de conducta? Al manifestarse así, el General Morla daba pruebas de su profunda penetración de la realidad, y de su fino espíritu militar. No es de extrañar, por lo tanto, que sus consejos o consideraciones llegaran a convencer a cuantos le escuchasen.

Tomada la decisión que se ha indicado, había que proceder inmediatamente a ponerla en ejecución. Y así, tal como lo expone el General que nos ocupa: «Dadas las órdenes para la retirada, salieron los Generales de la Junta y hallaron el pueblo solo, no habiendo en él más tropa que algunos soldados, robando las tiendas abandonadas por sus dueños. Los dos obuses, colocados a la entrada, contuvieron y detenían, con su fuego, los enemigos, para que no penetrasen: ellos creyeron que es-

taban las piezas sostenidas por tropas, de lo contrario se habrían apoderado de la Villa, toda indefensa, pues la caballería y tres mil infantes a cargo de Izquierdo, estaban sobre el camino real de Gerona.»

Reconozcamos que el nuevo mando debió caer sobre el Marqués de las Amarillas con todo el peso de un terrible fardo. La herencia legada por su infortunado antecesor no era nada envidiable. La propia Plaza de Figueras se encontraba presa de la confusión y del espanto. Por fuera de sus muros, agolpábanse, a sus puertas, las masas de hombres fugitivos, en número creciente. Dentro de los mismos, los Generales españoles en Consejo, no podían dejar de escuchar el tronar de los cañones, que comenzaban a lanzar sus proyectiles contra las obras exteriores. Porque, en efecto, ante las murallas de Figueras, un combate de artillería acababa de entablarse con toda violencia. Eran trescientos Cazadores de la Brigada de Bon, que, a causa de haber sido éste herido, habían quedado bajo el mando del General Duphot, y mil quinientos soldados de Chabert, que, desde Llers, habían llegado ante Figueras, y que, después de haberse apoderado de dos reductos al pie del glasis de la fortaleza, llevaban su audacia hasta tratar de apoderarse de un cañón que cerraba su paso.

Los fugitivos nuestros, viéronse en trance de acogerse tras las empalizadas, y en los fosos que circundaban la plaza, invadiendo algunos las puertas que habían quedado abiertas de la misma, o huyendo otros, precipitadamente en dirección al valle del Fluviá. «Decidida la retirada, Amarillas con el Estado Mayor, Monforte, Moncada y el Intendente del Ejército, salieron, a las cinco de la tarde, de Figueras, con algunos Ayudantes y ordenanzas». Así nos lo declara el testimonio de Morla, quien nos informa que, al hacerlo, hubieron de ver que no había más militares, y en este estado, tomaron el camino de Gerona, mandando al Comandante de Carabineros reales cubriese la retaguardia y se mezclaron con la columna de tropas, paisanos y unos pocos bagajes que llenaban el camino. Así llegó a Coll de Orriols, y mandó a Izquierdo se detuviese en Bascara con su infantería y caballería. Se quedó con su séquito en la venta toda la noche, aunque llena de tropas y paisanos. Desde ella envió por escrito, orden al Gobernador de San Fernando, para que, reteniendo su guarnición competente de cuatro mil hombres y ciento cincuenta caballos, enviase las demás tropas, partidas sueltas de cuerpos, la Maestranza de Artillería, y, sobre todo, los Dragones desmontados; orden que, aunque repetida el día siguiente, no quiso cumplirla el Gobernador, excusándose de cierto modo. Entrado el día 25, esperaba Amarillas pasase todo el ejército a Coll de Orriols, menos las tropas de Izquierdo que estaban en Bascara, pero el Cuartel Maestre le hizo presente la gran falta que hacían en Gerona las tropas, para atender a su subsistencia, ordenarlas, recogerlas y alojarlas, poner la plaza en estado de defensa, etc. Accedió a ello y entró en Gerona, a las diez de la mañana.»

Retirada del ejército español a Gerona.

La retirada de las tropas españolas a Gerona pudo realizarse ordenadamente, y como lo da a entender Morla, para asegurar su paso sobre el Fluviá, recibió orden Izquierdo de ocupar a toda prisa el puesto de Bascara, así como el Coll de Oriols, punto por donde la carretera de Gerona penetra en la cuenca del Ter. Gracias a la serenidad y valor de este General pudieron reunirse tres o cuatro mil hombres de la segunda línea, y algunas fuerzas sueltas de Caballería, a cuyo apoyo se debió el que la huida de los nuestros adquiriese, por lo menos, la apariencia de una retirada que, no fué inquietada en lo más mínimo, debido a que Perignon, apenas pasado Pont de Molins, se contentó con tomar, un poco más allá de esta localidad, un nuevo orden de batalla, enviando un reconocimiento sobre la vía de Figueras, que había de realizar un solo Batallón (el 8.º de Bec de Ambés), el cual, después de haber rechazado a un destacamento nuestro de Caballería no tardó en replegarse, temiendo empeñar sus soldados, extenuados de fatiga, en una empresa que había de entablarse entre una gran fortaleza, de la que no era concebible la vergonzosa conducta que hubo de observar después, y el ala derecha del ejército español, que, ante sus ojos, se retiraba casi intacta, y en el mejor orden que pudiera desearse.

Tal fué la triste suerte que pudo caber a nuestras tropas del ala izquierda y del centro, al mando de los Generales Courten y Marqués de las Amarillas. Mas no todo, era fracaso y retirada más o menos vergonzoso. Como veremos en el Capítulo siguiente, tocaba a las tropas que constituían el ala derecha de nuestro ejército, al mando del heroico General Vives, velar por el prestigio y el honor de las tropas españolas.

CAPITULO XXIII

Segunda batalla de las líneas de Figueras (continuación). Brillante actuación de la derecha española al mando del General Vives

Brillante conducta de las tropas españolas que constituían el ala derecha del ejército, así como de sus Generales



TRISTE es tener que reconocer como la relación de los hechos que figuran en el Capítulo anterior no constituye una página gloriosa para la historia de nuestro ejército: «Pero en tanto que la izquierda se replegaba de nuevo, que el centro cedía y que Amarillas celebraba consejo en Figueras, la derecha seguía batiéndose» —afirma categóricamente Luis de Marçillac—. «Eran las ocho y media de la mañana —sigue informando— cuando la retirada era general y el Ayuda de Campo encargado de llevar la orden de la retirada a la derecha no había podido, sin duda alguna, cumplirla, puesto que se ignoraba en ella lo que había pasado en Pont de Molins y en la llanura».

«Aislemos a esta derecha por algunos momentos; dejemos al ejército restante en su retirada y entremos en algunos detalles sobre la conducta de este ala derecha, dado que merece ser observada, tanto a causa de la presencia de espíritu de los Generales que, en la misma, ejercían mando superior, como por la bravura de los soldados que hubieron de distinguirse en todo momento, pero muy particularmente en esta desdichada jornada del día 20.»

El frente de combate ocupado por el ala de que tratamos, se extendía desde la batería de Pignon, a la derecha de La Junquera, hasta el pueblo de Rabós, próximo a la mar. El Mariscal de Campo, Conde de Saint Hilaire, mandaba el flanco izquierdo; el Vizconde de Gand, también Mariscal de Campo, era el Jefe Superior del centro, y finalmente la derecha, hallábase al mando del Brigadier Taranco; ejerciendo acertadamente el mando superior de todas estas tropas, según sabemos, el Teniente General Vives. Así nos lo declara Marçillac. Por parte del enemigo, Sauret, General encargado de la izquierda francesa, antes de amanecer el día 19, inició su marcha con dos Brigadas. Iba la de la derecha, al mando de Causse y la de la izquierda, al de Motte, siguiendo a retaguardia trescientos Húsares, una Compañía franca de Miqueletes y un Batallón de artillería volante que llevaba consigo un cañón de ocho y un obús de idéntico calibre.

Conforme a las instrucciones recibidas, trató en un principio de lla-

mar hacia sí la atención de los nuestros, quienes, a ser cierta la información francesa, parecían estar dispuestos a tomar la ofensiva. Para conseguir su propósito, desplegó su artillería y sus Miqueletes a lo largo de una cortina paralela al frente de los reductos de Villaortoli, los cuales, al apuntar el alba, abrieron un intenso fuego. Prontamente una carga de caballería de los jinetes españoles cae sobre los Tiradores franceses, pero los Granaderos que, con anterioridad y a prevención, estaban formados en actitud de espera, avanzan y logran rechazar el ataque enemigo, replegándose a continuación.

El General Vives se decide por atacar a fondo el frente enemigo

Vives, que ignoraba lo que acontecía a su izquierda, no vacila en llevar a cabo una reacción ofensiva y como quiera que la Brigada del centro, o sea la mandada por el Vizconde de Gand, es la que se ve más batida por el fuego de la artillería francesa, logrando a las nueve de la mañana desmontar en la batería asentada en esta parte, un obús de ocho y una pieza de 18, sin vacilación alguna ordena al Vizconde de Gand salir de su atrincheramiento, y avanzar hacia el enemigo con una sola pieza de a cuatro. Así lo hace el antiguo Coronel de la Legión de la Reina, que ataca decididamente y asalta la batería francesa, apoderándose de un cañón que no había podido ser retirado. En la carga, de seis artilleros, que servían la pieza que acompañaba a nuestras tropas, cinco, son puestos fuera de combate; pero nada pudo detener el empuje de los intrépidos soldados españoles que, como acabamos de decir, se apoderaron de la posición enemiga.

Sauret, ante el éxito obtenido por la Brigada de Gand al recuperar la batería perdida, ordena sea atacada por la Brigada de la izquierda, o sea, por la mandada por el General Motte; mas Vives, decidido a sostener su victoria inicial, manda atacar a ambas alas de su frente. Como puede comprenderse, entáblase una lucha encarnizada. El empuje de las tropas españolas presagia un éxito completo, pero, a las doce y cuarto, un Ayudante de Campo entrega la orden del General en Jefe disponiendo la retirada de la División entera hacia Masarach, salvando la artillería.

El conocimiento de lo que acaba de ocurrir en el ala izquierda y centro obliga al General Vives a iniciar la retirada

Fácil es imaginar la impresión que esta orden causaría entre los nuestros, y corriendo rápidamente la noticia por todas las filas, bien pronto, a la actitud decidida de un principio, sucedió, entonces, un estado de indecisión y de duda. Aprovechándolo el General francés, conocedor por su jefe Perignon de los éxitos obtenidos por las tropas francesas, sin

retardo alguno ordena a Motte, marche a toda prisa sobre Villaortoli y, a Causse, lo haga sobre San Clemente. Mientras tanto, nuestras tropas, en virtud de la orden recibida, se retiran con tanta mayor sangre fría cuanto mayor había sido su impetuosidad en el ataque. Llegan ante Masarach, mas los disparos de la fusilería les dan cuenta de cómo esta posición se hallaba en poder del enemigo. Así la situación, llega una segunda orden del Alto Mando, reiterando la retirada, pero en términos vagos, poco precisos. Para llevarla a cabo en debidas condiciones de seguridad, no le queda a Vives otro recurso que tomar la dirección del sudeste, es decir, hacia el Ampurdán.

Así obligado, no pudiendo acogerse a la fortaleza de Figueras, era la llamada en esta comarca costera, la *Mala Veyna*, en catalán, o *Mal Vecina*, en castellano, la indicada para abrigo de sus fuerzas, nombre tomado de las ruinas de una vieja torre destruída por el abandono de los hombres y el batir de los vientos del mar. La posición de que estamos tratando dominaba una línea de cinco mamelones, extendida, casi paralelamente a la costa, entre Carigollas y Perelada. Antes de la erección de Figueras, había tenido una gran importancia, siendo indicada por Vauban como un excelente refugio, para un ejército batido en el Ampurdán. La Malvecina había de ser el punto de abrigo y resistencia de las tropas de Vives.

No podía creer este Mariscal de Campo que la retirada de nuestras tropas de la izquierda y centro tuviese un carácter general, y, mucho menos, que no fuese la fortaleza de Figueras el centro de refugio para ellas elegido. Así las cosas, esta fortaleza veríase apoyada por la posición de La Malvecina, quedando a la caballería la misión de guardar la llanura que se extendía entre una y otra. Al efecto, a las tres horas de la tarde, nuestro General formó los nueve mil hombres con que podía contar, en orden de batalla, teniendo a su disposición treinta y dos piezas de artillería de toda clase de calibres, y de las cuales ocho de ellas eran obuses.

Proposición del General Vives al Marqués de las Amarillas. El Vizconde de Gane protege la retirada de las tropas de Vives a Gerona

Conociendo Vives gran parte de lo que había ocurrido, propuso a Amarillas el reunirse con él bajo los muros de Figueras. La proposición fué rechazada, desde luego, no tardando en saber que el ejército español se alejaba ya de Figueras en dirección al valle del Fluviá, según indicamos antes. No le quedaba al digno General español otro recurso que ejecutar, igualmente, una retirada en condiciones nada favorables. El Vizconde de Gand, que merecía toda la confianza de Vives por su brillante comportamiento y excelentes cualidades de toda clase, y que había sido designado para la ocupación de La Malvecina, recibió ahora el encargo de protegerla. No pudo de mejor manera desempeñar su mi-

sión : «Siempre atacado, mas constantemente en buen orden —afirma el testimonio de Luis de Marçillac— hizo frente al enemigo, y sin ser nunca arrollado, y disponiendo siempre de toda su artillería, atravesó la llanura del Ampurdán, mereciendo el derecho a la celebridad y a la estimación de cuantos saben apreciar el verdadero mérito y a la recompensa de su Soberano.»

Llegada del Vizconde de Gand a Castellón de Ampurias. Su proposición ante el Consejo de Guerra celebrado por los Generales españoles

«Llegado a Castellón de Ampurias el Vizconde de Gand —sigue informando el citado escritor francés —hizo presente al Consejo de Guerra, formado por los Generales españoles, bajo la presidencia del Marqués de las Amarillas, que debiendo tomarse para llegar a Gerona los caminos que atravesaban la montaña no sería posible el llevar a ella la artillería que había podido salvarse; era preferible enviarla con una buena escolta a Rosas, en donde podría ser embarcada, caso de no ser necesaria para la defensa de la misma. Proposición semejante fué aceptada por nuestro Mando Superior, y en tanto que, de un lado, la artillería llegaba felizmente a Rosas, la División de Vives entraba en Gerona, tras una marcha que había durado veintitrés horas, siendo, entonces, cuando pudieron enterarse de la serie de desdichas caídas sobre las tropas de la izquierda y del centro.»

Y fué en esta ocasión cuando el Marqués de las Amarillas, que aún ignoraba si el Conde de la Unión había sido hecho prisionero o muerto, envió un trompeta al General francés, solicitando la respuesta de que dimos cuenta anteriormente.

Significación de los dos ataques primeros a las líneas de Figueras.

Desarrolladas en la forma que lo hemos descrito las dos acciones de los días 17 y 20 de noviembre, y que, en su conjunto, constituyen la llamada segunda batalla de las líneas de Figueras, hay que reconocer cómo ésta representa un legítimo motivo de orgullo y de alabanza para los franceses. No cabe duda, que ambas acciones, merecen ser consideradas por ellos como gloriosas, y, por tales, dignas de recordación. Como lo hicimos con anteriores batallas, someteremos ésta de que ahora estamos tratando al oportuno juicio crítico, que permitirá nos formemos un pleno conocimiento de ella.

Juicio crítico de las operaciones que se ha descrito. Actuación francesa

Recordemos, ante todo, que, en la primera batalla, a pesar de la derrota de la izquierda del ejército francés, toda la ventaja resultó de parte suya, y en tanto que el movimiento imaginado por Morla no ha-

bía tenido ningún resultado, el de Augereau fué, por el contrario, decisivo, y no trató de otra cosa que de recoger el fruto de su victoria. Pérignon, que tan digno se había manifestado de suceder a Dugommier en el alto mando que ejerciera, «juzgó sabiamente que su antecesor había cometido una falta estableciendo sus tropas sobre una línea paralela y descuidando reforzar su derecha en la que se encontraba el punto más favorable a la ofensiva (Jómini)». Dejó pues, para el día 20, la ejecución de nuevas disposiciones, que atestiguan la precisión de su golpe de vista militar. Gran acierto suyo fué el disponerse, en vista de la situación peligrosa de Courten, en trance de agobiarles por completo y con tal propósito, acertado estuvo en reforzar al General Augereau en la Roca Blanca, enviándole las Brigadas Guillot y Chabert, sacadas, como sabemos, del centro y de la izquierda.

Hemos de reconocer, de todos modos, que, el nuevo General en Jefe del ejército francés en los Pirineos Orientales, hubo de ser secundado con gran acierto por sus subordinados. Hay que destacar sobre todo, la actuación de Augereau. Desde el primer momento, la disposición dada a sus tropas para iniciar su avance en la madrugada del día 20, le acredita de un buen General. Sabemos en qué forma, desde su vivac de la Roca Blanca, hubo de llegar ante la posición de Roure y, una vez tomada ésta, sin tardanza alguna, marchó a Pont de Molins, que le aseguraba el paso de la carretera internacional sobre el Muga. La empresa que a él le correspondía de atacar al flanco izquierdo de nuestras líneas, en tanto que la División central al mando de Beaufort, lo hacía de frente, llevóse a cabo con toda precisión, y con el mayor éxito.

Afortunada fué también la operación llevada a cabo por la División francesa encargada del ataque central. No pudo ser tan brillante en un principio la labor de Sauret en la izquierda, y es posible que se hubiera visto en situación muy difícil ante el General Vives y el Vizconde de Gand, a no hallarse éstos obligados a retirarse por las circunstancias que conocemos. Digna es de alabanza la decisión de Sauret de hacer empujar por la Brigada de Micas, la nuestra de Saint-Hilaire, y los emigrados de la Legión de la Reina hasta San Clemente, así como a la de Taranco sobre Masarach por el General Pelletier, pudiendo este último efectuar su unión con las tropas de Víctor, a poca distancia de este pueblo, y forzando a los nuestros a abandonar varias piezas de cañón.

En cuanto a la conducta de las tropas francesas, tampoco cabe decir nada en su contra. Disciplinadas, obedientes a las órdenes de sus Jefes, decididos a alcanzar la victoria, y firmes siempre en este propósito, llevaron a cabo su empresa, viéndola coronada por el éxito más satisfactorio. Recordemos su conducta cuando los Cazadores del General Bon desembocaron en la meseta que sirve de asiento a la formidable posición española de Roure y fueron recibidos por una descarga general de la artillería del fuerte; el ataque posterior de los soldados de Guillot; la marcha audaz del Jefe de Batallón Verdié, con un puñado de

cuatrocientos ochenta voluntarios sobre el campo de Llers, y el avance de las Brigadas Martín, Banel y Rougé en el sector central, en dirección a Pont de Molins.

Hemos de recorda, igualmente, la serenidad de las tropas de Causse, que en el ala izquierda del frente francés hubieron de desplegar ante los reductos de Villaortoli, y contener el empuje de nuestra caballería. Lejos de retroceder los Granaderos del ejército Republicano, obligan, con sus fuegos, a retroceder a nuestros jinetes, que se ven eficazmente batidos: «Comprendiendo entonces —informa Fervel— el papel que se les impone, nuestros soldados se inquietan, protestan de ser todavía inútiles al ejército y es, entre ellos y Sauret, *como se entabla la lucha*. Dejados obrar Ciudadano General, clama corriendo hacia él un joven Miquelete empapado en sangre. No es por vuestra culpa, son esos castellanos que nos atacan; es preciso defendernos; tened la bondad de dejarnos que les demos una lección. Y, esto dicho, declara que no quedará tranquilo hasta que haya saldado su cuenta con los españoles.»

Pudiera tacharse a Perignon de excesivamente prudente por no haber ordenado una enérgica persecución de nuestras tropas, en su retirada a Gerona y a Castellón de Ampurias. Pero consideramos es necesario darse cuenta de la realidad y comprender hasta qué punto las tropas francesas debían estar agotadas después de jornada tan intensa y fatigosa. Y es muy lógico se decidiera a no empeñar a sus soldados, según hubimos de exponer a que se entregasen de nuevo a una operación que había de realizarse entre una formidable fortaleza y aquella ala derecha del ejército español que se retiraba, casi intacta y en buen orden, según lo confiesa la propia información enemiga. El mismo Perignon podía apreciarlo así por sus propios ojos.

Actuación del ejército español

Por lo que a la actitud y decisión de nuestro alto mando se refiere, y a la conducta y moral de las tropas a sus órdenes, desfavorable es, en alto grado, lo que puede comentarse. Frente a las acertadas disposiciones, que dan buena prueba de la precisión y buen sentido del golpe de vista militar de Perignon, nuestro Conde de la Unión, conocedor de la muerte del General Dugommier, y confiando en la ventaja que para él representaba este suceso, permanecía tranquilo y ocioso, en Figueras, dejando a sus tropas dispersadas en cien puestos diversos. Por el propio testimonio de Morla sabemos cómo trató de influir en el ánimo de su superior para que reuniese veinte mil hombres y cayera sobre el centro y la izquierda de los franceses, y, llegando a agobiarlos, apoderarse de Bellegarde y hacer retroceder su derecha a las montañas, en donde acaso hubiera quedado, si no del todo presa; por lo menos, dispersada.

No hemos de repetir las razones entre ambos Generales españoles cruzadas y cuál fué la decisión de nuestro General en Jefe. Aún des-

EN MANIFESTACION DEL UNIVERSAL APLAUSO

CON QUE EL PUEBLO DE LA M. I. CIUDAD DE BARCELONA HA CELEBRADO LA ENTRADA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON LUIS DE CARBAJAL Y BARGAS, CONDE DE LA UNION, GENTIL-HOMBRE DE CAMARA CON EJERCICIO, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA DISTINGUIDA ÓRDEN DE CARLOS III, CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SANTIAGO, COMENDADOR DE SAGRA Y SANET, GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DEL EJERCITO Y PRINCIPADO DE CATALUÑA, PRESIDENTE DE SU REAL AUDIENCIA, Y GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO DEL ROSELLON, &c. &c. &c.

S O N E T O.

*Calle Roma los ínclitos trofeos
Con que premió los bélicos afanes,
Que hoy solo los esmeros Catalanes
Pueden llenar sublimes los deseos.
Los arcos, los triunfos, los arreos
Que ilustran los insignes Capitanes,
No son caducas palmas, ni arrayanes,
No son perecederos mausoléos:
El general aplauso y la alegría
Son el lauro mayor con que corona
A un Xefe que su amor apetecia
La siempre generosa Barcelona;
Quando ve que en valor, prudencia y celo,
Forman tan GRANDE UNION el Rey y el Cielo.*

pués de la desfavorable situación en que habían quedado nuestras tropas a raíz de la jornada del día 17, ella no era tan desesperada que no permitiera al Conde de la Unión llevar a cabo, con buen éxito, una reacción ofensiva. Y la positiva fortaleza de nuestras líneas fortificadas y la ventaja que para los nuestros pudiera representar la zona montañosa que se extendía al flanco izquierdo de nuestro frente, eran todas ellas, circunstancias que no hacen ilusoria tal afirmación. Claro está que fundamentalmente todo el plan de combate, aparte del acierto de sus determinaciones de orden táctico, tenía que descansar siempre en la actitud y conducta de las tropas, y, éstas, por razones que pueden comprenderse, no se encontraban en un estado muy satisfactorio que digamos. El fracaso de las anteriores jornadas, la falta de armonía entre nuestros Generales y, como consecuencia de todo ello, la desconfianza del mando en el ánimo de sus subordinados y de éstos en el acierto de aquéllos, eran las que, por desgracia, hacían expuesta y difícil toda acción por nuestra parte.

Sea o no rigurosamente cierto que nuestro Conde se dejara influenciar por los consejos del emigrado rosellonés Campanye, su creencia de poder arrojar del territorio español a los franceses a cañonazos, acudiendo para ello a la fortificación en su más amplio concepto, entrañaba un error fundamental. Se imponía un impulso, un desarrollo de actividad y de movimiento que la fortificación podía apoyar, pero nada más. Fiar en ella era someterse a su fijación, a su permanencia y, por lo tanto, perder energías capaces de impulsar hacia delante, de poder maniobrar rápidamente. Ante un enemigo audaz, maniobrero, impulsivo, la iniciativa tenía que estar de su parte, la situación del ejército español resultaba subordinada, desfavorable, ineficaz.

Llegado el momento crítico Unión no vacila, y su conducta responde a su reconocido valor. La noticia del ataque a la posición de Roure, que él estima en condiciones de sólida resistencia, causa su asombro, comprende la amenaza que su pérdida representa para el éxito de su empresa y, llevado de su espontáneo impulso, se lanza al sitio atacado sin más compañía que la de su ordenanza, y envía, según indicamos, recado a todos los Generales y al Cuartel Maestre para que le sigan en la referida dirección. Por un momento, nuestro Conde pudo ordenar su tropa y defender el reducto de la izquierda, mientras el Conde de Molina mandaba el de la derecha. Su heroico valor le lanza fuera al ver que los enemigos se aproximan con empuje poderoso, tan sólo le siguen treinta hombres; su intento resulta vano, los enemigos logran entrar en la posición, las tropas que la defendían huyen desenfrenadamente, el General no tiene más remedio que seguirlos y cuando a su lado cae muerto, herido por la espalda, el Ingeniero extraordinario don Miguel Jaramas, al apearse de su caballo, cae instantáneamente muerto. No hemos de repetir ahora en qué forma quedó abandonado en el lugar de su caída.

**Juicios acerca del General Conde de la
Unión**

De su conducta, dejando a un lado los juicios de don Tomás de Morla y de los demás comentadores de ella, recogeremos ahora la del ilustre General Gómez de Arteche: «Muerte más gloriosa, más envidiable, por consiguiente, no es posible ambicionar por un general, y sobre todo, cuando se halla en las circunstancias en que se vió el Conde de la Unión, el 20 de noviembre de 1794. Más que los errores que pudiera cometer, lleváronle a ellas las fuerzas de un destino que es de presumir habría del mismo modo inutilizado los esfuerzos del jefe más hábil y experto. La superioridad del ejército francés era evidente, así por el número de sus soldados como por el espíritu creado en ellos con las victorias ya alcanzadas, y el estímulo de las que obtenían sus compañeros de armas en los demás teatros de la guerra. Sólo la paralización de las operaciones por efecto de los sitios de Collioure y Bellegarde, pero sobre todo por la apatía de Dugommier «presa en sus últimos momentos como dice Fervel, de esa agitación misteriosa que acaba a veces por apoderarse del hombre cuyos destinos van a cumplirse, podía mantener nuestras fuerzas en posiciones tan próximas a las del enemigo; y cualquiera, repetimos, que las hubiese mandado se habría visto vencido y roto. Eran necesarios rasgos extraordinarios de un genio sobresaliente, de los que aparecen pocos en escena durante las eternas luchas de la humanidad, para haber superado los obstáculos que opusieron al Conde de la Unión tan fatales circunstancias, desde que, a pesar de sus protestas, hubo de tomar el mando del aquel ejército.»

«Valiente hasta la temeridad y amigo de congraciarse con el soldado, apreciador de una virtud que para él es siempre la primera, se dejaba llevar, quizás con exceso, de esa inclinación, sin pensar en que todos los organismos exigen perfecto equilibrio en los elementos que les constituyen, si han de funcionar según su naturaleza y objeto; el militar, entre los demás, movido por resortes de cuya mejor combinación dependen su fuerza y sus éxitos. Lo rápido de su carrera y más aún lo inesperado del mando que se le confió sucediendo en él a un Ricardos, cuya superioridad de talento nadie se atrevía a desconocer, atrajeron a Unión el descontento de muchos, y ¿por qué no decirlo? la envidia de varios de los generales que, de más antiguos que él, fueron a parar a ser sus subordinados. Acusáronle, como siempre sucede, jefes y oficiales, de parcialidad en sus juicios, y en el reparto de las recompensas y gracias que podía otorgar; y el desvío que observaba en los generales y las murmuraciones que oía en sus más inmediatos superiores; las desgracias, sobre todo, en las operaciones ejecutadas en aquella campaña, llegaron a influir en el espíritu de la tropa, que dejó luego de admirarle como antes. No es posible, sin embargo, sustraerse al atractivo que ejerce el recuerdo de su lealtad inquebrantable, de su intrepidez, ni una sola vez desmentida, de su fin glorioso y de los sentimientos ca-

ballerescos de que tantas pruebas había dado en su vida, para rendir al Conde de la Unión el justo homenaje de honor por virtudes militares y cívicas de tal y tan subido precio.»

Al llegar a este punto, nuestro historiador se cree en el caso de tener que manifestar que: «Es inútil detenerse en demostrar lo absurdo de la versión, no poco esparcida, de que la muerte del Conde de la Unión se debiera a un acto de venganza, indigna del soldado español, e inverosímil, pues ninguno de los 51, castigados por su indisculpable conducta del día 27 de septiembre, dejó de mostrarse el primero de noviembre merecedor de recobrar el uniforme y la escarapela de que se les había privado, y de volver a los cuerpos de que fueron expulsados.»

Impresión causada en España por la muerte del Conde de la Unión

De todos modos, según propia declaración de este historiador militar: «Su desgracia fué lamentada en toda España, y buena prueba de ello dieron las honras fúnebres que se celebraron en las principales iglesias, en las de Cataluña particularmente y del Perú, su patria, donde resonó además la voz de elocuentísimos oradores que ensalzaron hasta las nubes sus ya altos merecimientos. Perdióse el sepulcro que encerraba sus restos, devueltos por los franceses, en las ruinas del convento de San Francisco, de la capital del Principado, pero aún se conserva en España la memoria de *aquél*, según el P. Delbrell, *irreconciliable adversario de la Revolución, infatigable defensor de las tradiciones religiosas y sociales que no eran sólo las de su país, sino las de toda la Europa cristiana.*

Consideraciones sobre la conducta observada por los Generales españoles

Sobre la conducta de nuestros Generales Courten, Amarillas y Vives, digna de alabanza es la de este último, y disculpable las de los dos primeros. No lo es, desde luego, la observada por el Marqués y el Príncipe de Monforte, al sostener una discusión a causa de la negativa de uno y otro de aceptar el mando superior del ejército español y en este proceder de uno y otro General y resuelto el Marqués de las Amarillas a aceptarlo, queda para el Príncipe la desfavorable concen tuación. De todos modos aceptado por *aquél* la suprema dirección del ejército, debió proceder con mayor rapidez, no entregándose a inoportunas conferencias y dilaciones.

La anterior conducta de este General, como encargado del centro de nuestro frente de batalla, viene justificada en cierto modo por el rápido retroceso de nuestra ala izquierda al mando de Courten. No pudo este veterano y meritísimo General hacer gran cosa ante la desfavorable presión de los hechos y de las circunstancias. El avance victorioso de Augereau desde el primer momento, la conquista del llamado

fuerte central construido en lo alto de la montaña de Escaulas, sin quemar un grano de pólvora, siendo sacrificados sin piedad los cuatrocientos hombres que en él se dejaron sorprender, iniciaron fatalmente la jornada en contra de nuestras tropas.

Tras la pérdida de la meseta de Roure y la muerte del Conde de la Unión, no quedaba otro recurso que el de continuar un retroceso, realizado en circunstancias verdaderamente difíciles y, sin duda alguna, la desmoralización de sus tropas no debió permitirle poder llevar a cabo ninguna reacción salvadora. A pesar de todo, pudo Courten formar el ala izquierda bajo el cañón de la plaza, pero pronto pudo ver, según sabemos, cómo descendían en columna los Cazadores de Bon y las Brigadas Guieux y Guillot, que ante él se apresuraron a desplegarse en orden de batalla. Para mayor desgracia, fracasado el intento del Teniente General Mendinueta, que quiso parar con las cargas de su caballería el avance enemigo, pero que cargada por los Cazadores de la Gironda, desapareció en seguida del campo de batalla, con lo cual pudieron los franceses apoderarse fácilmente de dos reductos que batían el gran camino por donde avanzaban las columnas de Beaufort, ¿puede extrañarnos de que Courten, convencido de que en modo alguno podría resistir con sus tropas descorazonadas el victorioso empuje de los republicanos, se decidiera a abandonar las alturas de Aviñonet dando parte de cuanto le ocurría al Marqués de las Amarillas, en el momento en que a conocimiento de éste llegaba la noticia de que los republicanos echaban al Brigadier Molina del puesto de la Pedrera?

Después de deliberar con otros Generales si defenderían el campo atrincherado, establecido ante Figueras, entre Aviñonet y sierra Mijana, o de retirarse a Gerona o, en último término, si se pararían sobre el Fluviá en una posición intermedia, decidióse la retirada a Gerona y habiendo recibido Courten la noticia de cubrirla, acertada fué su disposición de trasladarse a la izquierda y disponer que el General Izquierdo fuese a toda prisa a ocupar un puesto en el pico de Oriols, con cuatro mil hombres de a pie y tres mil caballos, según hubimos de indicar anteriormente; asegurando de este modo, el paso de la ribera citada por Bascara.

Brillante actuación de Vives

En cuanto a la conducta de Vives, el propio Fervel manifiesta, refiriéndose a nuestra ala derecha que, «este ala, en efecto, no se había dejado arrastrar y, el General que la mandaba, el bravo Vives, sostuvo hasta el final, como el 12 Floreal en el Puente de Ceret, el honor de las armas españolas», con lo cual resulta plenamente justificado que el General Arteché declare que: «Si triste y hasta vergonzoso resultaba la jornada de aquel día en el centro e izquierda de la línea española, feliz y brillante aparecía en cambio la derecha, donde el General Vives

dió muestra elocuentísima de un mérito que le valió los mayores elogios de propios y extraños».

Por su parte Luis de Marçillac, al reseñar la acción que nos ocupa informa que, cuando nuestras tropas recibieron la orden de retirada a Masarach y de seguir la artillería: «abandonaron entonces la ofensiva, y se retiraron con tanta sangre fría cuanto habían puesto de impetuosidad en la carga». Llegaron ante Masarach y, como sabemos, los disparos de fusil anunciaron que este lugar se hallaba en poder del enemigo. Y cuando el historiador francés se refiere a la orden general de encaminarse hacia el Fluviá, declara sin distinguos de ninguna clase: «Júzguese del asombro de estas tropas de la derecha al pasar tan bruscamente de la victoria a un estado de derrota tan lamentable; síganselas en su retirada y dígase entonces *si el soldado español bien mandado no puede ser comparado con el primer soldado de Europa*». Juzgamos a este propósito no hallarse obligado un escritor francés, aunque militase en nuestro campo, a dejar estampada declaración tan terminante y laudatoria que parece motivada por un sincero culto a la verdad y a la justicia.

La conducta del Marqués de las Amarillas como General en Jefe

El Marqués de las Amarillas al dar cuenta en 21 de noviembre, desde Gerona, que la acción de que estamos tratando, justificaba su retirada a esta plaza diciendo textualmente que, como consecuencia del Consejo reunido en Figueras al encargarse del mando: «Resolvióse después con unanimidad que no restaba otro partido que el de retirar el ejército a Bascara, posición intermedia entre Figueras y Gerona, o a esta plaza; aunque se oponían a lo primero las graves dificultades de lo adelantado de la estación, y carecer absolutamente de tiendas, pero cuando se iban a dar las órdenes vinieron avisos de que las tropas de don Juan Courten habían perdido todos los puestos que defendían, y seguidamente oímos hacer fuego contra el castillo a la batería más inmediata a él, donde se habían colocado parte de las tropas retiradas a las órdenes del Conde de Mollina; lo que imperiosamente obligó a que marchásemos para esta plaza, por la dificultad de traer al ejército en el orden conveniente.»

En trance semejante resulta muy justificada y oportuna la prevención tomada por el Marqués de que, Izquierdo tomase la posición de Bascara o la de Puig Oriol, lo que hubo de realizarse en la forma que expusimos y que don Juan Courten, con las tropas a su mando y la Brigada de Carabineros al de sus Jefes, cubriese la retaguardia. El veterano General no se olvidaba de dar cuenta de cómo «las tropas habían llegado, aunque dispersas las de algunos cuerpos que pudieron reunirse y de que, previsoriamente, las había alojado en la plaza de Gerona y lugares inmediatos, por no dejarlas a la inclemencia.»

Igualmente resulta acertada la disposición tomada por el Mariscal

de Campo don Juan Miguel de Vives, que «hubo de llegar a Gerona con las tropas a su mando, dejando en Rosas la parte que se le había prevenido. Mas, como quiera que algunas se habían retirado a dicha plaza con la artillería consiguiente, indicó al Teniente General de Marina don Federico Gravina, de que todo el exceso de tropa que hubiera señalada para su defensa, y la artillería de campaña mencionada que no pudiera venir sin riesgo por tierra, las embarcase y trajese a Palamós u otro puerto inmediato.»

La batalla de las líneas de Figueras, según el parecer francés

Para finalizar, juzgamos que sería dejar incompleto nuestro trabajo si no expusiéramos, a continuación, el concepto que, de esta jornada, hubieron de formar los enemigos, y los resultados que de ella se siguieron. Nada más oportuno al efecto, que transcribir íntegramente, como lo hemos hecho otras veces, cuanto Fervel, brillantemente expone en su conocida historia tantas veces citada: «Esta jornada —afirma— es una de las más admirables de nuestros anales. En efecto, ella no sólo nos valió la adquisición de trofeos propios de todas las grandes victorias, sino además, doscientas bocas de fuego y las tiendas y los bagajes de todo un ejército, sin contar los despojos ópimos del Jefe de este ejército (1); y no esto solamente, sino lo que es un incidente ya singularmente raro en un encuentro de esta importancia; los vencedores no hicieron ningún prisionero y sacrificaron a ocho o nueve mil hombres sin misericordia, y sin distinción, así al combatiente como al que suplica la vida: al Oficial como al soldado, testigo es el General que tendiendo su espada a uno de los nuestros, al General Duphot, fué por éste atravesada su mano. Pero esta batalla fué significada por un hecho no menos excepcional que diríamos inusitado en los fastos de la guerra, por una hazaña que no ha sido suficientemente celebrada ni se sabría hacerlo en todo su mérito. Nos referimos a la maravillosa conquista realizada a la bayoneta y, en menos de cuatro horas, de más de ochenta reductos, no esas obras iniciales, sin consistencia, defensas efímeras que la debilidad y el temor improvisan en una noche contra un peligro pasajero, sino constituidos por atrincheramientos sólidos que casi revestían caracteres de permanencia, obras concienzudamente estudiadas, laboriosos productos de una paciencia de seis meses, durante los cuales cincuenta mil hombres (2) habían acumulado a placer cuantos medios de resistencia pudieran ser imaginados. Jamás la preparación de un ejército había cedido tanto ante el incalculable límite de los prodigios que una crisis de algunas horas pudo causar.»

(1) Se refiere, como puede comprenderse desde el primer momento, a los restos mortales del Conde de la Unión.

(2) Ya sabemos con qué facilidad la exuberante fantasía de Fervel aumenta en algunos casos el valor de las cifras y de los hechos.

Valor de la fortificación ante la actividad maniobrera de las tropas

«Tantos obstáculos materiales, tan rápidamente inutilizados, constituyen un hecho de guerra digno de excitar nuestras meditaciones a continuación de nuestros elogios. ¿Dónde encontrar, en efecto, una prueba más brillante de lo poco que vale en un campo de batalla, delante de tropas maniobreras, el sistema exagerado de las líneas fortificadas?» Para seguir transcribiendo lo que a continuación de los conceptos anteriores expone el historiador militar francés, es necesario que nos coloquemos en las propias situaciones de tiempo y espacio en que él se encontraba. «Esta lección, hoy —arguye Fervel—, pudiera parecer acaso superflua, pues, en efecto, ¿qué ejército, encontrándose en la situación de los españoles en 1794, trataría de renovar lo que, entonces hizo, su inhabil y desgraciado jefe? Mas este grande y terrible ejemplo, dió sus frutos en tiempo oportuno dado que se hallaba todavía en una época en la que el antiguo método de guerra comenzaba a dar plaza al sistema actual. Incluso podría citarse a esta batalla de las líneas de Figueras como un último y gigantesco duelo entre la antigua escuela de posiciones y la moderna de maniobras, Escuelas cuya personificación corresponde de derecho a dos pueblos que tan frecuentemente han sido proclamados los campeones, éste, del pasado, aquél, del porvenir (1)»

Una vez más el error francés sobre las características de la acción desarrollada por el ejército español

«Se ha dicho con toda verdad que, estas dos naciones tan diferentes cuanto vecinas, han venido como, a encontrarse, en un campo cerrado, para poner a prueba en un lance decisivo, sus genios guerreros tan contrarios. Ciega, sectaria de una táctica que había contribuido a su gloria en el siglo XVI, la terquedad española hubo de dedicarse ampliamente a la construcción de inmensas obras en las cuales en otro tiempo, había inmovilizado su pesada artillería, sus pesados Batallones tan famosos: mas todo este aparato fué aniquilado en un momento de rápida inspiración del instinto revolucionario, por un soplo de la furia francesa.»

Juicio de Marçillao sobre el verdadero carácter del ataque del día 17

Para terminar este Capítulo advertiremos que, según lo expone Luis de Marçillac; «el ataque del día 17, fué un movimiento combinado en

(1) Sin entrar a discutir la exactitud del pensamiento de Fervel sobre el particular, recogemos unas declaraciones que, de tal suerte, señalan a España un papel predominante en el curso de la Historia militar.

toda la extensión de la frontera de Cataluña, puesto que el mismo día que los franceses atacaban las líneas fortificadas de Figueras, hubieron de presentarse también, ante Puigcerdá; pero fueron contenidos por los Somatenes y, tanto Seo de Urgel como Camprodón, quedaron en nuestro poder.»



CAPITULO XXIV
Capitulación de Figueras

El ejército francés se establece ante Figueras dispuesto a emprender el cerco de esta plaza



ESTA descrita en el Capítulo anterior la segunda batalla de las líneas de Figueras, desarrollada en el día 20 de noviembre. La tarde de este día fué utilizada por el ejército francés, realmente agotado, en vivaquear sobre el campo de batalla y recuperar, en lo posible, las energías perdidas. La imperiosa necesidad de no aumentar aún más la fatiga de las tropas, forzó al Alto Mando a disponer que cada División lo hiciera sobre el propio terreno que acababa de conquistar. Por consecuencia, la derecha del ejército francés quedó establecida a lo largo de las alturas que se extienden, desde las primeras eminencias que dominan la fortaleza de Figueras, el Castillo de San Fernando, hasta la meseta de Llers; entre Pont de Molins y Capmany, el centro; y a lo largo del camino de Rosas a Garrigollas, la izquierda, en la que el General Sauret había procurado a toda prisa reunirse con su Lugarteniente Causse, y sus dos otras Brigadas de Motte y de Victor. Pero al día siguiente (1.º Brumaire) esta disposición hubo de ser convenientemente modificada y, así, la extrema francesa vino a quedar prolongada por las crestas que se alzan ante Figueras, por el O., para ir a descender, más adelante, al apoyo del valle del Manol. Acabado de reunirse con la División del centro la Brigada Chabert, Beaufort agrupó sus cuatro Brigadas cerca del puente del bajo Ricardell, entre Pont de Molins y Vilarnadal, enviando en seguida sus Cazadores a reconocer la bella posición de Alfa, al otro lado de Figueras y del Manol. Por último Sauret, reunido con la Brigada Guillot, aproximóse a la fortaleza de Rosas.

Al día siguiente, para terminar el cerco de Figueras, Perignon envió su caballería a Vilateneim, con orden para el General Quesnel, que la mandaba, de vigilar las orillas del Manol, desde Vilafany, en donde estaba asentada la derecha de Augereau, hasta la citada colina de Alfa, alrededor de la cual, como acabamos de decir, la División central había instalado sus dos Brigadas, en tanto que las otras dos se dirigían a la izquierda. Este movimiento tendía a relacionar la línea de sitio, que acababa de rodear a Figueras, con la División Sauret, que

persistía en su labor de ocupación de las avenidas que conducían al Puerto de Rosas.

Los franceses quedaban, por lo tanto, en condiciones de hacerse dueños de esta parte del norte de España, tan pronto cayesen en sus manos las dos fortalezas de referencia; el Castillo de San Fernando de Figueras y la fortaleza de Rosas; asegurando Fervel que los suyos se encontraban en situación de atacar, indiferentemente, una u otra de ellas. Pero, por lo que él mismo declara, según todas las apariencias, el General en Jefe del ejército francés se proponía comenzar por el ataque a Rosas, y decidióse a hacerlo por la de Figueras, al tener conocimiento de lo que en ella pasaba. Y esta sugerencia del historiador francés tiene su fundamento, pues, como él mismo afirma: «la fortaleza de Figueras pasaba justificadamente por una de las primeras de Europa. Por el contrario el pequeño puerto de Rosas, que nos fué preciso conquistar a viva fuerza en uno de los más tristes períodos de derrota, durante la desastrosa campaña de 1795. ¿Qué resistencia podía oponer? Se pensaba generalmente en nuestro estado Mayor, que tan sólo tendría valor en nuestras manos para cerrar la costa a los españoles, y asegurar el flanco izquierdo del ejército invasor». En cambio, el propio Dugommier había informado al Comité de Salud Pública que, en cuanto a Figueras, *era la más fuerte plaza fortificada de España*.

Perignon se decide el 23 de noviembre a realizar el ataque a la fortaleza española, abandonando el proyecto de hacerlo primeramente contra Rosas

¿Qué sabía por lo tanto Perignon sobre lo que ocurría en Figueras, mejor dicho, en su castillo, para decidirse el 23 de noviembre, o sea, el 3 Primaire, a atacar esta posición? Dejemos que sea la propia información francesa la que nos ilustre: «había ocurrido, en la jornada del día 30 Brumario (20 de noviembre) un hecho inusitado que será suficiente a explicar todo cuanto Perignon acababa de saber: en el momento mismo en que el cañón de un ejército victorioso batía los parapetos de esta fortaleza, se había hecho, inmediatamente, salir a casi toda la guarnición para contener a los fugitivos, y éstos habían arrastrado, en su derrota, hasta el último de los imprudentes defensores. ¿Y por qué? ¿habían sido éstos reemplazados? Por los más espantados de los fugitivos, por un tropel de ocho a nueve mil hombres de toda procedencia, que habían invadido, mezclados, la fortaleza abandonada. Contábanse, dice una relación oficial, ciento de un Regimiento, cincuenta de otro, treinta de un tercero, nadie se conocía ni se entendía: aquello era la Torre de Babel. No atendían a otra cosa que al sentimiento del terror, y veían franceses y bayonetas en cuantos objetos se fiaban sus miradas espantadas. Tal era, en efecto, su espanto que, en la noche del 30 al 1.º, habían abandonado todas las obras exteriores para retirarse

a la plaza, y no habían consentido en volver a sus puestos, mas a condición de colocarlos a cubierto en los glacis, a dos metros de las empalizadas del camino cubierto, es decir, en el propio coronamiento de este camino, en una larga y profunda trinchera.»

Intimación al Comandante del Castillo de San Fernando. Respuesta dada por éste

El conocimiento de todos estos hechos movieron al General francés a dejar, por el momento, de un lado sus planes sobre Rosas, y enviar inmediatamente al Gobernador de Figueras, o más bien al oficial en quien recaía la responsabilidad de una plaza, en la que nadie mandaba y que no era otro que el Brigadier don Andrés de Torres, la siguiente intimación:

«Un ejército justamente irritado, comunicándote que su indignación ha llegado al colmo, quiere todavía, por uno de esos actos de los que los republicanos son los únicos capaces, enseñarte el medio de obtener su clemencia. El te intima por última vez a que rindas el castillo de Figueras, dado que la constancia en la victoria, que ha podido hacer fija, le asegura la conquista del mismo. Quiere el fuerte, quiere que tú le ofrezcas las llaves como respuesta. Tiembla si tu respuesta es negativa.»

Había entrado ya la noche cuando este duro despacho llegó a su destino, en el preciso momento en que los dragones de Vilateneim penetraban en la población casi abandonada de Figueras, lanzando gritos de viva la República, perfectamente escuchados por los que defendían las obras exteriores de la fortaleza. El desdichado Gobernador, que ya había recibido de parte del General Ouesnel una primera intimación verbal, respondió inmediatamente a Perignon:

He recibido el papel que me has enviado y sin temor a tu amenaza daré mi respuesta en el plazo más breve, no decidiéndome a ello por el momento, dado que mis poderes son limitados.

Perignon se prepara a la oportuna determinación del plan para el asalto

Como hace observar el propio Fervel este lenguaje no era el de un hombre resuelto. Por ello, Perignon lleno de esperanza ordenó inmediatamente a sus ingenieros reconociesen la plaza, a fin de preparar el oportuno plan de asalto.

No hemos de detenernos en la descripción de la fortaleza de Figueras, desde el momento en que no hubo de ofrecer resistencia alguna a los franceses, y actualmente no tiene otra significación que la correspondiente al valor histórico y ejemplar de una obra construida con arreglo a los principios de fortificación de Vauban, tan característico del siglo XVIII.

**Consideraciones sobre la constitución del
Castillo de San Fernando de Figueras**

Recordaremos que este fuerte, cuya denominación oficial fué la de Castillo de San Fernando, recibió tal nombre en homenaje al buen Rey Fernando VI, de tan grato recuerdo, y que su emplazamiento se halla en lo que pudiéramos considerar como el primer escalón de las colinas que, desde este punto, comienzan a bordear la llanura ampurdanesa, al noroeste de la villa, y a una distancia que ya en aquella fecha se encontraba dentro del alcance del cañón: «Ha costado catorce millones de nuestra moneda, declara Fervel, y aunque inacabado en sus detalles no por eso deja de ofrecer el aspecto de una de esas vastas construcciones a que están acostumbrados los españoles, estos romanos del siglo XVI que, aunque habían perdido desde hacía mucho tiempo el rango que correspondía a estos conquistadores del mundo antiguo, no por eso dejaban todavía de construir a su modo, como si trataran de multiplicar los testimonios de una grandeza tan rápidamente eclipsada.»

No creyendo que merecen ser tenidos en cuenta estos aventurados conceptos del historiador francés no juzgamos ocioso dar a conocer a nuestros lectores que, según él: «el fuerte de San Fernando no es, en efecto, uno de esos establecimientos de severas formas que la prudente economía de los modernos se esfuerza en reducir a las más estrictas necesidades de la defensa: es, a lo sumo, se dirá, un monumento póstumo de ostentación nacional, dado que las proporciones a las que estamos habituados dentro del arte de Vauban han sido aquí sobrepasadas. De este modo, no solamente los españoles han prodigado alrededor de este castillo los más anchos perfiles y todas las piezas accesorias de la fortificación más sobrecargada, sino que, llevando más lejos todavía la profusión en el interior de este recinto, han acumulado inmensas construcciones cuya solidez supera a su grandiosidad y que pueden poner al abrigo de las bombas, aparte de los aprovisionamientos de un ejército a seis mil hombres y quinientos caballos. Las cuadras parecen estar dispuestas para el servicio de un palacio, admírase todavía una cisterna gigantesca, igualmente abovedada, con resistencia a toda prueba y capaz de desafiar todas las necesidades de una numerosa guarnición.»

«Este inusitado lujo arquitectónico no conseguía otra cosa mejor que hacer resaltar los graves defectos que la Ciencia reprocha a esta fastuosa construcción» —declara Fervel—, y, a este propósito hace observar cómo algunos ingenieros españoles hubieron de solicitar que se repartiesen entre Rosas y Gerona los gastos proyectados para la de Figueras añadiendo que, según se decía, intereses particulares y de naturaleza totalmente fútil, dieron lugar a que éstos se realizaran a pesar del prudente parecer de estos ingenieros.

No dejando de reconocer que pueda existir alguna exactitud en los anteriores juicios emitidos por este historiador, no podemos estar con-

forme con él en la afirmación de que la plaza de guerra que nos ocupa no interceptaba ningún pasaje ni apoyaba ninguna línea natural de defensa.

Y serían objeto de discusión si, como él dice, en segundo lugar, el asiento mismo del fuerte no está acertadamente escogido, pues sin hablar de una insalubridad manifiesta y completamente local, obediente a una causa desconocida y no imposible de remediar, las fortificaciones son dominadas, al oeste y al norte, por alturas vecinas, y las ondulaciones del suelo, delante de los glacis, facilitan los aproches.

Crítica tan desfavorable va mucho más allá de lo ya censurado, y, así, sigue declarando el historiador francés:

«Estos defectos hubieran podido, con un trazado juicioso, si no hecho desaparecer, por lo menos haberse atenuado considerablemente, pero éste no ha sido el trazado de la fortificación de Figueras. En efecto, este pentágono irregular, alargado de norte a sur, descubre mal el terreno que le rodea, sin que por ello se encuentre al abrigo de las vistas del mismo; sus bastiones son demasiado estrechos, sus medias lunas carecen de saliente y de amplitud; sus obras defensivas no cubren debidamente las partes correspondientes del conjunto o cuerpo de la plaza. ¡Sin embargo cuál no sería el sitio de una fortaleza que sobre sus murallas o paramentos, tan largamente perfilados como sólidamente establecidos, reforzados con tantas defensas, podría poner en batería 171 bocas de fuego y en línea nueve mil hombres, que no tenían nada que temer, ni de las bombas, ni del hambre! ¡Qué empresa sobre todo para unos sitiadores o asaltantes que durante muchos meses habían tenido que proveerse de la escasa pólvora, quemada por ellos durante la batalla, que acababa de conducirles bajo sus muros!»

**Error francés sobre el valor estratégico
y malas condiciones de asentamiento del
fuerte**

Que la situación del castillo de Figueras al flanco occidental de la carretera de Gerona a Francia frente al paso de Perthus y de la fortaleza de Bellegarde no reunía condiciones estratégicas favorables, es cosa que nadie puede poner en duda, por muy poco que se esté versado en las cosas militares. Y respecto a los demás defectos que Fervel apunta, diremos tan sólo, que la propia información francesa no ha podido menos de reconocer cómo desde los altos parapetos del castillo, se domina un ancho campo visual. Por algo el propio Dugommier, la calificaba de una de las mejores fortalezas de España. Y si hemos de atenernos al testimonio mismo de este historiador: «los ingenieros franceses, encargados de informar sobre las condiciones de resistencia de la fortaleza, a fin de disponer el oportuno plan de ataque, reconocieron, desde el primer momento, que de los cinco frentes que presentaba la plaza, dos de ellos podían ser considerados como inatacables.»

Descripción de los distintos frentes de la fortaleza

Estos frentes eran: El que da frente a la llanura a causa de los escarpados que le preceden, siendo el siguiente el que mira a la población, como consecuencia de lo escarpado de su glacis y de la dominación de las obras que lo constituyen. Quedaban, por lo tanto, otros tres frentes opuestos a las alturas vecinas a la plaza; dos al O. y uno al N. Mas si los frentes del O. ofrecen al asaltante un terreno espacioso, fácil de batir y sembrado de accidentes que pueden favorecer la aproximación, tienen, por el contrario, la ventaja para los defensores, al presentarse dispuestos en línea recta y precedidos de salientes atrincherados provistos de un sistema completo de minas susceptibles de causar en un amplio desarrollo las pérdidas más mortíferas. Renuncióse, pues, también a atacar estos últimos frentes y fué tan sólo el del N. contra el que los Cazadores franceses habían ya vuelto los cañones cogidos en los reductos al pie de este glacis, el que mereció la preferencia del enemigo.

Segunda intimación proponiendo la entrega de la plaza

Favorecidos por la ocultación que a las vistas de la fortaleza poseía un barranco al pie de los glacis de este frente, dichas fuerzas sitiadoras pudieron comenzar los trabajos para la construcción de un camino cubierto, aprovechándose, de este modo, del increíble abandono de nuestra guarnición, que no se daba cuenta de este peligro. Por esta razón, los ingenieros franceses calculaban poderse ocupar dicha trinchera desde la tercera noche y que al quinto día los asaltantes podrían dejar al descubierto la batería de brecha; pero, afortunadamente, para los soldados de la República, la cobardía del Gobernador de la plaza hizo vanos semejantes cálculos. El proceso de entrega de la plaza es uno de los más curiosos de la historia. No puede darse un lenguaje más conminativo y enfático que el empleado por el General Perignon en la segunda intimación que el día 23 de noviembre dirigió al Gobernador: *Tiembla si tu contestación es negativa*, hubo de decirle, a lo que Torres prometió dar contestación sin precisar el momento en que lo haría, a causa de no ser amplias sus facultades.

Contestación ambigua del Gobernador. En vista de ella, Perignon concede un plazo más para meditar la resolución oportuna

Pero el día 24 del mes citado la contestación fué enviada, después de haberse celebrado en el castillo de San Fernando un Consejo de Guerra en el que, unánimemente, todos los comandantes de los Cuer-

pos convinieron en declarar que, «por las deficiencias de los medios con que se contaba y para infundir a la tropa la confianza necesaria de que carecía, como experiencias reiteradas le habían manifestado con sumo sonrojo y dolor suyo, eran de parecer de que en las obras exteriores y camino cubierto se pudiese solamente la tropa precisa para dar tiempo a la plaza de tomar las armas, las que retirándose sin confusión y por consiguiente más fácilmente, pudiese continuarse y sostenerse la defensa como lo exigía el decoro y su reputación.»

En consecuencia de tan extraño acuerdo, Perignon recibió la siguiente respuesta: «Esta plaza de que se me hace responsable y que debo conservar al Rey por honor y estimación, está en estado de merecer los esfuerzos del ejército francés, en medio de sus afortunadas ventajas. Lo exige rigurosamente mi decoro, la obligación de los jefes y su guarnición, a más de que no fuera un triunfo a ese ejército se les cediese a solas intimaciones.»

Es muy oportuno el hacer observar, el carácter insinuante de este escrito, pues, como indica Ossorio y Gallardo, era tanto como decirle al General francés: *«Hazme el favor de hacer unos cuantos disparos para que todos quedemos bien»*. La contestación recibida por Torres no era, sin duda alguna, la esperada, al contestarle Perignon en la misma noche del 24 de la siguiente terrorífica manera: «No te lisonjees, cuando te dije ayer *tiembla si tu respuesta es negativa*, quise decir (y debieras haberlo entendido) que toda la guarnición sería pasada por los filos de la espada. Te doy hasta pasado mañana para hacer tus reflexiones, ningún tiempo más.»

Nuevo Consejo de Guerra celebrado en la fortaleza. Torres contesta al General sitiador. Nueva contestación dada por éste a la intimación francesa

En vista de situación tan crítica, el día 25 celebróse un nuevo Consejo de Guerra, que se prolongó hasta el día 26 y en el que se insistió en precisar algunos defectos de la fortaleza y poner otra vez de manifiesto la desconfianza que tenía la tropa en la eficacia de toda actitud defensiva dada su ínfima calidad. No era, por lo tanto, muy a propósito para adoptar resoluciones heroicas, un estado tal de depresión y de pesimismo, y así, el mismo día 26, cuando no habían pasado casi las veinticuatro horas, Torres contestó al General francés esta carta en alto grado expresivo de situación semejante:

«La vida perece, pero no el honor. Esta, sacrificada a la nación le rendiré lo que la debo, sin que el recuerdo de una infamia mancille para siempre a esta guarnición cuyo número me decide ahorrar la sangre. Este sentimiento no es extraño a la nación francesa. Que estas razones sean pues escuchadas y que un ejército victorioso se cubra de gloria y no sea sordo al grito de humanidad. Someto estas reflexiones

al General en Jefe y a los representantes del pueblo para no ser responsable ante Dios de las numerosas víctimas que tendrá a causa del desprecio de estas honrosas proposiciones. Un ejemplo no debe nacer de resoluciones violentas. Convengamos en que el General de quien yo dependo sepa mi situación, es un término bien corto y del que depende la conservación de la especie humana. Así lo espera confiadamente del General en Jefe del ejército francés y de los representantes del pueblo. Torres, Gobernador del Castillo de Figueras». Con el mayor desdén Perignon se limitó a contestar: «que no se tenía nada que responder a semejante carta; que las resoluciones de su ejército eran irrevocables, y que no someterse a su voluntad inmutable era renunciar a su indulgencia.»

El Consejo de Guerra de la plaza acuerda la rendición de la misma

No tuvo que hacer aplicación de ella el General francés, pues reunido de nuevo el Consejo de Guerra de la fortaleza, ante la negativa del Generalísimo francés a concederles demora alguna, en el deplorable estado de ánimo que puede figurarse y, después de un desfavorable informe del Jefe de Ingenieros poniendo de manifiesto en grado máximo las condiciones de incapacidad de las obras de la fortaleza para poder soportar un sitio en regla, decidiéronse por la entrega de la plaza, conformes con el parecer del Gobernador, treinta y seis de los reunidos y tan sólo cinco votaron por defenderse. Fervel equivocadamente indica que el Teniente Coronel Keating, indignado por una capitulación y entrega a discreción semejante, arrojó, contra el muro de la sala donde se deliberaba, la pluma que se le ofrecía para firmar el documento consiguiente estimándolo como una deshonra. Mas en esto el escritor francés comete un error grave, pues no fué dicho Teniente Coronel, sino el de artillería don Joaquín Mendoza, quien hubo de mostrarse indignado procediendo en tal forma (1).

Entrega del Castillo de Figueras

Notificado de esta decisión Perignon, señaló el día siguiente para la reunión de los comisionados y éstos, el 27, se apresuraron a redactar el documento de entrega de la fortaleza con toda la artillería, municio-

(1) El General Gómez de Arce es el que hace notar este crasísimo error cometido por el historiador francés. Precisamente por no oponerse a la capitulación fué condenado a muerte con el Gobernador otro artillero llamado don José Allende y el ingeniero Ortúzar, y hace, asimismo, observar nuestro ilustre General historiador que el Coronel don Joaquín Mendoza, declarado por el Consejo de Guerra que sentenció la causa, acreedor a las gracias del Rey: «Tiempo adelante, sin embarco, y hallándose en el sitio de Gerona, fué destituido del mando que ejercía por el pueblo, que le consideraba partidario de los franceses, necesitando pedir el puesto de mayor peligro para acreditar su patriotismo, y muriendo en la batería de Sarraquinas, en la que, no como soldado, cual él pidió, sino como Jefe de aquella comprometida posición, le había establecido el General Alvarez».

nes y almacenes, habiendo de salir la guarnición con las armas sobre el hombro y a banderas desplegadas y a tambor batiente, armas que serían colocadas en pabellones en el camino de La Junquera, por el que habían de marchar las tropas rendidas para su internación en territorio francés. Como puede verse, Torres aceptó todas las exigencias del vencedor y ni siquiera logró alcanzar un salvoconducto para pasar las banderas y las cajas que se le habían confiado antes de la batalla del 30 y que pertenecían a los Cuerpos extranjeros, no lográndolo tampoco para los sacerdotes que los franceses mantenían en rehenes, ni para una desdichada familia que se creía emigrada.

La entrega de la plaza se verificó a las siete de la mañana del día 28. Dos batallones franceses entraron en ella.

Pudieron los franceses penetrar en la soberbia fortaleza española, y pudieron, asimismo, contemplar cómo estaba todo intacto y nuevo. Víveres, especies, toda clase de líquidos hallábanse almacenados en los grandes depósitos, y los 9.000 hombres que había en la plaza, según dijimos, y que tenían a su disposición 171 piezas de todos los calibres y 200.000 libras de pólvora (200 milliers).

Juicios críticos sobre el carácter de la
rendición de la plaza y la responsabi-
lidad del Gobernador y Jefes encargados
de su defensa

Desfavorable es en alto grado el juicio crítico que merece esta vergonzosa entrega del castillo de San Fernando de Figueras. «Por inconcebible maneira—expone Claudio de Chavy—e com a admiração, e o espanto e o pezar do exercito aliado, o castello de San Fernando de Figueras foi entregue aos francezes, no dia 27 pelas sete horas de manhã». Y Jómini conceptúa, que la guarnición de Figueras tuvo la vergüenza de deponer las armas delante de un cuerpo apenas doble que ella, y que todavía no la había sitiado. Y nuestro General Gómez de Arteche, al exponer que a raíz de la segunda batalla de las líneas de Figueras la campaña podía considerarse completamente perdida, añade: «Pero faltaba al ejército español presenciar el espectáculo de una gran vergüenza, el de la rendición de una fortaleza, virgen, es verdad, todavía de todo ataque, pero que desde entonces mereció el nombre que le han dado sus enemigos, *De la belle inutile*».

Según el juicio de Ossorio y Gallardo, con la rendición de la plaza de que tratamos, «veíamos al infortunio, coronado por el deshonor...» «¿Fué traición, fué cobardía?» pregunta este escritor y a continuación sigue exponiendo: «El primer supuesto repugna. El segundo, es inverosímil. Por medroso que sea un hombre, no se concibe que rinda una fortaleza, sabiendo a lo que se expone con ello, sin sostener siquiera, la resistencia indispensable para el buen parecer. Se comprende que pudiendo foguearse seis meses, sólo se haga durante dos; que, pudiendo

tantear el hambre veinte días, sólo se soporta cuatro; que pudiendo resistir ocho asaltos sólo se resista uno. ¡Pero, ni un día, ni un minuto de sostenerse! ¡Y sin tener, tampoco, la disculpa de que la garnición estuviese insubordinada!»

«No me atrevo a formular opinión que afecte a la honra de nadie. Limítome a decir que no lo entiendo, y que esta triste página de nuestra historia está llena de nebulosidades y contradicciones».

El principal responsable de la capitulación es, desde luego, su Gobernador, el Brigadier don Andrés de Torres, que a su vez mandaba los Dragones de Sagunto. Pero es lo extraño que este Jefe había merecido, hasta aquel momento el concepto más favorable, justificado por sus servicios, muy especialmente en el sitio de Tolón, y por su celo y probidad en la administración de su Regimiento. «No había dado, pues —afirma Gómez de Arteche— motivo para desconfiar de él, y menos para separarle de aquel gobierno que, aun cuando interino, desempeñaba de tiempo atrás y con la suma ya de cuantos datos en recursos y personal fueran necesarios para la defensa de una fortaleza que, por otra parte, no exigía grandes conocimientos por lo robusto, ya que no muy bien entendido, de sus obras».

«A rendirse, pues, el gobernador de una plaza de tales condiciones, a los ocho días de avistarla el enemigo y ante las amenazas que éste pudiera dirigirle, de uso común en tales casos, algo más debió contribuir que el miedo personal y la falta absoluta de toda idea de honor que presupone una entrega que, con razón sobrada, califica de indecorosa, vil e ignominiosamente criminal el Real Decreto que confirmó la sentencia dictada por el Consejo de Guerra de generales celebrado en Barcelona. La idea del abandono en que quedaba la plaza con la retirada a Gerona de un ejército que se consideró desmoralizado y casi disuelto, impotente por mucho tiempo para volver al socorro del castillo, pero más aún una verdadera y eficaz obsesión en derredor de la autoridad responsable, ya conmovida por sus preocupaciones y predispuesta por lo tanto a todo género de debilidades, fueron, a no dudarlo, las causas de acto tan cobarde como él a que se dejó llevar el Brigadier Torres. La opinión, con efecto, acusaba a los otros tres oficiales condenados a muerte con el gobernador, de haberle ganado a sus indignos propósitos ayudados de otro que parece debió su salvación al favor de que gozaba en Madrid por sus pérfidos manejos».

«Sea de ello lo que quiera, lo tristemente cierto y lamentable es que las enérgicas intimaciones de Perignon habían impuesto de tal manera al Gobernador y a muchos de los más obligados a fortificar los principios de honor en que aquél debiera inspirarse, que después de cartas, todas vergonzosas, dirigidas a obtener dilatorias del jefe enemigo, y de conferencias para conseguir de sus subordinados se hiciesen solidarios de la responsabilidad que pesaba sobre él, capituló el Brigadier Torres, antes de que los franceses pusieran una sola pieza en batería contra el Castillo».

El juicio crítico de Marçillac es definitivo, y después de recordar que el Brigadier Torres se portó bravamente en Tolón, y fué uno de los primeros en marcha al asalto del fuerte Pharon, del que dependía la suerte de la población, declara que, en Figuras, fué o cobarde o traidor, o acaso ambas cosas a la vez, y después de hacer el relato de las negociaciones a que dió lugar la rendición de la plaza expone: «No puede hacerse ninguna reflexión sobre esta rendición inconcebible. Hállase por encima de las combinaciones ordinarias, y por debajo de las correspondientes al honor y al cumplimiento del deber. Hecha la paz, el gobernador Torres tuvo la audacia de volver a España, se le remitió a un Consejo de Guerra y fué condenado a muerte; pero el Rey, en lugar de colgar la cabeza de este infame encima de la puerta de entrada del castillo, conmutó su pena con un destierro perpetuo».

**El Marqués de las Amarillas da cuenta
del hecho**

La frase no puede ser más despiadada. El Marqués de las Amarillas, Comandante General interino por segunda vez del ejército de Cataluña, en carta del 29 de noviembre, participaba, según a la letra sigue, el que la información oficial española calificaba de *inaudito* y *escandaloso proceso* del gobernador de la Plaza de San Fernando de Figueras: «Avisé a V. E. lo ocurrido en el ejército hasta aquel día, y siguiendo en tomar todos los partidos y providencias que pueden restablecerlo y ponerle en estado de obrar y defenderse, me sorprendió anoche la noticia tan funesta como no esperada que recibí del Teniente General don Juan Courten, de que cuatro paisanos y tres mujeres que habían llegado de la villa de Figueras, le habían asegurado haberse rendido la plaza de San Fernando por capitulación, quedando prisionera la guarnición, que vieron salir por medio de las líneas de tropas enemigas, añadiendo tales circunstancias que hacían creíble la noticia. En consecuencia previne se me presentasen los referidos paisanos y mujeres: llegados, fueron examinados en junta, y dieron tales señales que, no han dejado la menor duda de que ayer a las nueve de la mañana bajó la guarnición en medio de las tropas enemigas entregada prisionera de guerra, sin haber precedido ninguna especie de ataque, sublevación de la guarnición, ni otro de aquellos acaecimientos que obligan a la rendición de una plaza, con cerca de 8.000 hombres (por haberse quedado con toda la tropa que se refugió a ella), con sus almacenes colmados de víveres y municiones de guerra, y todos los del ejército en la villa de Figueras, a los siete días de haber levantado los puentes de sus fosos».

Y en otro oficio de la propia fecha dice: «Después de escrito el adjunto oficio se me ha presentado un soldado del Regimiento de Dragones de Numancia, que, hallándose de guarnición en la Plaza de San Fernando, salió de ella ayer por la mañana, cuando nuestras tropas la evacuaron; pero habiéndose separado, ha podido llegar a nuestros pue-

tos». A continuación el Marqués manifestaba remitir la declaración que de las circunstancias de la rendición de aquella plaza hacía este soldado para que llegara a conocimiento de S. M., y que, para el mismo fin participaba, haber venido un granadero de Chinchilla, que ha prestado igual declaración que la de aquél. En el apéndice número 11 transcribimos dicha declaración tal como aparece en la Gaceta de Madrid, del día 5 de diciembre de 1794.

En resumen, los testimonios aportados por todas estas declaraciones dan a conocer cómo los franceses enviaron un oficial parlamentario a las cuatro de la tarde del día 21, sin que se hubiese, durante todo este tiempo, disparado un solo tiro. El oficial francés fué conducido ante el Gobernador con los ojos cerrados, y después de media hora de conferencia salió, sin vendar los ojos, y volviendo a recorrer el camino que había traído. A la mañana siguiente presentóse otro oficial francés, y después de conversar con el Gobernador salió a pasearse por las obras de la ciudadela, acompañado por el Mayor de la plaza. Al poco rato se dió la orden, prohibiendo, bajo pena de la vida, el hacer fuego sobre el enemigo. A las siete de la mañana del día 28, dos Batallones franceses entraron en la plaza, y, entre dos hileras de tropas francesas, la guarnición desfiló a banderas desplegadas y tambor batiente. Los soldados españoles llegados a Hostalets, en la carretera de Francia, depositaron en el suelo sus armas. Entre ellos figuraban 150 soldados portugueses, en su mayor parte artilleros, y algunos oficiales que tuvieron que resignarse a sufrir la suerte de la guarnición. Con ella fueron considerados prisioneros de guerra, declara Chavy, sin que hubiesen quemado un solo cartucho en defensa de sus respectivas murallas. Y el historiador portugués añade: «Nos parece poder aplicarse con referencia al Gobernador Torres, dejando a salvo la diferencia de categoría de la entidad aludida al pensamiento que reproduciendo el de los libros santos ha expresado de este modo nuestro sublime épico (1): *«Que un flaco rey hace flaca a fuerte gente. (Que um fraco rei faz fraca a forte gente).»*

Comentarios populares

Tal fué la entrega de la fortaleza de Figueras. Los comentarios sobre las causas de ella fueron todo los numerosos y variados que pueden suponerse. Hasta se habló, por entonces de socorros enviados a los delinquentes, al ser éstos desterrados, y todo debido al favor de que gozaba alguno de ellos en la Corte; porque no es de creer como dice Marçillac: «mediaran circunstancias que pusieran a cubierto de la entrega de San Fernando a su mal aconsejado Gobernador», a no ser que, en aquella frontera hubiese, como en la de los Pirineos occidentales, algún emisario oficioso, cual Zamora, que, para hacer la paz, opinase por dejarse vencer.

(1) Trátase, como puede comprenderse, del gran poeta Cambens, autor del poema épico *Os Lusíadas*.

La opinión pública española tenía materia más que suficiente para entregarse a toda clase de suposiciones, pues el hecho cierto vino a ser que, una rendición, que reclamaba como pocas la formación de un juicio sumarísimo para el castigo de los culpables, dió lugar a un proceso o sumaria que, hasta 1796, no hubo de verse en Consejo de guerra; no aprobándose las sentencias hasta 1799; conmutando las de muerte por las de destierro perpetuo, y siendo dulcificadas casi todas las demás. Mas, al juicio de Fervel, no existía, en modo alguno. «ni traidor, ni compra de ninguna clase, y la verdadera, la única causa del lamentable suceso que el sentir español deploraba con tanta amargura, no era la desmoralización inusitada de una muchedumbre de fugitivos que habían usurpado el puesto de una brava guarnición; era el terror y el espanto, estas dos trompetas de alarma, que hacen caer las murallas de las fortalezas después de las grandes derrotas».

**El Gobernador, don Andrés de Torres,
publica un escrito de exculpación**

De todos modos, es necesario hacer observar que don Andrés de Torres creyó oportuno hacer una pública exculpación de su entrega, y con el título de «Idea general de las causas que han cooperado a la pérdida de la plaza de Figueras», dió a la consideración de sus conciudadanos un manifiesto que figura íntegramente en el Apéndice número 12 de esta obra, fechado el 11 de marzo de 1795.

Según este escrito, las condiciones en que se encontraba la plaza eran tales que no cabe imaginarse defectos mayores de emplazamiento, construcción, número y naturaleza de las obras, etc. Aquello era algo imposible, una fortaleza más propia a exponer a su guarnición al sacrificio que a la defensa. De cuanto se refería a todas las demás circunstancias, tales como mal estado de la artillería, falta de municiones y de pólvora, y, en general, de útiles y aprovisionamientos de guerra, no hay por qué hablar.

Torres, aún apreciando de tal suerte el estado de la plaza y la gravedad de la situación, «ocurrió sin embargo a tratar de los medios de hacer la posible defensa», llamando a junta a los Jefes de los distintos servicios y, reunidos en Consejo de Guerra, tras varios incidentes que en el citado manifiesto se expresan, por votación o parecer unánime, fué acordada la entrega. En conformidad con el criterio suyo y habida cuenta de los datos ofrecidos y de las consideraciones señaladas: «De este gran conjunto de circunstancias, ¿qué otros efectos que los vistos podrían experimentarse en la moral, física y absoluta imposibilidad de sostener un sitio? ¿Y qué socorros podría esperar de unas tropas dispersas, muchas de ellas que abandonaron impunemente unos puntos fortificados de que indispensablemente dependía la conservación de la plaza y que fueron a reunirse a Gerona? ¿Y cuando por desprecio de mi existencia, por una vanagloria o temeridad se hubiera hecho el em-

peño de resistir uno u otro día más? ¿Ni qué otras consecuencias que las de consagrar víctimas al cuchillo, una apreciable proporción de oficiales dignos de mejor suerte, y unos Cuerpos llenos de gente nueva, voluntarios, quintos y milicianos que, obedientes y deseosos del mejor servicio, se imaginaron ser útiles a la Patria? ¿Dejaría, por ventura, de reconvenirme su sacrificio en el caso práctico y efectivo de no haberse dado cuartel por los enemigos el desgraciado día 20 de septiembre?»

Sin duda alguna, aceptado como cierto todo cuanto acaba de exponerse, no es extraño que el Gobernador de la plaza de Figueras pudiera hacer el siguiente alegato: «No permita Dios que la humanidad me acuse jamás sobre reglas tan feroces, y débame el mérito de la distinta opinión que ha combatido a mi quietud y a que con supremos auxilios goza mi corazón de una tranquila paz sin responsabilidad al Rey ni a la Patria, por haber obrado en ambos fueros de mi Religión y Honor».

Duro juicio condenatorio del General Morla

Pero el juicio de don Tomás de Morla no era nada favorable a los de Torres. Para el ilustre artillero «San Fernando había costado muchos millones, fortaleza magnífica, ostentosa y nueva, con provisiones y municiones sin guarismo, y con más de nueve mil hombres de guarnición se rindió sin tirar un tiro; evento funesto y triste, de grandes consecuencias, pero casual, y efecto de combinaciones imposibles o difíciles de prever.»

Nos resistimos a seguir transcribiendo cuanto acerca de la conducta de Keating, y de otros Jefes de la guarnición de la plaza de que tratamos, no vacila en consignar nuestro General. Por muy exacto que sea en sus apreciaciones, la mordacidad de su expresión es tal, que no puede por menos de causar cierto disgusto al lector. Sólo recogeremos de él estos interesantes conceptos: «Los hombres más sabios saben poco solamente en verdades porque no deben descubrirlas; por tanto, el prudente nunca debe sorprenderse a vista de hechos que no se había podido imaginar, y que no es justo reconvenir a los que no los adivinaron. Déjese este modo de instruir al vulgo más grosero y despreciable».

Una víctima propiciatoria: el Marqués de las Amarillas

Mas a pesar de todo, la justicia de la España de Godoy, tenía que rellenar los huecos que dejase al descubierto la mala fortuna del campo de batalla o la incapacidad del mando de los ejércitos, dejando de este modo satisfechas las exigencias de la moral y del derecho públicos. Se imponía la determinación de castigo de un culpable, ya que no el sacrificio de una víctima propiciatoria. Esta no había de ser otra, como puede comprenderse, que el modesto General y reconocido hombre de

buena fe, Marqués de las Amarillas. No hemos nosotros de detenernos a exponer y considerar ahora las vicisitudes que, con ocasión del hecho, hubo de experimentar este noble y veterano General español. Ante la consideración del caso, Morla formula este categórico y duro comentario: «¡ Oh ! diversas suertes de los hombres. Unión que todo lo pierde y sacrifica a su estupidez y amor propio, que fué la única causa de las derrotas y desastres, de la pérdida de veintidós mil prisioneros, de muchísimos muertos y heridos, de infinidad de millones gastados e inmensas obras; de más de setecientas piezas de artillería, de veinte mil tiendas, dos veces los equipajes de todo el ejército, de gran parte del Rosellón y de todo el Ampurdán, es elogiado últimamente en los papeles públicos, y Amarillas, que hizo cuanto pudo hacer con oportunidad y acierto por el bien de la Nación, está, denigrado en los mismos, y expuesto a ser procesado».

Creemos que, con lo expuesto, queda suficientemente descrita y comentada lo que hubo de ser la capitulación de la plaza de Figueras, o, en otros términos, del castillo de San Fernando, construido a la intermediación de esta localidad, y que fué entregado a los franceses, el día 28 de noviembre del año 1794.

CAPITULO XXV

La situación en ambos campos tras la rendición del
Castillo de San Fernando de Figueras y a la termina-
ción de la Campaña de 1794 en Cataluña

Consecuencias de los hechos anteriormente relatados. Desconcierto y depresión de la opinión pública española



LOS hechos que acabamos de relatar, las derrotas sufridas por nuestras tropas en los campos de batalla, la incomprensible y vergonzosa entrega de la plaza de Figueras, todo ello tenía que ocasionar una lamentable depresión en la opinión pública española y con caracteres más acentuados en la del pueblo catalán. Recordemos, a este propósito, cuál era la oposición entre éste y el ejército y según lo hubimos de exponer en el Capítulo XIX; oposición tan obstinada y espontánea que, cuando se trató de dar carácter militar a la institución de los somatenes, éstos se negaron, en absoluto a aceptarlo.

El desconcierto a que se había llegado se manifestaba de un modo general: «Resultaba el ejército abandonado a su suerte sin ánimo para resistir, retirándose de sus posiciones precipitadamente, no ocupándose más que en guarecerse en lugares o puestos de alguna seguridad y dejando a los pueblos, totalmente desamparados. Fatal era, pues, que éstos se sintiesen despavoridos». Ossorio y Gallardo que así lo declara, advierte que: «El estado de su ánimo es materia de observación interesantísima, pues en ella han de completarse los efectos de las pasadas experiencias y los gérmenes para la reacción futura». En el Apéndice número 13 transcribimos unos párrafos que este escritor recoge de un trabajo titulado: *Llibre propi de don Agustí Sans y Barraquer, advocat de la vila de Figueras del Bisbat de Gerona, regulat per ell mateix ab moltíssim treball contenint varies coses*, en el que este abogado catalán, al par que va haciendo relación diaria de los sucesos más culminantes que afectaron o a él o a su familia, como consecuencia de la entrega del castillo de San Fernando, narra, con suma ingenuidad, los acontecimientos de la misma, ofreciendo la sensación de una dolorosa realidad. De la lectura de estos párrafos, fácil es darse cuenta de la confusión, del desorden, del pánico en horas tan graves y amenazadoras, y afirma Ossorio y Gallardo que, en el diario del emigrado de Balandá, que inserta Mr. Torreilles en su obra: *«Perpignán pendant la Revolution»*, se encuentra un relato muy semejante con referencias a los azarosos momentos en que su familia tuvo que huir de Pallafrugell. Mas,

como expone el historiador castellano : «Naturalmente, lo ocurrido en Figueras no era caso aislado, igual espanto debió apoderarse de toda la comarca».

Repercusión de la entrega de la fortaleza de Figueras en el ánimo de los catalanes

Cualesquiera que pudieran ser las causas del hecho de que estamos tratando, es lo cierto que la opinión del pueblo catalán se pronunciaba en el sentido de la traición. Y este parecer era tenido por personas de alta significación social, y así vemos, nada menos que al Arzobispo de Tarragona, como, protestando de no querer entrar a desentrañar los orígenes del trágico misterio, lanzaba sin embargo esta severa condenación : «¿Y cómo se rindió? ¿Con qué sitio, con qué bloqueo, con qué fuerzas? No puedo pensarlo sin asombro ni decirlo sin rubor. Pero, ¿de qué serviría callar lo que publica en todas partes la fama? Según ésta se rindió aquel gran castillo, guardado de muy numerosa guarnición, a la intimidación de una trompeta, con el solo aviso de que se acercaba, o podía acercarse en breve, tropa enemiga. ¿Quién tal creyera? ¿Qué se hizo del valor y la fidelidad española?»

Sin duda alguna el pensamiento del venerable Arzobispo no difería mucho de la opinión del coplero, que, al final de un romance alusivo al hecho, preguntaba a modo de estribillo :

«¿Castell de Figueras,
com t'en has rendit
sens tirar un tiro
al vill enemich?»

Conducta del Gobierno presidido por Godoy

Y si esto ocurría en el teatro de las operaciones, la conducta de la Corte de Madrid no era nada lógica ni acomodada a las circunstancias y a los principios del recto sentido común, pues, como exponíamos al final del Capítulo anterior, si bien Torres, Keating y los Tenientes Coroneles de artillería (Allende), y de Ingenieros (Ortuzar), fueron condenados a muerte, y, en el Real Decreto que aprobaba tal fallo, se calificaba la entrega de *indecorosa, vil e ignominiosamente criminal*, no parecía muy dispuesta a hacer cumplir la sentencia, aunque sea preciso reconocer que, ésta, no podía cumplirse por el momento, dado que los culpables se encontraban prisioneros en Francia. Pasó el tiempo y, en el año 1799, sin hacer rectificación de los referidos calificativos, conmutóse la pena de muerte por la de extradición perpetua, en cualquiera de nuestras colonias americanas. Hecho semejante puede quedar justificado en vista del curso que hubieron de seguir nuestras relaciones con la nación vecina, a raíz de la Paz de Basilea habiendo de realizarse, bien

como una imposición de su gobierno, que era lógico se mostrase agradecido a los que con su actitud habían servido los intereses de su causa, o tal vez, como una solicitud del nuestro, para acreditar su adhesión y fidelidad a los nuevos compromisos contraídos.

La vacilación y la duda comienzan a apoderarse de la población del Principado catalán

Es lícito suponer que nadie, con conocimiento de cuanto venimos exponiendo, pueda extrañar que ante episodios y vicisitudes tan confusas, tan variadas y, sobre todo, tan graves para los catalanes, muy especialmente, éstos se vieran en un estado de vacilación y de duda. Al llegar a este punto, íntegramente trasladaríamos aquí cuanto Ossorio y Gallardo expone acerca de la actitud de Cataluña en esta ocasión. No puede darse una referencia más documentada, y una crítica más desapasionada y serena de la realidad histórica: «Por todas partes cundía el terror y el desconcierto —declara y añade— claramente lo pinta el manuscrito *Guerras de Francia con España*. Barcelona, 3 de diciembre de 1794... «No es ponderable el trastorno de este numeroso vecindario, a vista de las innumerables gentes que llegan de Gerona y sus cercanías... Estas circunstancias, los avisos que llegan, o se divulgan, de sucesos lastimosos, extendiéndose a que los enemigos son dueños de los almacenes de Gerona, y la inacción de nuestro ejército hacen prorrumper a estos naturales, la especie de que está ganado a los enemigos y otras que ofenden en extremo; y de todo se deduce que estas cosas no pueden terminar bien, si Dios, con su poder inmenso, no detiene los progresos del enemigo y sosiega los ánimos de estas gentes acobardadas y llenas de un pavor en todo».

Protesta contra la especie que declara ser un hecho a traición de nuestras tropas. Tan sólo cabe confiar en el esfuerzo popular

Pero ante tal suposición de que nuestras tropas estuviesen entregadas al contrario, Ossorio y Gallardo protesta enérgicamente y así dice: ¡Que el ejército estaba ganado por los enemigos! Tan injuriosa especie (que yo reputo absolutamente falsa y absurda) tomaba terreno en el ánimo de las gentes, siempre propensas a creer lo peor. Numerosos pasquines hallados en Barcelona durante aquellos días lo corroboran. En uno, se expresa la queja de que, «las prontas y formidables disposiciones que emprenden el Govern, tant de boca como de guerra, no acompañan ab lo sosiego y tranquilitat en que biven»; y se afirma que, «ya no se horren per les carrers y plasas sino murmuracions contra la lentitud del Govern de Barcelona». Otro comienza con estas palabras puntualmente copia-

das : «Alarma valens catalans. Las armas praneu á defensans dels francesus y també del mal Govern y Caballés». Otro más sintético se limita a decir :

«Cathalans traició
moría tot traidó» (1).

En circunstancias tales se imponía la presencia del Estado, el apoyo del auxilio gubernativo, el amparo del poder central, todo menos el abandono y la inhibición. Tan sólo podía confiarse en la cooperación en el esfuerzo popular, y esta no es una afirmación gratuita, una suposición más o menos fundada, pues en el bando que el 30 de noviembre dió el recién nombrado Gobernador militar de Gerona, Conde de Santa Clara, se hace una pública confesión de un estado tan humillante. El bando decía así :»

«Por disposición del Excmo. señor General en Jefe de este ejército : Los pueblos de este corregimiento deben remitir toda la gente útil que tengan en ellos con las armas que puedan recoger, ya sean de fuego o blancas y con los víveres de que cada uno tenga proporción, a la villa de Báscara. En atención a la importancia de una determinación tan oportuna en las críticas circunstancias del día y hecho cargo de que no habrá vecino que no tenga la disposición que es necesario aprovechar todo momento para evidenciar su acreditado amor a la Religión, al Rey y a la Patria, dando las más irrefragables pruebas de buen vasallo ; me parece suficiente para el buen logro de aquella reunión recordarles sus propios sentimientos, consecuencia a los cuales, y en crédito de su conocida subordinación les manifiesto sólo que se hace preciso armarse a competencia con la mayor presteza, y presentarse todos los vecinos de este corregimiento en la expresada villa de Báscara, con las provisiones de guerra y boca que cada uno pueda, por convenir así al bien de todos, no dudando yo en esta ocasión, asegurarán el buen concepto que se merece su valor, lealtad y bizarra disposición para todo servicio.»

Trabajos de captación del ánimo catalán por parte de la política francesa

Era natural que en estas circunstancias se perdiera, por parte de los catalanes, la sensación del Estado español y de la existencia de un gobierno nacional. Cataluña se ve juguete de los vientos y forzada a defenderse por sí sola o resignarse a perecer, y esto último es lo que, desde luego, rechazó enérgicamente, en actitud tanto más meritoria y merecedora de la gratitud por parte del resto de España, por cuanto que, si la conducta del ejército —que para el catalán era ante todo el ejército de

(1) En las Memorias de Godoy puede verse cómo hablando más tarde con el propio General Perignon, nombrado Embajador francés en España y tratando de este episodio, hubo de manifestarle que en la rendición de la plaza de Figueras no medió traición alguna por parte de su Gobernador ni de la guarnición, sino que la causante de todo fué la depresión moral y el convencimiento pleno de que toda defensa era inútil.

Castilla— no iba resultando muy cordial, en cambio, por otra parte, no dejaban de ejercer una solapada presión sobre ella, las perversas insinuaciones separatistas de los franceses, cuyos propósitos, por parte del Comité de Salud Pública, eran francamente anexionistas, en tanto que los de Dugommier se encaminaban a instituir una república independiente bajo el protectorado francés.

La labor de captación no podía ser más perseverante e intensa. No se perdonaba medio u ocasión propicia para sugestionar a un pueblo que, por su idiosincrasia, es fácilmente sugestionable, dada su imaginación tan viva y sus pasiones tan exaltadas. Cuanto ocurría en Francia, relatado en forma que viniera a ponderar los beneficios del régimen republicano y los ideales de la Revolución, cuanto en ella se legislaba en el pueblo, los discursos pronunciados en la Convención y en las Asambleas populares, todo ello era objeto de una publicidad, lo mismo expresada en catalán que en castellano, no siendo extraño que, hasta que fué declarada en 1794, la guerra a muerte contra nosotros, contemplar en los días de calma a los soldados franceses en pacífica conversación con los campesinos españoles, ponderándolos las excelencias de tal régimen y de tales ideas.

El pueblo se resiste a tales trabajos revolucionarios para conquistar la adhesión y el apoyo de sus planes

Mas, la realidad de los hechos actuando con un poder superior a las maquinaciones de la política y a los planes de los que hoy llamaríamos jefes, de la época, venía a neutralizar todos estos esfuerzos de desintegración de la unidad política de España. Porque es lo cierto que: «Esta obra de atracción, aunque lograrse perforar el entendimiento de algunos (singularmente los intelectuales y militares) no tuvo resonancia en el pueblo, primero, porque su constitución mental y su raigambre histórica la rechazaban, y después, porque la lucha tomó caracteres tan crueles que hacían imposibles aquellos contactos. Augereau refería orgullosamente que siempre que los catalanes podían coger soldados enemigos, no sólo los maltrataban, sino que los mutilaban bárbaramente. La retorsión había de ser inevitable, y, por tal razón, la entrada del ejército francés en nuestro territorio fué devastadora, feroz, y dejó huellas que todavía se recuerdan con espanto. El propio representante Delbrell se expresaba así, en una comunicación oficial. «El robo, el incendio, las violaciones, el asesinato, los excesos todos de la indisciplina más desenfundada están a la orden del día. No se ve sino objetos robados; las tiendas, las casas particulares, son invadidas, las cosas más preciosas devastadas, rotas o destruidas. Almacenes soberbios de granos y forraje son presa de las llamas; y el incendio se comunica a calles enteras, cuya traza queda señalada tan sólo por las ruinas. Y tenemos la pena de no poder atribuir tales desgracias a simples accidentes, porque se lleva

la rabia de la destrucción hasta dar fuego a los olivos cargados de fruto abundante y próximo a recolectarse. La violación, ese proceder infame que nos asemeja al bruto, se pone también aquí en práctica; y los viejos son estrangulados en sus hogares si no revelan inmediatamente, para satisfacer la impaciencia y la rapacidad de los saqueadores, el sitio donde éstos suponen debe haber algo oculto... Sería tarea muy larga la de relatar los detalles de los centinelas atropellados, las patrullas insultadas y amenazadas. En fin, los Generales han venido varias veces a confesarme que renunciarían al mando si hubiere de continuar tal estado de cosas».

Surge la personalidad catalana

Pero ante hechos semejantes, ante una realidad que de tal modo se hacía ostensible fué Manresa la que dió la voz de alarma, y su acto tenía antecedentes en alto grado informativos. Este hecho y estos antecedentes hacen referencia a la conducta de un Corregidor de la población llamado don José de Barbosa, Coronel del ejército. En gracia a la brevedad no podemos transcribir aquí cuanto sobre el particular expone el escritor de referencia. Nos limitaremos a advertir que este Corregidor, en sus relaciones nada amistosas con el paisanaje, llegó a los mayores excesos de intemperancia y de lenguaje.

«Nunca serían disculpables tales excesos. Confundir el gobierno con el insulto es sembrar rebeldías de recolección seguras. Pero los abusos autoritarios en esta ocasión, además de injustos, eran risibles, porque ese mismo Corregidor, cuando los franceses entraron por primera vez en Caprodón, tuvo que enviar propios a los pueblos «sin parar de día ni de noche» para que inmediatamente se pusieran en armas y acudieran a Vich. Otras veces les convocaba en Berga y a su vez, el Corregidor de este partido pedía auxilio al de Manresa, lo cual probaba que tampoco por allí había fuerzas regulares suficientes para garantizar el territorio.»

Las autoridades militares se ven preo- sadas a reclamar el auxilio de la pobla- ción civil

Y no era sólo Barbosa el que se veía obligado a reclamar el auxilio de la población civil. En otra ocasión, el 14 de mayo del 94, era el Conde de la Haye de Saint-Hilaire, Comandante de las tropas de la Seo de Urgel, quien se dirigía al alcalde mayor de Manresa, don Joaquín Arnesto, hombre enérgico y discreto: «Pintándole lo comprometido de la Cerdaña y pidiéndole que, con la mayor brevedad, ponga en armas 1.100 hombres de su corregimiento para cubrir los nuestros de los montañas». En fecha no distante de ésta, el Corregidor de Vich, don Domingo Wyels, recibía orden de Baños para que se pusiera al frente del paisanaje y au-

mentase los somatenes, ya que él (Baños) no tenía hombres disponibles para tantas urgencias».

Hay que reconocer que: «Por toda Cataluña el principio de autoridad estaba en quiebra. Pero si en otros lugares la quiebra podía calificarse de fortuita, en Manresa llegaba a la categoría de culpable, porque a la imprevisión se unía la barbarie del gobernante, y a la falta de medios se sumaba la sobra de altanerías desconsideraciones».

«Con tal preparación en los ánimos llegó la catástrofe de fines del 94. Ya no era la amenaza, ni las incursiones y conquistas parciales, sino la irrupción total de las huestes francesas asolando cuanto tocaban. Ya no era la desventura del digno y celoso Conde de la Unión, sino la entrega venal o cobarde de una importantísima fortaleza sobrada de elementos para defenderse. Ya no era un Gobierno que luchaba con medios muy desproporcionados a las necesidades era... que no había Gobierno, o al menos, que las ondas de su acción no se multiplicaban lo bastante para llegar hasta el Principado.»

Actitud de la población de Manresa. Ex-
citación de su Ayuntamiento al pueblo
Catalán

«Manresa, que había de sentir hacia el representante del Estado, no sólo desconfianza, sino indignación y desprecio, que había recibido del Capitán General el encargo de defenderse a sí misma, y que había hecho felices ensayos de reclutamiento y organización de fuerzas, era lógico que sintiese, más rápidamente que otros pueblos, la urgencia de dar al traste con muchos convencionalismos, y de preguntar a Cataluña toda, si se sentía con alientos para la obra de conservación que el Gobierno no acertaba a realizar (1).

El movimiento iniciado en esta población tenía que seguir su natural impulso y por ello y como consecuencia de cuanto anteriormente se ha expuesto, surgió en su Ayuntamiento la idea de publicar el escrito siguiente:

«Las actuales críticas ocurrencias por haber forzado los franceses la línea que servía de resguardo al castillo de San Fernando y a todo el Ampurdán, quedando aquél expuesto a un bloqueo y sitio y dicho país al saqueo y furor de tales enemigos; dividido nuestro ejército, parte para la guarnición de dicho Fuerte y el de Rosas, y lo restante en Gerona, exigen el recurso de quantos medios dicte el zelo de la Religión, y del bien

(1) Hace observar en una nota Ossorio y Gallardo que esta situación de espíritu se encuentra también reflejada en la nota que el señor Pella y Forgas descubrió en el libro de bautismos del archivo parroquial de Castellón de Ampurias escrita por el cura don Esteban Suro, en la que achaca el movimiento que ahora comienzo a señalar a que Cataluña se sentía vejada en las campañas del 93 y 94 por los bagajes y acarreo de provisiones que prestaba y no cobraba y por tener hasta 18.000 paisanos armados a los que sus pueblos respectivos tenían que dar una peseta diaria, y a que contemplaba la retirada del ejército a Gerona y su disposición de continuar el abandono de Cataluña.

universal del Estado y de la Patria para contener al enemigo y asegurar la pública defensa del Principado en que tanto interesamos, a cuyos designios conducirá mucho, al parecer de este Ayuntamiento y Junta de Somatenes, la celebración de una Junta general por medio de comisionados de todos los Corregimientos reunidos en esa Capital, como se ha practicado otras veces por asuntos del Real Servicio. Y como este proyecto para ponerse en ejecución sea preciso el beneplácito y uniforme consentimiento (aparte del superior permiso), lo exponemos a V. S. esperando de su acreditado celo se servirá manifestarnos su parecer sobre el particular.»

«Dios guarde a V. S. muchos años, Manresa y noviembre, 29, 1794. Siguen las firmas de nueve ciudadanos manresanos, entre los que figura el Canónigo don Jaime Comas.»

De la lectura del anterior documento todos tendrán que convenir en que «los términos de la proclama son perfectamente ortodoxos y se ajustan al patrón literario dominante por entonces». Y el que esto indica, no tiene menos razón para declarar que, a través de la envoltura de un forzado respeto, bien se advierte el severo pensar de los manresanos. La sola existencia del aviso, constituía ya un alarde de rigor en la crítica y de independencia en la acción.

Acuerdo tomado por el Ayuntamiento en alto grado expresivo. Se propone la defensa de Cataluña por su propio impulso

En el Apéndice número 14 trascribimos el acuerdo tomado por el Ayuntamiento de Manresa en sesión del 30 de noviembre, en el que puede apreciarse por las disposiciones tomadas, y según propia confesión de la autoridad militar, cuál era el estado de confusión y de desconcierto en que se encontraban los municipios del Principado Catalán ante el lamentable aspecto de la situación, con motivo de los desastres en el campo de batalla. No podía por menos el Ayuntamiento de Barcelona de hacerse eco del llamamiento de Manresa, y así hubo aquél de dirigir previa la autorización competente, a los similares de las cabezas de partido (Tarragona, Gerona, Lérida, Tortosa, Cervera y Mataró) esta circular:

«Muy ilustre señor: El servicio de S. M., el bien general del Estado y las críticas circunstancias del Principado se han considerado. Exhijen la convocación de toda la provincia en esta Capital: Y obtenido el superior permiso a dicho fin, no difiere este Ayuntamiento avisarlo a V. S., para que teniendo a bien concurrir, como no lo duda, se sirva embiar uno o dos comisionados de ese Partido, y de su maior confianza, con las facultades que le parecieren oportunas, y la celeridad que requiera la importancia del asunto, a fin de que unidos con los de este ayuntamiento y demás personas que pareciese, puedan discurrir y tratar de hacer efectivo un medio de defensa del Principado que contenga a los enemi-

gos y salve los Estados del Rey de los estragos que les amenazan, dando el comisionado o comisionados, a su arribo a esta ciudad, noticia de su paradero en la Secretaría de este Ayuntamiento». Este documento venía fechado en Barcelona el 5 de diciembre de 1794, e iba suscrito por don Gaspar Jover y Torres. El Conde de Crexell. El Marqués de Lupiá. Manuel Berenguer, Diputado. Por acuerdo de la ilustre ciudad de Barcelona. don Josep Ignacio Claramunt, Secretario.

**El pueblo responde a esta exhortación
proyectos de defensa del territorio patrio**

Y que las disposiciones, y los acuerdos tomados por las autoridades catalanas, correspondían exactamente, con los anhelos y con las vibraciones del carácter popular, es un hecho que tiene que testimoniar forzosamente la lectura, tanto de los comentarios que figuran en los diarios y demás elementos de publicidad de la Región, como el conocimiento de las efemérides, en una de las cuales, que figuraba en las noticias del ejército de Cataluña, correspondiente al 6 de diciembre, se anotaba que: «Barcelona hacía ofertas de Gente y Dinero por lo que parece se ha formado el proyecto de hacer presente al Rey, que el Principado de Cataluña, juntaría sus tesoros de Particulares y de Iglesias, y formará un Fondo de Moneda provincial para proveerse de todo lo necesario de boca y guerra y juntar 150.000 hombres de la edad de 15 a 30 años y juntarles con las tropas... si ha de continuar la guerra.»

En el desarrollo de su trabajo histórico, Ossorio y Gallardo recoge en sus partes más interesantes, el escrito, o mejor dicho, la vibrante exhortación a la defensa de la Patria que hubo de ver la luz pública el 8 de diciembre en el Diario de Barcelona y en la que se estampaban frases y conceptos como los siguientes: «¡Catalán despierta! Acuérdate que nunca le han dejado (al francés) pisar impunemente los campos de este Principado. ¡Catalanes, nuestra Patria está en peligro! ¡Las familias, precisadas a desterrarse de sus hogares por no caer en manos de aquellos profanos, lo dicen del modo más expresivo, y si bien atiendes, Barcelona, refugiándose a tus muros, te manifiestan que en tu amparo ponen toda su confianza!» En el Apéndice número 15 ofrecemos una transcripción exacta de los párrafos más expresivos y por lo tanto interesantes, de esta exhortación. En ellos, como en todo cuanto venimos exponiendo, puede verse, como acertadamente anota Ossorio y Gallardo, que, el Diario de Barcelona, fiel intérprete del sentimiento de las clases media y aristocrática, no explota como venero del entusiasmo el servicio del Rey, ni las glorias del ejército al que hay que auxiliar, sino que labra en lo más permanente e inmutable de la entraña social, en su historia particular, en su orgullo característico.

Restauración de la personalidad de Cataluña. La asamblea Catalana celebrada en Barcelona el 24 de diciembre de 1794 al 11 de enero, luego trasladada a Gerona

Todo iba caminando hacia una restauración del antiguo significado de Cataluña dentro del sistema político español. Había llegado el momento en que ella se viese forzada por el imperativo de los hechos mismos al desempeño de funciones propias de gobierno; y esto era cuando menos podía suponerlo, y, sobre todo, cuando menos lo esperaba. Y es muy atinado hacer observar que, a buen seguro: «Después de extinguida su nacionalidad no hubiera sospechado nunca cómo antes de acabar el siglo XVIII, tendría que dictar, por su cuenta y riesgo, sistemas contributivos, organizaciones militares, funciones parlamentarias.»

Porque en realidad esto es lo que hizo la Asamblea catalana, que, convocada por Barcelona, se reunió en la misma, desde el 24 de diciembre al 11 de enero, bajo la presidencia del Gobernador Militar, y, luego, se trasladó a Gerona, desde el 18 al 25 de este mes, presidida por el nuevo General en Jefe del ejército de Cataluña, don José Urrutia, como sucesor del desdichado Conde de la Unión. Pero como la actuación de esta Asamblea corresponde de lleno al período de la campaña del año 1795, que hubo de finalizar con la paz de Basilea; procede dar noticia de ella al tratar de la misma.

Influencia de la entrega de Figueras en el ejército enemigo

Pero si en los anteriores párrafos queda expuesta la situación de Cataluña, forzoso es que hagamos ahora una breve exposición de las consecuencias que hubo de acarrear en el campo francés la entrega de Figueras que, como ya indicamos, dejaba abierta al ejército francés las puertas de entrada a la hermosa región del Principado. El porvenir se mostraba propicio a un ejército que, con mayor o menor esfuerzo, había conseguido una señalada victoria. No parecía empresa fácil para el ejército español contener el avance de las tropas de la Revolución.

En nuestro vivo y constante deseo de lograr una visión exacta de la realidad histórica, acudiremos, como lo hemos hecho en otras ocasiones, al testimonio de la propia información francesa, para obtener, en principio, el conocimiento de los hechos; tratándose, sobre todo, de lo que pudiera acontecer en su campo. Y actuando en consecuencia, haremos observar que Fervel, al tratar de este asunto en el Capítulo XXIV de su obra conocida, lo primero que juzga oportuno es exponer lo que, a su juicio, debió intentar el ejército de la República, después de la caída de Figueras: ante el hecho de que Perignon, en la

esperanza de que Rosas habría de rendirse a la primera intimación, estaba detenido delante de esta plaza.

El historiador militar comienza por formular una pregunta: «Si Perignon, confiando a Sauret el cuidado de guardar Figueras y de amenazar a Rosas, se hubiese lanzado con sus dos otras divisiones sobre Gerona, en la que estaban refugiados los restos del ejército batido, sobre una plaza que se derrumbaba, convertida en ruinas (1) y cuya conquista hubiera concluído por dejar al descubierto a Cataluña, nadie puede dudar que el General victorioso no hubiera dejado bien pronto de hacerse dueño de la provincia. Y al hacerlo así ¿qué arriesgaba? Dejaba a Rosas a retaguardia, mas el General Sauret, apoyándose en una gran fortaleza muy cercana, hubiese podido fácilmente contener, dentro de sus murallas, una guarnición de 4.000 a 5.000 hombres, dado que, la flota española, a la desesperada, no podría desembarcar por el puerto de Rosas, para invadir el campo de su derrota a los vencidos de la víspera. ¿Eran éstas las fuerzas suficientes para marchar hacia adelante como nos faltaba? Pero para abrírnos un camino a través de un país, en el que un ejército numeroso, es tan embarazoso, teníamos 34.000 combatientes, de los cuales 25.000, si no se hubiesen presentado de improviso ante las puertas de Barcelona, en la que la República victoriosa contaba con numerosos y entusiastas partidarios, habrían tenido, igualmente, grandes probabilidades para entrar en ella, como aconteció en Figueras. Desdichadamente después de la maravillosa capitulación del fuerte de San Fernando, juzgábamos que la Ciudadela de Rosas no debía contarnos más que una intimación, y olvidando la resistencia de Collioure, después de la batalla del Boulou, no contábamos con el nuevo elemento que iba a intervenir.»

Desconcierto en el campo francés. Error lamentable cometido por éste al detenerse en su avance

Pero lo que no había sabido o podido llevar a cabo la previsión española, vino, en cierto modo, a realizarlo la Providencia Divina, llevando al campo francés la ceguedad del error, y el desorden de las bajas pasiones humanas. Porque, sin duda, fué un error el detenerse el ejército francés ante las débiles fortificaciones del puerto de Rosas, y renunciar, por el momento, al avance que de tal suerte se le imponía para el logro final de su empresa victoriosa. Y así lo confiesa, sin atenuación ninguna, el historiador francés:

«Este error fué tanto más lamentable por cuanto favoreció en nues-

(1) Hace observar Fervel en una nota que un informe muy detallado de don Tomás de Morla hacía constar que Gerona no podía entonces de ningún modo resistir ni un solo golpe de mano. Se lee igualmente en la Historia Militar de Gerona del Brigadier Minali que esta plaza, en la que habían cesado todo trabajo de defensa y guarnecido de las fortificaciones desde el comienzo de los trabajos de Figueras, es decir, desde hacía más de cincuenta años, no presentaba otro aspecto en 1794 que el de un montón de ruinas. Nos resistimos a creer que Gerona se encontrara en estado tan lamentable.

tro ejército, sino la hizo brotar, una crisis de desorganización que se hubiera podido prevenir, bien tomando en serio, desde el comienzo, el sitio de Rosas, y aún mejor, apresurándose a marchar sobre Gerona, puesto que entonces nuestros soldados hubiesen encontrado el medio de emplear útilmente al servicio de su causa, el exceso de un ardor que les atormentaba tan fuertemente, desde hacía ocho días, y que iba a arrastrarlos por un momento al olvido de todos sus reveses. En efecto, estos soldados que veían abrirse a su paso, delante de ellos, una rica llanura en la que el enemigo no cesaba desde hacía dieciocho meses de acumular inmensos aprovisionamientos, estos soldados que el hambre había arrastrado al combate, no pudieron resistir la embriaguez de un cambio tan brusco y se entregaron a excesos de los que la llanura del Ampurdán guarda todavía las huellas, y sus habitantes el recuerdo. Y Fervel transcribe, a continuación, lo que el representante Delbrel hubo de comunicar al Comité de Salud Pública, acerca de estos tristes sucesos y del que nosotros hubimos de dar traslado en páginas anteriores.

**Se pretende justificar la pasividad del
ejército de la revolución**

Créese Fervel en el caso de justificar conducta tan lamentable por parte de los suyos y, así expone: «Es preciso decir que la señal de estos vergonzosos desórdenes fué dada por la irrupción repentina de esas gentes sin escrúpulos, la plaga de los ejércitos que invisibles la víspera de un combate, pululan por todas partes después de la victoria. Nuestras tropas fueron arrastradas. De este modo esos mismos hombres tan serenos en los días malos, después de haber sufrido en la prosperidad el que miserables parásitos mancillasen sus laureles, vinieron a aumentar por su parte tales profanaciones. Es verdad que ellos debieron librarse prontamente de estos desórdenes pasajeros, pero lo que, por desgracia, fué irreparable y había de ejercer en la porvenir la más perjudicial influencia, fué la destrucción de los soberbios almacenes de víveres y de forrajes que acababan de caer tan oportunamente en nuestras manos. Preciosos recursos tan caramente comprados, tan necesarios para hacer vivir a nuestros imprevisores soldados durante los rigores de un invierno, del que empezaban a sentirse los comienzos y que fueron aniquilados en un cerrar de ojos. Por añadidura aprovechándose de estos desórdenes 8.000 ó 9.000 hombres llevados a filas por la requisición, desertaron bruscamente de sus banderas y redujeron de este modo a 25 ó 26.000 combatientes el efectivo disponible de nuestra *belle armée* de Cataluña» (Véase la situación en el 10 Brumario).

**La previsión de los poderes políticos de
París para remediar el daño**

Con ánimo de remediar el desorden y la desmoralización de un estado tan lamentable, los elementos dirigentes trataron por todos los medios puestos a su alcance, poner en ejecución los recursos más apro-

piados, desde las más vibrantes alocuciones hasta las medidas más coercitivas. «Soldados republicanos —hubo de decir una de las proclamas dirigidas al ejército francés—, la voz del honor no puede seros extraña, la de la Patria resuena constantemente en vuestros corazones. Añadid a vuestros triunfos el no menospreciado de ser dignos de vosotros mismos. Dais el ejemplo de una entrega sin límite a la Patria; vuestro valor os hace superar todos los obstáculos. Dad también el ejemplo de vuestro amor al orden y a la disciplina; respetad las propiedades, respetad todo cuanto os debe proporcionar nuevos recursos para alcanzar nuevos éxitos. Señalar a esos que no compartiendo vuestros peligros se confunden con vosotros después de la victoria y tratan de deshonoraros... ¡Sin disciplina no hay ejército! Sin disciplina prestáis armas a nuestros enemigos, no para vencernos (ellos son incapaces), sino para entender el horror hacia vuestra conducta y el descrédito de la forma de gobierno que hemos adoptado...»

Pero los representantes de la Convención sabían muy bien que no bastaba con estas proclamas para reducir a la disciplina y al orden las tropas indisciplinadas ni las masas populares en rebeldía y, por consiguiente, se apresuraron a dictar órdenes rigurosas que vinieran a hacer efectivas tales exhortaciones. «Mas, si hemos de atenernos al propio juicio de Fervel era preciso nada menos que el cañón de Rosas para dominar el tumulto y un nuevo período de miseria para disipar las sombras que se cernían sobre estos gloriosos frentes en los días de abundancia tan raros en los Pirineos orientales. Esta franca confesión del testimonio francés contribuirá a darnos cuenta de las causas que determinaron el desarrollo en Cataluña de la siguiente campaña del año 1795.

Terminación de la campaña de 1794 en Cataluña. Juicio crítico de Marçillac

Así había terminado la de 1794. «Si resumimos esta campaña —expone Luis de Marçillac— si la comparamos, sobre todo, con las precedentes veremos un contraste sorprendente en los detalles y en los resultados. De un lado es el genio que lucha contra la fuerza y que conserva su superioridad, de otro es sin cesar la desgracia en la lucha con un enemigo audaz. La retirada del Boulou, la huída hasta Figueras, determinan suficientemente la reputación del General que había parado la primera con tan falsas disposiciones y dirigido la segunda. ¿La Unión pudo reparar los desastres? ¿Qué medio tenía para conseguirlo? Un ejército desmoralizado» Y coincidiendo con cuanto hemos expuesto acerca de la personalidad de este General, Marçillac reconoce que era valiente, que había dado prueba de sus virtudes militares en la campaña de 1793, pero que no poseía el genio guerrero (le génie de la guerre). Excelente General divisionario, no poseyó el conjunto de relevantes condiciones que son necesarias a un General en Jefe.»

«Limitándose a operaciones parciales, tan sólo combinó medios defensivos o ataques de posición no abarcando jamás un vasto plano de acción, único medio de obtener el éxito. Como lo hemos descrito no hubo en estos dos ejércitos combatientes otra cosa que limitados puntos de vista. El General francés y el General español se batieron como jefes de partida y para mayor desgracia suya nada sagaces. El General francés poseía grandes recursos en el ejército de tierra; el General español, a los medios defensivos de esta clase, reunía la ventaja incalculable de ser dueño del mar y, por lo tanto, de poder realizar más numerosas y mayores empresas. Cuando el ejército español llegó a Figueras en retirada, en la época en que una división francesa cercaba a Ribas, Camprodón, las Abadesas y Ripoll y, por consiguiente, sobrepasaba el ala izquierda del ejército español, no le hubiese sido difícil a un general con una fuerte división caer sobre la retaguardia de este ejército y apoderarse de Girona, que estaba tan sólo defendida por tropas de depósito, y en estas circunstancias ¿qué decisión hubiera tomado el ejército español desplegado ante Figueras si, resistiendo un ataque desarrollado en toda la extensión del frente de su línea, hubiese sabido que su retaguardia estaba ocupada por sus enemigos?»

«Del lado contrario si el Conde de la Unión, en lugar de marchar de la derecha al centro, del centro a la izquierda, para oponerse a los ataques parciales del enemigo, pero casi diarios; si en lugar de combinar un cambio de frente para desalojar a los enemigos de una montaña o avituallar un fuerte; si en lugar de todos estos esfuerzos, tan frecuentemente inútiles para reconquistar un barranco o un mamelón; si el General español, teniendo a su disposición una escuadra a las órdenes del bravo Gravina, hubiese comenzado por bien fortificar su línea y combinar en seguida un desembarco en las costas del Rosellón, abierto y fácil de abordar en toda su extensión; si esta división de desembarco hubiese sido mandada por un oficial emprendedor e instruido (lo que era posible, pues cabía muy bien escoger entre sus generales divisionarios); estando el Rosellón desguarnecido y no teniendo Perpignán más que una débil guarnición, pues casi todo se hallaba en el ejército en Cataluña, ¿cuáles hubiesen sido las consecuencias de esa diversión? Es fácil concebirlas. La diversión que dió la victoria al ejército francés en la batalla de Marengo era más osada y más difícil todavía que esta que se acaba de designar; y Austria no puede olvidar los resultados de ella».

«Se me objetará —arguye el historiador que nos ocupa— yo lo sé, que el Conde de la Unión se encontraba en el caso de reanimar la energía y la confianza de su ejército, que cada vez se encontraba más limitado en sus poderes y que sus operaciones estaban subordinadas a las decisiones de la Corte. A estas dos objeciones responderé: Primero. Que los soldados que mandaba la Unión eran los mismos que habían vencido con Ricardos: que en el ínterin, bajo el mando de las Amarillas, era fácil reparar el daño habituando las tropas a nuevos éxitos con

combates parciales bien dirigidos y exigiendo en ellos una gran firmeza mediante la disciplina. Si en lugar de difamar al individuo que se conduce mal, si en vez de arrestar a los alcaldes en los mesones de Figueras por forzar a algunos oficiales a volver a sus puestos, el Conde de la Unión hubiera castigado a todo oficial que abandonase su puesto y hubiera hecho fusilar a todo individuo que en la línea de fuego no cumpliera con su deber según las reglas del honor; si él hubiese empleado los medios de rigor que le son permitidos a un general para mantener la disciplina de sus soldados en el combate, entonces el ejército se hubiera rehecho por sí mismo. No era el valor lo que le faltaba, era la confianza en sí propio y era preciso hacerla renacer por la fuerza si no había otro remedio.»

Marçillac lleva más allá sus consideraciones críticas sobre la personalidad militar del infortunado General español y sobre la responsabilidad de sus decisiones como General en Jefe: «En cuanto a la objeción de que la Unión tenía poderes limitados a ello responderé —expone con toda decisión— que yo respeto todos los Gobiernos y su manera de conducirse; pero que no concibo cómo un General puede aceptar el mando de un ejército sin disponer de carta blanca; cómo puede confiar su reputación, incluso su honor, a las combinaciones de gabinete. Un oficial que tiene entre sus manos la fuerza del Estado, que es el momentáneo depositario del honor nacional debe ser, por así decirlo, el Rey de su ejército y no tener nadie a quien consultar en el desarrollo de las operaciones militares a él encomendadas y cuyo éxito depende frecuentemente de aprovechar al instante la ocasión o circunstancia propicia. El deshonor o el cadalso le esperan a continuación si no ha satisfecho debidamente el propósito de su soberano, bien sea por impericia, o bien sea por traición.»

Pero tras conceptos tan duros y categóricos, algo escribe Marçillac que viene como a atenuar la culpabilidad de los errores cometidos en el ejercicio de su mando superior. Y así afirma «no poseyó como todos los Generales de tropas extranjeras que entonces combatían a la República, otra cosa que planes encaminados al ataque de posición en lugar de disponer movimientos combinados para la invasión de los países enemigos sin dejarse embarazar por aquéllas; por ello fueron desgraciados». De esta suerte nuestro Conde e infortunado General es más para compadecido que para ser vituperado: hizo todo cuanto pudo según los alcances de su genio y no pudo muchas veces realizar todo cuanto quiso. Murió en el campo del honor, una cruz que se eleva en el lugar en el que rindió el último suspiro, que fué un suspiro de fidelidad, designa a los que visitan este terreno cómo hizo frente a los peligros para servir a su Rey y dar ejemplo a las tropas que mandaba.»

Una última consideración del historiador francés da fin a su relato de la campaña que estamos estudiando: «La campaña de 1793, a pesar de algunos reveses, concluyó por la conquista de tres plazas francesas; la de 1794 dió fin con la conquista de Figueras y el ejército español en

lugar de asegurar sus cuarteles de invierno en el territorio enemigo, se creyó apenas seguro a veinte leguas de sus fronteras.

Juicio crítico del Conde de Clonard

El Conde de Clonard después de haber tratado de la retirada de nuestras tropas a Gerona y de la rendición de la plaza de Figueras, coincidiendo con el parecer del historiador, cuyos conceptos hemos transcrito, expone: «De este modo terminó en los Pirineos orientales, la tristemente célebre campaña de 1794. Nuestros generales desconocieron desde un principio, la índole de la guerra; olvidaron completamente sus recursos marítimos; dejaron entibiar el ardor belicoso del soldado, y redujeron todos sus planes a una guerra de posiciones mezquina y rutinaria. Amarillas se dejó dominar por las primeras impresiones, y cometió una falta capital e indisculpable: la de hacer sentir a sus tropas que eran inferiores al enemigo. La Unión, asaltado desde luego por celos y rivalidades indignas, no supo o no pudo más que morir heroicamente.

«La luz del genio no guiaba ya nuestros pasos, y lanzados de uno a otro precipicio, no sólo perdimos nuestras anteriores y gloriosas conquistas, sí que también una parte principal de nuestro territorio.»



INTRODUCCIÓN	7
--------------------	---

PARTE PRIMERA

Antecedentes

CAPÍTULO I.—El teatro de las operaciones.—Reseña geográfica de Cataluña ...	17
CAPÍTULO II.—Teatro de las operaciones.—Reseña geográfica de Cataluña (continuación)	37
CAPÍTULO III.—Breves consideraciones sobre la historia de Cataluña	61
CAPÍTULO IV.—La opinión pública española al comenzar el año 1794	75
CAPÍTULO V.—La situación francesa al comenzar el año 1794	91
CAPÍTULO VI.—El alto mando de los ejércitos español y francés durante la campaña de 1794 en los Pirineos Orientales	103
CAPÍTULO VII.—Los contingentes militares y la organización y estado de los ejércitos al iniciarse la campaña de 1794	123
CAPÍTULO VIII.—El sistema defensivo español en la zona de los Pirineos catalanes	133

PARTE SEGUNDA

EL PROCESO POLÍTICO MILITAR.—DESARROLLO DE LAS OPERACIONES MILITARES DURANTE EL AÑO 1794

CAPÍTULO I.—La situación en ambos campos en los primeros meses del año 1794	153
CAPÍTULO II.—Los acontecimientos militares antes de 1.º de mayo	167
CAPÍTULO III.—Última expedición de Dagobert a la Cerdaña	187
CAPÍTULO IV.—El Conde de la Unión se hace cargo de su puesto como Capitán General y General en Jefe del Ejército de operaciones en el Rosellón.—Un buen plan de campaña ideado por el General Dugommier que no llega a realizarse	203
CAPÍTULO V.—El General Augereau en los Aspres	213
CAPÍTULO VI.—Dugommier ataca al campo de Boulou	221
CAPÍTULO VII.—El Ejército español abandona el campo de Boulou y repasa los Pirineos	237
CAPÍTULO VIII.—La situación a raíz de la retirada de Boulou.—Combate de la fundición de la Muga	257

CAPÍTULO IX.—Los franceses recuperan las plazas costeras del Golfo de León.	283
CAPÍTULO X.—Los franceses recuperan las plazas costeras del Golfo de León (continuación)	299
CAPÍTULO XI.—Invasión de Cataluña por el ejército francés	313
CAPÍTULO XII.—Invasión de Cataluña por el ejército francés (continuación).	327
CAPÍTULO XIII.—La expedición a Ripoll	345
CAPÍTULO XIV.—Expedición española a Cerdaña	361
CAPÍTULO XV.—Realización de las operaciones durante el mes de julio y primeros días de agosto	273
CAPÍTULO XVI.—Combate de San Lorenzo de la Muga	395
CAPÍTULO XVII.—Rectificación de los frentes y rendición de la fortaleza de Bellegarde	419
CAPÍTULO XVIII.—Nuevo período de suspensión de las hostilidades.—Iniciación de negociaciones para la paz entre España y Francia.—Preparativos para posteriores acciones de guerra por ambas partes	439
CAPÍTULO XIX.—Consideraciones sobre la evolución del pensamiento catalán durante la campaña de 1794.—Características de la intervención de Cataluña en la misma	461
CAPÍTULO XX.—Ofensiva francesa contra las líneas fortificadas del frente de Figueras	477
CAPÍTULO XXI.—Ofensiva francesa contra las líneas fortificadas de Figueras.—Primera batalla	489
CAPÍTULO XXII.—Perignon General en Jefe del ejército francés de los Pirineos Orientales.—Preparativos para una nueva batalla.—Iniciación de la misma.—Ataque de la derecha francesa contra la izquierda española. Ataque central.—Retirada del ejército español a Gerona	509
CAPÍTULO XXIII.—Segunda batalla de las líneas de Figueras (continuación). Brillante actuación de la derecha española al mando del General Vives.	529
CAPÍTULO XXIV.—Capitulación de Figueras	545
CAPÍTULO XXV.—La situación de ambos campos tras la rendición del castillo de San Fernando de Figueras y la terminación de la campaña en 1794 en Cataluña	563

187. ...
188. ...
189. ...
190. ...
191. ...
192. ...

Páginas

INTRODUCCIÓN	7
--------------------	---

PARTE PRIMERA

Antecedentes

CAPÍTULO I.—El teatro de las operaciones.—Reseña geográfica de Cataluña ...	17
CAPÍTULO II.—Teatro de las operaciones.—Reseña geográfica de Cataluña (continuación)	37
CAPÍTULO III.—Breves consideraciones sobre la historia de Cataluña	61
CAPÍTULO IV.—La opinión pública española al comenzar el año 1794	75
CAPÍTULO V.—La situación francesa al comenzar el año 1794	91
CAPÍTULO VI.—El alto mando de los ejércitos español y francés durante la campaña de 1794 en los Pirineos Orientales	103
CAPÍTULO VII.—Los contingentes militares y la organización y estado de los ejércitos al iniciarse la campaña de 1794	123
CAPÍTULO VIII.—El sistema defensivo español en la zona de los Pirineos catalanes	133

PARTE SEGUNDA

EL PROCESO POLÍTICO MILITAR.—DESARROLLO DE LAS OPERACIONES MILITARES DURANTE EL AÑO 1794

CAPÍTULO I.—La situación en ambos campos en los primeros meses del año 1794	153
CAPÍTULO II.—Los acontecimientos militares antes de 1.º de mayo	167
CAPÍTULO III.—Última expedición de Dagobert a la Cerdaña	187
CAPÍTULO IV.—El Conde de la Unión se hace cargo de su puesto como Capitán General y General en Jefe del Ejército de operaciones en el Rosellón.—Un buen plan de campaña ideado por el General Dugommier que no llega a realizarse	203
CAPÍTULO V.—El General Augereau en los Aspres	213
CAPÍTULO VI.—Dugommier ataca al campo de Boulou	221
CAPÍTULO VII.—El Ejército español abandona el campo de Boulou y repasa los Pirineos	237
CAPÍTULO VIII.—La situación a raíz de la retirada de Boulou.—Combate de la fundición de la Muga	257

CAPÍTULO IX.—Los franceses recuperan las plazas costeras del Golfo de León.	283
CAPÍTULO X.—Los franceses recuperan las plazas costeras del Golfo de León (continuación)	299
CAPÍTULO XI.—Invasión de Cataluña por el ejército francés	313
CAPÍTULO XII.—Invasión de Cataluña por el ejército francés (continuación).	327
CAPÍTULO XIII.—La expedición a Ripoll	345
CAPÍTULO XIV.—Expedición española a Cerdaña	361
CAPÍTULO XV.—Realización de las operaciones durante el mes de julio y primeros días de agosto	273
CAPÍTULO XVI.—Combate de San Lorenzo de la Muga	395
CAPÍTULO XVII.—Rectificación de los frentes y rendición de la fortaleza de Bellegarde	419
CAPÍTULO XVIII.—Nuevo periodo de suspensión de las hostilidades.—Iniciación de negociaciones para la paz entre España y Francia.—Preparativos para posteriores acciones de guerra por ambas partes	439
CAPÍTULO XIX.—Consideraciones sobre la evolución del pensamiento catalán durante la campaña de 1794.—Características de la intervención de Cataluña en la misma	461
CAPÍTULO XX.—Ofensiva francesa contra las líneas fortificadas del frente de Figueras	477
CAPÍTULO XXI.—Ofensiva francesa contra las líneas fortificadas de Figueras.—Primera batalla	489
CAPÍTULO XXII.—Perignon General en Jefe del ejército francés de los Pirineos Orientales.—Preparativos para una nueva batalla.—Iniciación de la misma.—Ataque de la derecha francesa contra la izquierda española. Ataque central.—Retirada del ejército español a Gerona	509
CAPÍTULO XXIII.—Segunda batalla de las líneas de Figueras (continuación). Brillante actuación de la derecha española al mando del General Vives.	529
CAPÍTULO XXIV.—Capitulación de Figueras	545
CAPÍTULO XXV.—La situación de ambos campos tras la rendición del castillo de San Fernando de Figueras y la terminación de la campaña en 1794 en Cataluña	563